

Bianca

Corazón ardiente

Anne Mather

Corazón ardiente

Sara se había quedado sola después de la muerte de su padre, por eso aceptó el ofrecimiento de su tía para ir a vivir con ella y hacerle compañía. Pero aquella mujer no era la anciana que ella se había imaginado, sino una mujer atractiva que mantenía una extraña relación con un hombre más joven que ella, un hombre por el que Sara se sentía irremisiblemente atraída.

Capítulo 1

—¿Por fin piensas aceptar?

La que hablaba, era una muchacha de unos veinticinco años, gordita, de rostro bonachón y pelo oscuro. Estaba reclinada en un sofá comiendo bombones de una caja que tenía delante, mientras hojeaba con indiferencia una revista de modas.

La joven que estaba con ella era distinta. Alta, delgada, y llevaba el pelo rubio recogido en la nuca. Sara Shelley estaba sentada en el suelo en la posición del loto.

—No lo sé —Sara dejó su postura y se sentó al lado de su amiga. —. Los mendigos no pueden elegir, y créeme, Laura, que eso es lo que soy.

—|Tonterías! —exclamó Laura poniéndose de pie—. Sabes bien que puedes encontrar trabajo aquí. No debes aceptar la caridad de esa mujer.

—Pero es un trabajo. ¿No te das cuenta? Un trabajo para el cual estoy ampliamente capacitada. Tú puedes hablar de conseguir empleo con mucha seguridad, porque tienes la tranquilidad que te otorga un título.

—A ti no te faltan estudios, recibiste una buena educación.

—Hasta los dieciséis años —le recordó Sara—, hasta que papá decidió que aprendería más de la escuela de la vida. En ese momento estuve de acuerdo, y no veía la hora de dejar los estudios para estar con él. Pero... —su voz se quebró de emoción—. ¿Cómo iba a imaginar que me abandonaría antes de que yo cumpliera los veintiún años?

—Sara, él no te abandonó —afirmó Laura con visible consternación.

—¿Y cómo lo llamarías? —las lágrimas brillaron en los ojos de Sara—. Pienso que quitarse la vida es una cobardía. Y sólo porque pensaba que era un perdedor.

—Debía más de treinta mil libras —le recordó Laura—. No quiero disculparle, me imagino lo traicionada que te debes sentir. ¿Pero se te ha ocurrido pensar en lo mal que debía estar antes de...?

—¿... de tomar la sobredosis? —Sara completó la pregunta con cierta ironía y después se puso de pie—. No te preocupes, Laura. Hace dos meses que murió y he aprendido a aceptar su muerte.

Laura suspiró sintiéndose impotente.

—¡Ánimo! —exclamó Sara, tratando de sonreír—. No quiero que me compadezcas, porque yo no me tengo lástima... o al menos en contadas ocasiones. Y pensándolo bien, el ofrecimiento de la tía Harriet es un regalo de Dios.

—¿Eso crees? —Laura no estaba muy segura—. Sara, ¿qué sabes de esa mujer? Porque ni siquiera es tu tía, es sólo una prima de tu padre.

Sara se encogió de hombros tratando de mostrar indiferencia. Al observarla, Laura se preguntó si tenía idea de lo vulnerable que era. Durante veinte, casi veintiún años, Sara había gozado del privilegio de

la protección de su padre, primero en el internado, y después, como ella misma había dicho, acompañándole en sus viajes alrededor del mundo. Charles Shelley había sido un periodista independiente, aunque quizá el calificativo de «jugador independiente» le hubiera identificado más. Era muy bueno en su trabajo, pero en cuanto tenía algo de dinero, lo gastaba. Las dos jóvenes se conocían desde pequeñas, ya que la madre de Laura había sido una especie de niñera para Sara, y por esta razón, la joven se sentía responsable de su amiga. Sara había llevado una vida que muchos considerarían mundana, pero que sin embargo no la había preparado para hacer frente a los problemas del mundo. Siempre había gozado de la protección de su padre, que la idolatraba, y por ello, Laura se preguntaba si realmente se había suicidado sabiendo que abandonaba a Sara a su suerte.

Y llegaba la carta de la prima de su padre, Harriet Ferrars, en esos momentos, invitándola a vivir con ella como amiga y compañera. Laura no la conocía, sólo la había oído nombrar, y Sara no había ido nunca a su casa, donde tendría que vivir. Laura pensaba que todo era demasiado sospechoso y se lo había dicho a Sara con toda claridad.

—Deja ya de preocuparte —le suplicó Sara con afecto—. Todavía no he dicho que me vaya a ir. Y si voy y no me gusta, puedo regresar. Me aceptarás otra vez, ¿verdad? Supongo que no me dejarás dormir en la calle.

—Sara, trata de ser seria. Sabes que ésta es tu casa. Es un apartamento pequeño, lo sé, pero prácticamente estás tú sola, porque mi trabajo en el hospital me mantiene fuera todo el día, y si quisieras un lugar más grande podríamos pagarlo entre las dos.

—¿Con qué dinero? —preguntó Sara en tono burlón, y después añadió —: Sí, creo que podríamos. Me pregunto cuánto se le paga actualmente a una criada.

—Sara, ya basta. Con tu figura podrías ser modelo.

—¿Modelo? Creo que no tienes idea de lo difícil que es llegar a serlo. Deben existir miles de muchachas que diariamente se inscriben en las agencias... y además, yo no serviría como modelo, mis senos son demasiado grandes.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Laura.

—Lo sé. A ellos les gustan las muchachas sin curvas exageradas.

—Tú no tienes curvas exageradas.

—Tal vez no —aceptó Sara mirándose en el espejo—. Pero de todas maneras no me imagino como modelo. Sinceramente, creo que estoy más capacitada para trabajar de criada.

—Pero lo que tienes que preguntarte es si te sientes capacitada para ser dama de compañía. Sinceramente, ¿te imaginas yendo a cambiar libros a la biblioteca, paseando el perrito o leyendo alguna novela romántica en voz alta?

—Me gustan las novelas románticas—replicó Sara con firmeza—. Y a ti también, a juzgar por el contenido de tu biblioteca.

—Necesito leer cosas sencillas cuando hago guardias nocturnas —se defendió Laura, pero al ver la burla que había en los ojos de su amiga añadió—: Está bien, también soy una romántica. Pero a lo que vamos, ¿te imaginas hacer ese tipo de trabajo semana tras semana?

—Habrá que ver —comentó Sara en voz muy baja—. Pero te pido que no te deprimas, aún no he tomado ninguna decisión. Sin embargo, si

no aparece nada más interesante, lo menos que puedo hacer es ver de qué se trata.

Dos semanas más tarde, recordando esas palabras, Sara empezaba a lamentar haberlas dicho. Las instrucciones de la tía Harriet habían sido muy precisas: «Cambia de tren en Swindon», le había escrito después de que Sara aceptara su invitación, «y después pregunta por el tren que va a Buford. Te estarán esperando en King's Priory, por lo tanto, no te preocupes por el equipaje».

En cuanto el tren arrancó en Swindon, Sara se recostó en el asiento ensayando una vez más lo que le diría a la tía cuando le preguntara por su padre. Porque seguramente lo haría, al igual que todos los demás. Probablemente, ya estuviera enterada de las circunstancias de la muerte de Charles Shelley, ya que los periódicos le habían dado una amplia difusión. Un titular decía: Conocido corresponsal extranjero encontrado muerto. Se cree que la muerte es debida a una sobredosis de heroína.

Pero ella sabía muy bien que su padre no era drogadicto. Jamás había ingerido algo más fuerte que una aspirina. Sin embargo, había muerto debido a una sobredosis de morfina, y en aquel momento ella había estado demasiado impresionada como para preocuparse por lo que decían los diarios. Después de los primeros días de ofuscación, empezó a darse cuenta de que lo que él había hecho era imperdonable, y aunque ese pensamiento no hizo que disminuyera su amor o su dolor, al menos la ayudó a prepararse para lo que le podía acontecer en el futuro.

Laura había significado un gran apoyo, y sin ella Sara no sabía qué hubiera hecho. Cuando regresó de la India, aturdida y confusa por la repentina muerte de su padre en Calcuta, la única persona que se había prestado a ayudarla, había sido ella.

Pero a pesar de que Sara se sentía tentada a seguir permitiendo que Laura la cuidara y a seguir dependiendo de ella, cuando llegó la carta de la tía Harriet, supo que era la oportunidad de vivir por sí misma.

El tren aminoraba otra vez la marcha, y sin mayor interés Sara leyó el nombre de la estación. King's Priory. Con cierto temor se dio cuenta de que ése era el sitio en donde la tía Harriet le había dicho que debía bajarse. Nerviosa, cogió sus cosas.

El vagón estaba casi desierto. Era bastante largo. Tenía un pasillo central e hileras de mesas a cada lado, y como no había nadie compartiendo la suya, Sara había puesto su equipaje debajo de la misma. Llevaba tres maletas y un bolso. Laura la había ayudado a acomodar el equipaje en Paddington, pero allí no había nadie que la ayudara.

Llevó todo hasta la puerta, y cuando la abrió, el guarda estaba listo para dar el silbido de salida del tren.

—Ha debido prepararse con tiempo para bajar —protestó el hombre —. El tren tiene un horario que debe cumplir, y no puedo estar esperándola a usted.

—Me imagino que trata de decir que el tren no funciona de acuerdo con la conveniencia de los pasajeros —dijo Sara, con el mismo tono intimidador que solía utilizar su padre.

—No necesita usar ese tono conmigo, sólo porque ha estado a punto de pasarse de estación.

—Yo no he estado a punto de pasarme de estación —contradijo Sara —. Lo que sucede es que tengo sólo dos brazos y un equipaje enorme.

—Bueno, de todas maneras no ha pasado nada —respondió el guarda poniéndose la gorra.

Sara fue hasta el puesto en donde el inspector controlaba los billetes y una vez que le revisó el suyo, el hombre le dio la espalda y se alejó dejándola sola.

—Gracias, muchas gracias —murmuró entre dientes mientras trasladaba el equipaje hasta la desierta calle.

Era evidente que King's Priory era sólo una estación utilizada principalmente por granjeros.

No había ninguna calle bonita en los alrededores, ni siquiera un taxi o un autobús, y no pudo evitar afligirse ante tal bienvenida.

La tía Harriet... o tal vez fuera mejor decir la señorita Ferrars, ya que en estas circunstancias el apelativo familiar parecía totalmente fuera de lugar, podría haber averiguado el horario de llegada del tren, y mandar un taxi cuyo servicio Sara pagaría después.

El ruido de un coche atrajo su atención. No había ninguna otra persona esperando, y seguramente, quien conducía iba a buscarla.

El coche que se detuvo a su lado no fue lo que ella esperaba. Era un deportivo, de dos asientos, y el hombre que se bajó de él era demasiado joven para ser el marido de la tía Harriet... si es que lo tenía. Era evidente que se había equivocado al pensar que ése sería su transporte, pero no se dio cuenta de que el conductor la observaba con algo más que curiosidad. Enfadada, Sara le miró con deliberada arrogancia.

Tuvo que aceptar que el hombre era atractivo: esbelto, bronceado y de pelo oscuro. Vestía chaqueta de cuero y jeans ajustados.

El individuo cerró la puerta del coche y se acercó a ella sin quitarle la mirada de encuna.

—Como no veo a ninguna otra persona por aquí, supongo que usted debe ser Sara Shelley —le dijo, y la joven le miró incrédula—. ¿Es éste todo su equipaje o el resto viene en el tren de carga?

—Esto es todo —respondió Sara, tensa—. ¿Lo ha enviado la señorita Ferrars? No recuerdo que lo haya mencionado.

—Seguramente no lo hizo —abrió el maletero del coche y empezó a meter el equipaje de la joven—. Y por supuesto que ha sido Harriet quien me ha enviado, y en el último momento, como ya se habrá dado cuenta.

El hombre parecía molesto por haber tenido que ir a buscarla, y Sara se dijo que seguramente era el hijo de algún amigo de Harriet. Después, pensó que tal vez fuera algún otro pariente desconocido, y se sonrojó al darse cuenta de que el individuo ya había terminado de guardar el equipaje y estaba esperando a que ella subiera al coche.

Se alegró de haberse puesto pantalones, y sin problemas se sentó en el asiento del acompañante; al menos no tendría que preocuparse de que la falda no se le subiera, aunque dudó de que ese hombre se percatara de algo.

El individuo ni siquiera se había presentado y menos aún pedido disculpas por la demora, así que Sara trató de que esa actitud hosca no la pusiera nerviosa, y mientras se alejaban de la estación preguntó:

—¿Cómo está... la señorita Ferrars? —y al hacerlo se percató de lo poco que sabía de la prima de su padre.
—Está muy bien —-respondió su acompañante mirándola de reojo—. Autoritaria como siempre. ¿No recuerda cuando iba a verla a la escuela?
—Recuerdo los helados de crema —dijo Sara, humedeciéndose los labios.
—Sí, me imagino que eso no se olvida. Harriet siempre ha pensado que todo tiene un precio.
—No sé a qué se refiere —respondió, frunciendo el ceño.
—No tiene importancia. Supongo que lo que usted desea oír es que está esperando su llegada. Pues sí, así es. Tiene grandes planes para usted.
Sara le miró con cierto resentimiento. ¿Cuál sería su relación con Harriet, y por qué hablaba tan despectivamente de alguien que confiaba en él?
—No me ha dicho usted su nombre, señor... —se interrumpió esperando la intervención de él.
—Jude, sólo Jude. Se acostumbrará a verme con frecuencia.
—¿De veras? —Sara no pudo haberse mostrado más sorprendida.
¿Significaba eso que ese hombre trabajaba para Harriet? Seguramente sí, a pesar de que ella jamás hubiera dicho que Harriet tuviera dinero como para emplear a un chófer. ¿Pero qué otra cosa podía ser? Sin embargo, el aspecto de ese hombre no coincidía con la imagen que Sara tenía de un chófer... es más, le parecía ridículo. ¿Cuántos años tendría? ¿Veintiocho, treinta? Además... hablaba con demasiada familiaridad como para ser un empleado.
—¿Usted no sabe mucho de Harriet, verdad?
En ese momento pasaban por un pueblecito muy pintoresco y Sara se dejó cautivar por su encanto. Pero de pronto sintió la mirada de aquel extraño clavada en ella y se estremeció.
—Sé lo suficiente —afirmó molesta de que le hablara de esa manera —. Probablemente la conozca igual que usted. ¿Cuánto hace que trabaja para la señorita Ferrars?
—¿Trabajar? —la miró con burla—. Déjeme pensar. ¿Me creería. .. diez años?
—Diez años —Sara quedó en silencio.
Si eso era verdad, ese hombre debía saber que ella sólo la había visto una vez en todo ese tiempo. Su padre había estado cubriendo un golpe militar de algún país sudamericano, ella se había alegrado de que alguien fuera a la escuela a visitarla para convencerse de que no la habían olvidado. La tía Harriet la había llevado a tomar el té, convirtiéndose en la depositaría de las confidencias de Sara. Pero de pronto recordó que aquél día, la tía conducía su coche, y que de haber tenido chófer, en ese momento hubiese estado presente.
—No sabía que la tía Harriet tuviera chófer —comentó, pero se ruborizó cuando le oyó lanzar una carcajada.
—¿Qué le ha hecho pensar que soy el chófer? ¿Acaso tengo aspecto de serlo? Lo siento, pero tendré que vestirme de otra manera si ésa ha sido la impresión que le he dado.
—Yo había pensado... —se interrumpió apretando los labios.

—Me pregunto qué ha sido lo que ha pensado. ¿Por qué ha creído que yo era el chófer de Harriet? ¿Qué le dijo ella?

—Nada con respecto a usted —respondió acalorada—. Y en cuanto a eso de que por qué pensé que era usted su chófer, no se me ocurre en qué otra cosa podría trabajar para ella.

—¿Ah, no? —hizo una mueca—. No se preocupe, ya se enterará de todo con el tiempo.

—Me gustaría que me lo dijera. No quiero volver a cometer errores. Me refiero a que pensé que no habría ninguna otra persona. Tenía entendido que yo sería para ella una especie de dama de compañía. Creí que vivía sola.

—¿Harriet, vivir sola? —la miró incrédulo—. ¡Dios mío, es evidente que no la conoce!

—Tal vez si usted fuera un poco más amable —le desafió.

—¿Qué? ¿Y arruinarle la diversión a Harriet? Oh, no. Y tranquilícese, porque ya falta poco para llegar.

—¿Poco?

A medida que se iban acercando, la joven se iba sintiendo más nerviosa.

—¿En dónde vive la señorita Ferrars? La dirección decía solamente Knight's Ferry, Buford, Wiltshire, ¿Qué es Knight's Ferry, un pueblo o el nombre de una casa?

—Eso es Knight's Ferry —replicó él, señalando las torres de una mansión campestre—. ¿No lo sabía? El padre de Harriet era un hombre de mucho dinero y ella, su única hija.

—No —Sara le miró azorada—. Yo pensé... Estaba segura de que...

—... que ella era una pobre vieja solitaria que necesitaba de su protección y cuidado? Nada podría estar más lejos de la realidad. Es impresionante, ¿verdad? —comentó su compañero al darse cuenta de que Sara suspiraba—. La residencia de lord Hadley.

—¿En serio? —preguntó la joven con tanta ingenuidad que él la miró con lástima.

—Pobre Sara —el uso de su nombre de pila la indignó—. Usted no sabe realmente en qué se está metiendo. Espero que no permita que Harriet se la coma viva.

Capítulo 2

La respuesta que Sara pensó darle se vio frustrada por la repentina aparición de un caballo que se cruzó delante del coche. Todo sucedió muy rápido, y la joven quedó admirada de la pericia con que su acompañante logró evitar el choque. Las llantas del coche rechinaron sobre el suelo pedregoso, deteniéndose a muy corta distancia del animal.

—¡Imbécil! —exclamó Jude fastidiado, mientras abría la puerta del coche y el jinete se bajaba del caballo.

Sara se tranquilizó al ver que los dos hombres se conocían.

—Lo siento de veras, Jude —Sara oyó que decía el jinete mientras acariciaba el cuello del asustado animal—. No se me ocurrió pensar que pudieras pasar en este momento, y como Juniper quería correr hasta la cerca, decidí dejarlo.

Jude movió la cabeza, molesto, pero era evidente que la actitud del otro le había desconcertado.

—Te vas a matar uno de estos días, Rupert. Éste es un camino tranquilo, pero no es privado, y no creo que tu padre se alegre mucho cuando le lleves al caballo herido.

—¡Claro que no! —exclamó el joven—. Mi padre y yo no tenemos muy buenas relaciones en este momento, y si Juniper se rompiera una pata él pondría el grito en el cielo.

—Está bien... espero que nos entendamos entonces —comentó Jude—. No quisiera que Harriet se enfadara.

—¡Dios mío, por supuesto que no! —afirmó el muchacho y mientras los observaba Sara se preguntó qué tipo de relación podría unir a dos personas tan diferentes.

Al darse cuenta de que había alguien más, el joven miró hacia el coche, por lo que Sara se acomodó en el asiento como si no se hubiera dado cuenta de nada. Pero para su sorpresa, Jude, al percatarse del interés de su acompañante, le propuso a Rupert acercarse para conocerla.

—Ésta es Sara Shelley —dijo a través de la ventanilla abierta del coche—. Sara, éste es Rupert Hadley, hijo de lord Hadley.

Por segunda vez Jude utilizó el nombre de pila de Sara, lo que la volvió a molestar, pero no dijo nada. Así que ése era el hijo de lord Hadley, pensó la joven, el dueño de la magnífica mansión que había sobre la colina. Le costaba creerlo, y si bien su educación le indicaba que debía salir del coche para saludarle, el cuerpo de Jude, apoyado indolentemente contra la puerta se lo impedía. ¿Cómo era posible que un empleado de su tía tuviera un trato tan familiar con el hijo de un representante de la aristocracia inglesa? No tenía sentido.

—Encantado de conocerla, señorita Shelley —Rupert Hadley extendió una mano y Sara se la estrechó, sintiéndose un tanto incómoda.

—Mucho gusto —respondió cortésmente pero sin saber muy bien cómo tratarle.

—¿Piensa quedarse en casa de la señorita Ferrars? —preguntó sin intención de irse, pero antes de que Sara pudiera responder, Jude lo hizo por ella.

—Sara es sobrina de Harriet —afirmó, mientras sus ojos grises la desafiaban a contradecirle—. Ha venido… a quedarse con nosotros un tiempo. Su padre murió hace muy poco y Harriet es el único familiar que tiene.

—Entiendo.

Rupert Hadley pareció sentirse atraído por la joven y no dejaba de admirar sus grandes ojos verdes.

—Debemos irnos —afirmó Jude mientras se dirigía al coche. Después se sentó detrás del volante, inclinándose hacia el lado de Sara para poder despedirse del muchacho—. Te veré más tarde Rupert —añadió, y otra vez Sara notó cierto aire de superioridad en su voz, pero el hombro de Jude rozando el suyo y su muslo apoyado ligeramente contra su pierna, le quitaron todo poder de especulación.

Rupert les contempló alejarse, y algo hizo que Sara le mirara por el retrovisor. De pronto tuvo la extraña sensación de que había visto antes a ese joven.

Probablemente el nombre de Knight's Ferry se debiera a que en alguna época debió existir un ferry que cruzara las tranquilas aguas del río Rowan que pasaba cerca de allí. Sara experimentó un extraño placer al contemplar la vieja casa con sus paredes cubiertas de hiedra y las torres que viera desde lejos. Era una especie de mansión medieval fortificada.

Estaba admirando los jardines cuando de pronto se abrió la puerta principal y apareció una mujer. Sara miró rápidamente a Jude, que bajaba las maletas, pidiéndole tácitamente que interviniera.

—¡Sara, hija mía! Qué alegría después de tanto tiempo —las palabras de Harriet Ferrars eran afectuosas, y Sara se volvió hacia la mujer que iba a su encuentro.

Los recuerdos que tenía Sara de aquella mujer eran muy vagos. Pero no se la había imaginado con ese aspecto. Sara pensaba en Harriet como en una mujer mayor. Por eso, a pesar de saber que no podía tener más de cincuenta años, esperaba encontrarse con una mujer más envejecida.

Pero Harriet Ferrars no era así; si Sara no hubiese conocido la verdad, hubiese pensado que tenía unos treinta y tantos años, y eso por su aspecto severo y maduro, porque tanto su rostro, como su figura eran las de una mujer más joven aún. Su piel no tenía una sola arruga y el traje que llevaba puesto, de punto azul, acentuaba la curva de sus caderas y sus piernas bien formadas. Llevaba muy poco maquillaje y una melena suelta que le daba una apariencia más juvenil. No se parecía en nada a la imagen que de niña guardaba Sara de ella, y se estremeció al recordar las cosas que Jude le había dicho de esta mujer.

Después se sintió aprisionada en sus brazos con genuino afecto, y los besos que le dio en ambas mejillas le dejaron impregnado un suave aroma.

—Querida, eres realmente encantadora —aseguro Harriet, moviendo la cabeza.

Sara se sonrojó porque sabía que Jude las estaba observando y seguramente había oído el efusivo comentario.

—Gracias —respondió—. Me alegra mucho verte, tía Harriet.
La mujer la contempló un momento en silencio y después, cogiéndola del brazo, dijo:
—Lamento mucho lo de tu padre —era el tema que Sara no deseaba abordar—. Ha debido ser un golpe terrible para ti. Por eso te pedí que vinieras. En momentos como éste uno necesita a los parientes.
—¿Pongo las maletas en el cuarto rosa? —interrumpió Jude, y Harriet le miró apretando los labios, un poco molesta.
—Sabes bien que ése es el cuarto que he elegido para Sara —habló con frialdad y Jude se limitó a encogerse de hombros a la vez que se inclinaba para coger el equipaje.
—Ven, querida. Es muy confortable y estoy segura de que estarás cómoda aquí.
—No me cabe ninguna duda —afirmó, por decir algo.
Hubiera querido ofrecerle algunas palabras de agradecimiento, pero resultaba difícil con la cínica presencia de Jude. Por eso esperó a que entraran en la gran sala para hacerlo.
—No tienes nada que agradecer —aseguró Harriet, y una vez que vio que Jude subía la escalera con dos de las maletas, añadió—. Tomaremos el té aquí —la hizo pasar a una salita más pequeña y acogedora—. En cuanto oí el motor del coche, le pedí a Janet que lo preparara —Harriet cerró la puerta y miró contenta a su huésped—. ¿Verdad que es acogedor este lugar? Quítate la chaqueta, no la necesitarás.
Era cierto, porque además de la chimenea encendida, había calefacción central. Sara se quitó la chaqueta quedándose sólo con el jersey color crema que llevaba debajo. Cuando estaban las dos sentadas una frente a otra Harriet le preguntó:
—¿Qué tal el viaje? Espero que no haya sido muy pesado, los trenes pueden llegar a ser terribles en ciertas ocasiones. Por eso cada vez que puedo viajo en coche.
—Ha sido un viaje tranquilo, y los trenes bastante puntuales —respondió Sara, algo nerviosa.
—Pero nosotros no, ¿es eso lo que tratas de decir? —preguntó Harriet, perceptivamente—. Querida, yo tengo la culpa, no estuve lista a tiempo.
—No, no he querido decir eso —Sara no deseaba que su tía tomara sus palabras como una crítica velada—. Apenas llevaba allí cinco minutos cuando el señor… Jude llegó a buscarme, cosa por la que le estoy muy agradecida.
—¿A sí? —Harriet volvió a apretar los labios, pero no hizo ningún comentario sobre su chófer.
Llamaron a la puerta y entró la criada con el té. Era una mujer mayor con aire escocés que empujaba un carrito de servicio, el cual colocó frente a su ama.
—Ésta es Janet —anunció Harriet sonriendo a la mujer con un increíble encanto—. Janet, ésta es Sara Shelley, mi sobrina. ¿No es hermosa?
—Encantada de conocerla, señorita —dijo la mujer, y de inmediato, sin esperar respuesta salió de la habitación dejando a Sara con la impresión de que no estaba de acuerdo con algo.

—No te preocupes por Janet —comentó Harriet, acercando el carrito—. Ha trabajado conmigo demasiado tiempo y esto le ha hecho tomarse demasiadas atribuciones. ¿Prefieres el té con leche y azúcar o con limón?
—Sólo leche, por favor —Sara nunca se había acostumbrado a tomar té con limón como hacían todos los ingleses.
También había sandwiches, pastel y una gran variedad de galletas. Sara se sirvió un emparedado de salmón ahumado.
Mientras comía un segundo sandwich, se preguntó si Jude se reuniría con ellas a tomar el té. Su actitud había sido de mucha confianza, pero sólo había dos tazas, y a medida que pasaba el tiempo, Sara empezó a relajarse.
—¿Estabas en la India cuando sucedió, no es así? —preguntó Harriet, después de servirse otra taza de té—. ¿Te molesta que te haga estas preguntas?
—Me parece bien. Estábamos en Calcuta, él estaba cubriendo el asunto de las elecciones.
—Ya me enteré —Harriet se humedeció los labios—. Debe haber sido terrible para ti, sin conocer a nadie y sin hablar el idioma del país.
—Conocía a bastante gente, teníamos muchos amigos allí. Además, como ya habíamos estado en otra ocasión, sabía un poco el idioma.
—Sí, pero... —parecía estar buscando palabras—. No es igual que estar en tu propio país.
—Así las formalidades terminaron más rápidamente —confesó Sara.
—Claro.
—Una vez aclarada la causa de la muerte, había que decidir qué se hacía con el cuerpo. Yo elegí incinerarlo porque era lo que él hubiera deseado.
—¡Hija mía! ¡Qué horrible para ti... un funeral sin gente!
—Hubo gente... los funcionarios que le conocían y los periodistas...
—De todas formas —Harriet suspiró—. Supongo que ni siquiera trataste de traer su cuerpo a Inglaterra.
—Creo que él no hubiera deseado eso. Nunca consideró a Inglaterra como su hogar. Era un nómada, y seguramente hubiese elegido quedarse en el sitio donde, muriera.
—¿Qué puedo decir? Tú le conocías mejor que nadie, y por eso la decisión debía ser tuya.
—Sí.
Harriet se encogió de hombros y añadió:
—Está bien, no hablaremos más del tema.
Sara agradeció no tener que relatar las circunstancias de la muerte de Charles Shelley. La tía Harriet se estaba mostrando comprensiva y al recordar la manera de hablar de Jude, experimentó ira. Por alguna razón ese hombre había tratado de ponerla en contra de su tía. Casi había logrado convencerla de que si Harriet le había pedido que fuera a vivir a su casa, no había sido por benevolencia, sino para satisfacer algún capricho suyo.
—Dime, ¿qué has hecho desde que regresaste a Inglaterra? Me escribiste diciendo que vivías con una amiga. ¿Conseguiste trabajo?
—Me temo que no. No es sencillo obtener trabajo, especialmente alguien como yo, sin tener un título que me respalde.

—Tienes razón —afirmó Harriet cruzando una pierna de tal manera que a través de la abertura lateral de la falda se alcanzaba a distinguir una parte importante del muslo—. ¿Entonces te sentiste más tranquila al recibir mi invitación? ¿No te he sacado de nada excitante en Londres?

—No, claro que no. Me alegró recibir tu carta, aunque si sirvo o no para el trabajo que mencionaste, es algo que tendremos que averiguar entre las dos.

—Claro que servirás, ¿No es cierto, Harriet?

La odiosa voz de Jude puso punto final a la conversación, y al mirar hacia donde provenía la voz, Sara le vio apoyado contra el umbral de la puerta.

—¡Jude, me gustaría que llamaras antes de entrar! —exclamó Harriet, mirando a Sara como para pedirle disculpas—. Si quieres té tendrás que buscarte una taza. Janet no esperaba que fuéramos interrumpidas.

—No, gracias señora. Siento interrumpirla, pero como ya he llevado las maletas al cuarto de la señorita, quería saber si se le ofrecía algo más.

—Te aseguro que no eres nada gracioso, Jude —la expresión de Harriet demostraba su disgusto, pero en lugar de echarle de la habitación como Sara esperaba, terminó de beber el té.

Sara levantó la vista para mirarle, pero descubrió que él tenía los ojos fijos en Harriet, de una manera tan insolente, que la hizo ruborizarse. La miraba como si... Sara no se atrevía a pensarlo, pero deseó que la tía Harriet se cubriera las rodillas con la falda.

—¿En dónde estábamos? —preguntó Harriet, de pronto.

Sara se sorprendió tanto que al bajar la taza la golpeó contra el plato.

—Estabas por decir cuáles serán mis obligaciones —explicó, tratando de ignorar al intruso, pero levantó la vista enfadada al oír que soltaba una carcajada.

—¡Jude, si no tienes nada mejor que hacer que estar aquí parado burlándote de mí, te pido que te vayas! —exclamó Harriet, y después añadió—: Podrías cambiarte para la cena.

—Touché —la boca de Jude se curvó en una mueca irónica—. Está bien, te dejaré para que... instruyas a nuestra... huésped en torno a sus obligaciones —hizo una pausa y continuó—: Tal vez te interese saber que ha conocido al heredero esta tarde.

Sara pestañeó. ¿Qué quería decir? No tenía sentido alguno, pero cuando volvió la mirada hacia Harriet vio que estaba muy nerviosa.

—¿Qué quieres decir? —inquirió la mujer—. ¿Jude, qué has hecho? ¿Cómo es posible que Sara haya visto a alguien en el trayecto de la estación hasta aquí?

—Hadley casi nos hace chocar con el caballo —explicó, indiferente, meciéndose sobre los talones—. Podría habernos matado.

—¿Puedo recordarte que ese muchacho loco tiene sólo ocho meses menos que tú? —después Harriet se volvió hacia Sara y le preguntó—: ¿Qué te ha parecido Rupert? Es guapo, ¿no?

—Me ha parecido agradable —respondió Sara, incómoda.

—Lo es, aunque tal vez un poco atolondrado, pero es realmente encantador.

—Para no mencionar el hecho de que es el futuro heredero de la

fortuna de su padre —intervino Jude, con brusquedad.
Harriet ignoró el comentario de Jude y ofreció más té a Sara.
—Yo... yo conozco al padre de Rupert desde hace muchos años. Él es lord Hadley, y esta casa perteneció una vez a sus dominios, hasta que mi padre la compró.
—Eso fue hace tres décadas —aclaró Jude y de inmediato añadió—: Si me disculpáis, voy a ver a Midnight que a diferencia de nosotros, no puede pedir ayuda si la necesita.
Cuando la puerta se cerró, Sara pensó que Harriet daría alguna explicación en torno a su comportamiento, pero no lo hizo, se limitó a explicar que Midnight era una yegua que estaba a punto de parir. Después volvió al tema de la presencia de la joven allí.
—Creo que sería bueno que vieras tu cuarto —dijo poniéndose de pie y Sara la imitó—. Después de todo, queremos que estés contenta aquí, y no puedes decidir si te quieres quedar cuando ni siquiera has visto la casa.
—Estoy segura de que me gustará —protestó Sara—. Sinceramente, tía Harriet, estoy tan contenta de que me hayas invitado, que el sitio en donde vaya a dormir no tiene importancia.
—Estás muy equivocada —sonrió Harriet, mientras subían, la alfombrada escalera— ¿No te importa si te pido que no me llames tía Harriet? Somos adultas y resulta un poco tonto.
—Como tú digas —respondió Sara, encogiéndose de hombros.
—¿No te importa?
—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de importarme? Después de todo, no eres realmente mi tía.
—Eso es lo que yo pienso —Harriet parecía estar satisfecha—. Por lo tanto, de ahora en adelante seré Harriet a secas.
—Correcto, Harriet —aseguró Sara.
Arriba había un amplio vestíbulo en el cual convergían dos pasillos, uno hacia cada ala de la casa.
—Ésta es mi habitación —indicó señalando una puerta que estaba cerca de la escalera—. A ti te he puesto en el cuarto rosa que está por aquí. Es bastante confortable, por lo tanto espero que te guste.
Anduvieron por el pasillo del ala izquierda de la casa, al fondo del cual había una gran ventana por donde entraban los últimos rayos de sol, iluminando la alfombra roja. Harriet se detuvo delante de una de las puertas y la abrió, encendiendo de inmediato la luz.
Lo primero que vio Sara fue una especie de sala amplia, con sillones y un escritorio, y hasta una mesa por si deseaba comer en la habitación. Pero de inmediato se dio cuenta de que eso era sólo la mitad del recinto. Un arco muy amplio y dos escalones bajos daban acceso al dormitorio, en donde había una cama con dosel. La decoración era de color rosa.
—El baño está por aquí —y señaló una puerta en un extremo del cuarto—. ¿Qué tal, te gusta?
—¿A quién podría no gustarle? —Sara estaba anonadada. Era todo muy diferente de lo que había esperado—. No debiste haberte tomado tanto trabajo.
—No ha sido ningún trabajo, querida —Sara la abrazó conmovida y la mujer añadió—: Es lo menos que podía hacer por la hija huérfana de

Charles.
—Pero tú apenas nos conocías —comentó Sara, sintiéndose culpable por no haberse acordado de ella durante tantos años—. Harriet no sé cómo voy a pagarte todo esto.
—No te preocupes, ya encontraremos alguna manera —respondió apretándole el hombro cariñosamente—. Y ahora quiero comprobar si está todo listo para la cena, de lo contrario cambiará la opinión que tienes acerca de nuestra hospitalidad.
Sola, Sara paseó por la habitación. Vio que sus maletas habían sido depositadas sobre una especie de sofá que había al pie de la cama, y sintió algo extraño al pensar en el hombre que las había llevado hasta allí. Indudablemente, la relación que mantenía con Harriet era muy extraña; pero después de todo, Jude había trabajado más de diez años para su tía, al menos eso había dicho él, tal vez la familiaridad en el trato era resultado directo de eso. ¿Pero qué hacía él, cuál era su trabajo? ¿Y por qué tenía que importarle a ella cuando seguramente no mantendrían ningún tipo de contacto?
Sobre el escritorio encontró papel y sobres. La joven decidió que ésa noche escribiría a Laura. Ella se había mostrado en contra de que Sara aceptara la invitación de Harriet, y se tranquilizaría al saber que todo había salido bien. Seguramente Laura se resistiría a creer que aún existían hadas madrinas como ésa, por eso Sara se moría de ganas de contarle cómo era la casa y especialmente su habitación.
En los armarios había mucho sitio para guardar sus cosas, y al recordar que seguramente esperaban que también ella se cambiara para la cena, buscó las llaves del equipaje y empezó a deshacerlo.
En una de las maletas había guardado todos sus recuerdos: fotografías y recortes de periódicos de su padre, así como los cepillos con mango de plata que le regalara al cumplir dieciocho años. Colocó un portarretratos de oro, con su fotografía, sobre el tocador, y los cepillos a cada lado. Al hacerlo, tomó conciencia de las pocas cosas materiales que guardaba como recuerdo del hombre que había influido de manera decisiva en su vida.
Ya empezaba a oscurecer cuando terminó de bañarse después de haber deshecho su equipaje y se dirigió al armario donde había colocado su ropa para elegir lo que se iba a poner para la cena.
Escogió un vestido de corte muy simple. Se lo había comprado su padre. Estaban en Montecarlo y le había ido muy bien en el casino, al menos eso le había dicho a ella.
Antes de ponerse el vestido, Sara se retocó el maquillaje, aunque se dijo que no tenía la habilidad de Harriet para hacerlo. El pelo no le ofreció ningún problema, porque era largo y sedoso. Lo cepilló hasta sacarle brillo y se lo volvió a recoger en la nuca, pero esta vez con un pasador de marfil.
El vestido le quedaba muy bien. Mientras se ponía los zapatos miró el reloj. Eran las siete y media, y Harriet había dicho que la cena se servía alrededor de las ocho. Tendría que bajar, y antes de hacerlo se miró por última vez en el espejo. ¿Estaría bien arreglada? ¿Por qué estaba nerviosa? ¿A qué le temía?
Se encogió de hombros con impaciencia. Ése no era el momento de preguntarse si habría hecho bien en ir. Después de todo, Harriet era encantadora, la casa hermosa y tenía la sensación de que iba a ser

feliz en ese sitio.

Tratando de apartar los temores, abrió la puerta y salió al pasillo. Alguien había encendido las luces, y mientras bajaba la escalera se quedó impresionada con la decoración del hall de la planta baja.

Al llegar al pie de la escalera, Sara dudó un momento. No sabía hacia dónde debía dirigirse, ya que Harriet sólo le había mostrado la pequeña salita donde habían tomado el té. Estaba mirando hacia uno y otro lado, cuando de pronto se abrió una puerta a su espalda y apareció Jude.

Era evidente que pensaba cenar con ellas, al menos eso creyó Sara a juzgar por el pantalón oscuro y la chaqueta que llevaba, así como por la camisa de seda con una cinta delgada alrededor del cuello. Tenía el pelo bien peinado, el cual apenas le rozaba la parte superior del cuello de la camisa.

Al sentir la mirada de ese hombre fija en ella y cargada de admiración, la joven se sonrojó.

—Bien, bien, señorita Shelley —comentó, sonriendo con cinismo—. Parece que se ha perdido. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Buscaba a Harr... a la señorita Ferrars. ¿Sabe dónde está?

—Supongo que debe estar vistiéndose. Venga a tomar una copa conmigo. Solemos reunimos siempre en esta habitación —y señaló la sala de donde había salido.

—Ah, muy bien —Sara no estaba muy entusiasmada, pero no podía hacer otra cosa que aceptar. Le siguió y se puso tensa cuando él se apartó para dejarla pasar.

Capítulo 3

Sara se dio cuenta de que estaba en una biblioteca. Tres paredes de la habitación estaban cubiertas de estantes repletos de libros. En la cuarta pared, había un escritorio debajo de un enorme ventanal.

—¿Qué quiere beber?

Sara se volvió hacia él y vio que estaba examinando el contenido de un pequeño bar.

—¿Tiene Martini? —preguntó ella, pero al terminar de inspeccionar, Jude se volvió y respondió:

—Sólo Vodka y Sherry.

—Prefiero Sherry —afirmó Sara, y se quedó observándole mientras le llenaba la copa.

—¿Y... qué piensa de nosotros? Me imagino que esto no es lo que usted esperaba... sobre todo teniendo en cuenta lo que me dijo cuando veníamos de la estación.

—Me gustaría que olvidara lo que le dije en ese momento —respondió Sara-—. Estaba nerviosa... porque hacía mucho tiempo que no veía a Harriet. Ahora que he vuelto a estar con ella, me doy cuenta de que debo haberle parecido muy inmadura.

—Supongo que cualquiera de más de treinta años debe parecer una anciana para una colegiala. ¿No quiere sentarse?

Jude le señaló un sillón de cuero que estaba cerca de la chimenea, pero Sara pensó que le resultaría más sencillo hacer frente a este hombre estando de pie.

—Dígame... señor... Jude, ¿qué es exactamente lo que hace usted aquí? Mi tía... es decir, Harriet mencionó algo relacionado con caballos.

—¿Se refiere a Midnight, la yegua? Pues aún no ha parido, si es eso lo que quería saber.

—No era exactamente eso—Sara se humedeció los labios.

—Ah, entiendo. ¿Usted quiere saber si soy yo el que cuida los establos? —terminó el whisky que tenía en el vaso—. Sin ánimo de desilusionarla, ésa no es mi función más importante.

Cambiando de tema, ya que no sabía cómo continuar aquella espinosa conversación, la joven dijo:

—¿Tiene muchos caballos la señorita Ferrars?

—Pocos —Jude se acercó al bar para servirse otra copa—. Cinco para ser más exacto. ¿Por qué? ¿Le gustan los caballos? ¿Sabe montar?

—He montado algunas veces, sobre todo durante mis viajes al extranjero.

—¿Le gusta cabalgar?

—Sí, bastante. ¿A Harriet también?

—¿Harriet? Dudo que alguna vez se haya subido a un caballo —dijo en tono burlón—. No es muy amiga de los deportes al aire libre.

—Usted conoce muy bien a Harriet, ¿no es así, señor Jude? Me pregunto si sabe lo mal que habla de ella.

Jude rió con tanto desdén que Sara se sonrojó.
—Estoy seguro de que sí —respondió.
La puerta se abrió antes de que Sara le preguntara qué había querido decir.
Al ver a Harriet con unos pantalones dorados y una chaqueta de lentejuelas, la joven pensó que había sido demasiado tradicional en la elección de su vestido. La mujer llevaba unos zapatos con el tacón más alto que Sara había visto en su vida, pero a pesar de eso, se movía con mucha gracia. Vaciló un poco cuando vio a Jude.
—¡Ah, estás aquí! —-exclamó, rozándole el brazo con la yema de los dedos. Pero al ver a Sara, quitó la mano—. Querida, qué hermosa estás. ¿No te parece, Jude? —miró al hombre con una expresión muy extraña como si lo desafiara a contradecirla—. ¿No crees que Sara está maravillosa?
—Creo que la palabra más exacta es irresistible —corrigió el individuo, y Sara deseó poder borrarle la insolencia de un golpe. Pero Harriet no pareció tener en cuenta su observación, y aceptó la copa que le ofrecía.
—Es una lástima desperdiciar tanta belleza en una cena familiar pero para mañana por la noche, he organizado una pequeña reunión para que puedas lucirte —dijo Harriet cogiendo a Sara del brazo.
—Por favor, tía... quiero decir Harriet —Sara se sonrojó por la equivocación—. No he venido aquí para divertirme. Sólo quiero ganarme la vida de alguna manera.
—Ya lo hará —aseguró Jude, terminando el whisky de un trago—. Bueno, ya me voy, señoritas. Espero que sepan disculpar mi brusca partida, Sara, pero tal vez se sienta mejor si no tiene que cenar con un empleado.
Sara se sintió muy incómoda y estaba a punto de responder algo cuando Harriet soltando su brazo y cogiéndose del de Jude exclamó:
—¡No pensarás salir esta noche, Jude!
—Me temo que sí —Jude hablaba con firmeza a la vez que quitaba la mano de Harriet de su brazo con deliberada frialdad.
—¿Vas a salir con esa chica? —inquirió Harriet con furia.
—¿Por qué no? Ella disfruta de mi compañía —afirmó él inmune a los reclamos de Harriet.
Por un momento la mirada de Sara se encontró con la de él, y deseó con todas sus fuerzas poder estar en cualquier parte, lejos de esa habitación.
—¿Ah, sí? —el tono de voz de Harriet demostraba un terrible malestar. Con los dedos muy apretados le otorgó un silencioso permiso de retirarse.
Antes de salir de la habitación, Jude miró a Sara y sonrió con burla.
Ya a solas, la joven se sentía molesta por haber tenido que presenciar la escena, y Harriet parecía absorta en sus pensamientos sin intención alguna de compartirlos. Si al menos conociera lo suficiente a Harriet como para ofrecerle algún consejo..., pensó Sara, sintiendo que la repugnancia inicial daba paso a la compasión. Si lo que sospechaba era cierto, y Harriet sentía algo por ese individuo, era su obligación decirle lo que pensaba y decía de ella a sus espaldas.
—Harriet...

—Sara...
Las dos empezaron a hablar al mismo tiempo, pero se interrumpieron bruscamente. Sara, contenta de que no le hubiera dado tiempo para terminar la frase que había iniciado, insistió en que fuera Harriet la que hablara primero.
—Sólo quería decirte que no tomes en serio mis peleas con Jude. Él y yo... nos conocemos desde hace mucho tiempo, y a veces... a veces tengo la impresión de que le doy demasiada confianza.
—Harriet, no tienes por qué explicarme nada...
—Pero quiero hacerlo. No quisiera que llegaras a pensar que Jude y yo nos entendemos.
—De veras, Harriet...
—Jude es un poco impetuoso a veces —siguió diciendo la mujer como si Sara no la hubiera interrumpido—. Le gusta demostrar su independencia. Y eso es algo natural. A todos nos sucede, ¿no te parece?
—No es algo que tenga que ver conmigo —aseguró Sara, moviendo la cabeza.
—Creo que sí —respondió mientras servía otra copa—. Después de todo, vas a vivir aquí una temporada, Jude también, y no quisiera que tomaras partido.
¿Qué significaba eso de que Jude vivía en la casa? Además, ¿dónde? ¿Cómo? ¿Y con qué objeto?
Alguien llamó a la puerta y Sara se volvió asustada, pero era Janet para avisar que la cena estaba lista.
—Parece que el joven se fue —comentó la mujer—. Rob me ha dicho que hace unos minutos le ha parecido oír el motor del coche.
—Sí —Harriet terminó el whisky y después de dejar el vaso sobre una bandeja añadió—: Cenaremos las dos solas, por lo tanto, no se hable más del asunto.
Sirvieron la cena en un comedor muy confortable. Durante la misma, Sara tuvo que hacer un esfuerzo para no pensar en Jude, y en su relación con la mujer a quien siempre había considerado su tía. Después de todo, su posición no se había modificado. Había ido allí para ser la compañera de Harriet, y el hecho de que hubiera alguien más viviendo en la casa no tenía por qué hacer que cambiara sus planes. Suspiró mientras se servía un trozo de pollo cubierto de salsa blanca. ¿Por qué la sorprendía todo? Harriet era todavía una mujer muy atractiva, y era lógico que disfrutara de la compañía de un hombre. Pero esa relación la molestaba, para ser sincera consigo misma, era la personalidad de aquel hombre lo que más la indignaba y el hecho de que debía de tener por lo menos veinte años menos que Harriet.
Una vez terminada la cena se instalaron en la pequeña salita en donde habían tomado el té. Janet puso la bandeja del café entre las dos mujeres y Sara se sentó en un sillón frente al fuego para tratar de relajarse, diciéndose a cada momento que todo saldría bien. Durante la cena habían hablado de cosas muy superfluas, tales como las funciones de Janet y las de la muchacha que iba del pueblo para ayudarla. Pero ahora que estaban solas, Harriet trató de saber más acerca de la vida de Sara.
—¿Cuántos años tienes ahora? —le preguntó inclinándose en gesto

confidente—. ¿Veitiuno?
—Casi —corrigió Sara y Harriet continuó diciendo:
—Veinte, entonces. En estos días que corren, eres ya una persona madura. Debes haber tenido muchos ligues entre las personas a las que frecuentaba tu padre.
—No muchos. Papá era bastante estricto. No le gustaba que aceptara invitaciones de otros periodistas.
—¿Ah no? —Harriet parecía complacida—. Eso sospeché siempre. Charles, al igual que los de su tipo, seguramente se regía por el principio de haz lo que digo pero no lo que hago.
—Papá quería protegerme —Sara no iba a permitir que Harriet echara tierra sobre la reputación de su padre no importa cuan merecida fuera—. Pero no era necesario —añadió—. Yo era capaz de cuidarme sola. Lo aprendí en la escuela de internas.
—Entonces, ¿no has tenido ningún novio?
—Algunos —Sara encogió los hombros.
—Pero nada en serio.
—No —Sara no estaba muy segura de si le agradaba este tipo de interrogatorio, pero después se dijo que seguramente lo que Harriet buscaba era la seguridad de que ningún muchacho se la llevaría una vez que se hubieran acostumbrado la una a la otra.
—Bien —sonrió Harriet—. Creo que nos entenderemos de maravilla.
—Eso espero.
Harriet terminó su café y recostándose en el sillón dijo:
—¿Sabes? Siempre quise tener una hija, alguien con quien hablar y compartir mis pensamientos, alguien joven y hermosa como tú.
—Eres muy amable.
—Hablo en serio. Una vez tuve una esperanza, pero no resultó. No sabes lo que significa para mí que estés aquí.
—Sólo espero poder ser útil. Aún no me has dicho lo que quieres que haga.
—Oh, no te preocupes —Harriet levantó una mano como, si no tuviera importancia alguna—. Hay mucho tiempo para eso. Primero, debes acostumbrarte al sitio y a nuestra forma de vida, después, nos preocuparemos de tus actividades.
—No quiero sentirme un parásito —aseguró Sara.
—No lo serás, querida.
—No, pero creo que si no hay mucho que yo pueda hacer aquí, tal vez pueda buscar algún trabajo para ayudar con los gastos...
—Jamás aceptaría algo semejante. No soy una mujer pobre, Sara, y una boca más para alimentar no me llevará a la bancarrota. Y por otra parte, ya verás que tendrás mucho que hacer.
Sara lo dudaba mucho. Sus ideas acerca de ir a cambiar libros a la biblioteca, pasear a su tía o leerle novelas románticas parecían ahora muy remotas.
—Necesitarás un poco de dinero —siguió diciendo Harriet con el tono de voz de una mujer de negocios—. Pienso asignarte un dinero mensual por adelantado que depositaré en una cuenta a tu nombre en el Banco de Buford.
—Yo tengo un poco de dinero —protestó Sara, pero Harriet no le hizo el menor caso.

—Guárdalo, nunca sabes cuándo puedes necesitarlo. Acepta la asignación, Sara, me harías muy feliz.

La joven asintió aunque un tanto incómoda. Sentía un profundo agradecimiento, pero también cierto temor, aunque no lograba imaginar por qué razón. Todo lo que estaba viviendo era una especie de sueño hecho realidad, la casa, su habitación, la bondad de Harriet.

Jude aún no había regresado cuando Sara se fue a dormir. A las diez, Janet llevó chocolate caliente y galletas y cuando terminó de beber el suyo, a la joven se le cerraban los ojos. Había sido un día largo y agotador, al menos para sus nervios, y se sintió aliviada cuando Harriet sugirió que se fuera a dormir.

—Creo que es hora de que yayas a descansar —dijo levantando el rostro para que Sara la besara en la mejilla.

Subió a su habitación y vio que alguien, en su ausencia, le había hecho la cama.

Se quitó la ropa y se puso un pijama de algodón, y en cuanto terminó de lavarse los dientes y de desmaquillarse, se metió entre las sábanas. Necesitaba dormir ya que estaba demasiado confundida como para poder pensar con claridad.

Debió haberse dormido enseguida. No recordaba siquiera haber apagado la luz, pero seguramente lo hizo, porque de pronto despertó en medio de la oscuridad total. De inmediato se dio cuenta qué la había despertado. Se oían voces. Eran Harriet y Jude que parecían estar discutiendo.

Si bien no alcanzaba a entender todo lo que decían, Sara se dio cuenta de que las voces provenían de alguna habitación del pasillo, tal vez de la habitación de Harriet, que estaba cerca de la escalera. Se tapó la cabeza con las sábanas, pero aún así, pudo percibir algunas frases con claridad: «¡No te importa herirme! y ¡Jude, por favor!»

De pronto no se oyó una palabra más. Después, la joven oyó un portazo y unos pasos. ¿Bajando la escalera? Y la casa quedó sumida en absoluto silencio otra vez. Sara suspiró, y en ese momento se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Se acostó de espaldas y muy tensa trató de oír algo más, pero lo único que le llegó fue el canto de una lechuza. ¿Qué hora sería? Se incorporó y miró el reloj que indicaba las dos menos cuarto.

Trató de dormir otra vez, pero le resultaba imposible. De no haber mirado la hora, hubiera pensado que estaba a punto de amanecer, y con lo que acababa de oír, le resultaba imposible relajarse.

Después de quince minutos de estar acostada de espaldas con los ojos abiertos, encendió la luz, porque desde la muerte de su padre, odiaba la oscuridad. Recordaba con demasiada exactitud lo sucedido aquella trágica noche, incluso la frialdad del cuerpo de su padre cuando trató de despertarlo. Se puso de pie, necesitaba algo para poder dormir. Viviendo con Laura, no había necesitado las pastillas que le había recetado el médico. Pero esa noche era diferente; estaba en una casa extraña y la pelea que había oído tenía implicaciones que no podía ignorar. ¿Se habría referido a eso su padre cuando le decía que Harriet tenía sus propios problemas? ¿Conoció él la existencia de Jude?

Después de ponerse una bata de algodón sobre el pijama, Sara abrió la puerta de su habitación y escuchó un momento. El pasillo estaba silencioso y por la ventana del fondo entraba la luz de la luna.

Era evidente que Jude ya estaba en su cuarto. La casa estaba tranquila, y nadie se enteraría si bajaba a la biblioteca y se ponía una copa. El alcohol era lo único que podía llegar a producirle sueño. Además, estando allí podría coger algún libro. Andando lentamente, llegó a la escalera sin incidentes y descendió por ella.

Recordaba dónde estaba la puerta de la biblioteca, por tanto la abrió confiada. El fuego de la chimenea se estaba apagando, y después de cerrar con suavidad para no hacer ruido, algo hizo que se diera cuenta de que no estaba sola. Buscó el interruptor pero no logró encender la luz. Presa del terror trató de abrir otra vez la puerta, pero resultaba imposible, algo se lo impedía.

De pronto se encendió la luz y Sara lanzó un grito. La razón por la que no se abría la puerta era muy sencilla: Jude estaba apoyado en ella y Sara se preguntó cómo había podido encender la luz cuando ella no lo había logrado.

—¿Qué está haciendo aquí? —inquirió Jude, furioso.

—He venido a buscar algo para beber —respondió Sara, disimulando su indignación—. No tenía idea de que usted estuviera aquí o de lo contrario no lo hubiese importunado. Y de todas maneras no tenía por qué haberme asustado.

—¿Asustarla? Fue usted quien me asustó escurriéndose como un fantasma a medianoche.

—Yo no me estaba escurriendo. Sólo trataba de no hacer ruido para no molestar a nadie.

—Después de haber sido molestada... es de suponer —comentó con sarcasmo.

—Sí, tal vez —Sara no estaba dispuesta a decir más—. Tenía sed, eso es todo.

—¿Y vino a buscar... whisky, sherry? ¿Acaso no hay agua en su servicio?

—Está bien, quería tomar algo que me ayudara a dormir.

—Sírvase entonces —le dijo mirándola de forma extraña. Y a pesar de que lo único que deseaba Sara era salir de esa habitación y huir, decidió caminar hasta el bar para coger un vaso y servirse un poco de whisky.

Al hacerlo, vio que la chaqueta de Jude estaba tirada sobre un sofá, y que junto a ella había una botella. Era evidente que el hombre estaba ya allí cuando ella entró, pero se volvió a preguntar cómo había conseguido encender la luz cuando ella no había podido hacerlo.

Trató de abrir la botella pero no lo consiguió. Jude se la quitó de las manos y el tapón cedió sin dificultad ante la fuerza de sus dedos. Le sirvió bastante licor y después de cerrar la botella preguntó:

—¿Es demasiado?

—¡Por supuesto! —respondió, y antes de que lo pudiera evitar, Jude le quitó el vaso y bebió un buen trago.

—¿Ahora está mejor?

Sara le quitó el vaso con resentimiento, y él se percató de la repugnancia que le producía a la joven beber donde lo había hecho él.

—¿Y bien, no va a beber? —preguntó, desafiante.

—Lo llevaré a mi habitación —respondió ella obligándose a mirarle a los ojos, pero al ver la expresión amarga y furiosa de él, deseó no

haber salido nunca de su cuarto.
—Supongo que con esa vestimenta es la única invitación que puede recibir —comentó ofensivo, y eso fue suficiente para que Sara diera rienda suéltala su indignación.
—Es la única invitación que recibiría de un parásito como usted. Es posible que crea que el lugar que ocupa en esta casa le otorga algún derecho a pensar sólo en usted y a reírse de los sentimientos de los demás, pero le prevengo que conmigo no va a poder jugar.
—¿Ah no? ¿Y qué hará si decido demostrarle que está equivocada?
—Creo... creo que ha bebido demasiado, señor Jude —empezó a decir, pero de pronto, la cogió de la muñeca y la obligó a llevarse el vaso a los labios.
—Vamos, beba. Ponga sus labios donde estuvieron los míos. Sienta el asco.
—Está loco...
—¿Eso cree? ¿Por qué? ¿Por permitir que me hable de esa manera? Si fuera usted hombre ya le hubiera dado su merecido.
—Si yo fuese hombre no lo hubiera dicho —se defendió Sara.
—Tal vez sí. Dijo que yo era un parásito.
Sara trató de liberarse pero lo único que consiguió fue derramar el whisky en la alfombra.
—Quiero irme a dormir...
—No soy un parásito, señorita Shelley. Trabajo para ganarme la vida, créame, ya lo averiguará.
—Por favor, suélteme —rogó, empujándole con fuerza.
Pero eso pareció enfurecerlo más. Con un movimiento salvaje le torció el brazo detrás de la espalda, con lo cual el vaso cayó al suelo, y dijo:
—Hay más de una manera de probar mis labios —y Sara sintió que le temblaban las piernas al ver que Jude posaba la boca sobre la suya.
Tuvo que cogerse del brazo de Jude para no caer. En esos pocos segundos tomó conciencia de muchas cosas; del olor a alcohol que emanaba de su aliento, y de la dureza del pecho masculino contra sus senos.
Poco a poco la violencia fue cediendo y dando paso a una sensación de sensualidad. Jude le soltó el brazo a la vez que abandonaba sus labios para acariciarle la oreja. Sara apenas lograba respirar apretada contra el pecho de Jude, y cuando él comenzó a acariciarle las caderas y la cintura hasta llegar a la curva de sus senos, se sintió presa de una terrible debilidad.
Jude respiraba agitado buscando otra vez la boca de Sara que ya no ofrecía resistencia alguna. Levantando los brazos ella le abrazó; sin embargo, la separación fue violenta.
—Váyase de aquí —murmuró él dirigiéndose hacia el escritorio y Sara le miró sin comprender su repentino rechazo—. Vete a la cama —ordenó respirando con dificultad, y en ese momento la joven tomó conciencia de lo que acababa de hacer—. ¿Aún sigue aquí?; —añadió más recuperado, y volviéndose hacia ella la miró, sonriendo con cinismo.
Sara se anudó allí el cinturón de la bata buscando alguna forma de borrarle la burla de la cara, y de pronto, inconscientemente encontró las palabras.

—Gracias —le dijo ella—. Gracias por confirmar la opinión que tenía de usted. Me gustaría saber qué diría su jefa si supiera cómo acaba de abusar de la confianza que tiene depositada en usted.

Capítulo 4

Ya en su habitación, aunque sin el whisky que había bajado a buscar, Sara se sintió débil. ¿Había incitado ella a Jude para que actuara de aquella forma tan violenta? No podía creerlo, pero el brazo donde él le había incrustado los dedos, aún le dolía y las piernas le seguían temblando.

Se sentó en la cama y llevándose las manos a la cabeza la movió de un lado a otro. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había podido aquél hombre haber hecho semejante cosa? No importaba lo que ella le hubiera dicho, no debía de haber reaccionado de esa manera. Ella era un familiar de la mujer que le daba trabajo, y una huésped en la casa. El comportamiento de ese hombre era vergonzoso e imperdonable.

Sin embargo... dejó caer las manos sobre el regazo y se miró en el espejo del tocador. ¿Acaso su propio comportamiento había sido mucho mejor? Cuando Jude la acarició, ¿hizo algo para impedirlo?

Sabía perfectamente que no. Para su eterna vergüenza, tenía que aceptar que ese hombre había logrado despertar en ella esa excitación que siempre había logrado controlar. Asustada, entrelazó las manos con nerviosismo.

Con las mejillas ardiendo, se puso de pie para quitarse la bata. Volvió a mirarse en el espejo. Tenía los labios muy colorados, y se asustó al sentir sabor a sangre en la lengua. ¿Dios, cómo iba a enfrentarse a Harriet al día siguiente? ¿Y qué iba a hacer si Jude decidía ponerla en evidencia?

Las palabras que le dijo antes de subir a su cuarto sólo habían sido producto de la indignación. ¿Cómo iba a decirle a Harriet lo que él le había hecho? Pero, por otra parte, ¿cómo iba a seguir viviendo en la misma casa que ese hombre que había demostrado no tener respeto por ninguna mujer?

Para su sorpresa, fue la misma Harriet la que la despertó al día siguiente llevándole la bandeja del desayuno. Sintiéndose molesta se incorporó mientras la otra mujer la observaba, sonriéndole. Después se sentó en el borde de la cama, demostrando su intención de quedarse a conversar.

—Sabía que estarías cansada, querida. Por eso le dije a Janet que te dejara dormir. Después de todo, no tenemos prisa.

—¿Pero qué hora es? —preguntó Sara, un tanto molesta al recordar lo sucedido.

Esa era la razón por la cual no se había podido dormir sino hasta el amanecer, y por eso también se había quedado dormida.

—Un poco más de las diez.

—¡Las diez! Oh, Harriet, qué vas a pensar de mí. No recuerdo nunca haber dormido hasta esta hora.

—Entonces te vendrá bien. Y ahora tómate el desayuno, podemos hablar mientras tanto.

En realidad, Sara se hubiera conformado con el zumo de naranja y el café, ya que sentía la cabeza pesada, pero Harriet estaba allí, por lo

tanto, hizo un esfuerzo y se comió una tostada con mermelada.

—Pensé que preferirías esto en lugar de tocino con huevos —señaló Harriet—. Yo no suelo comer cosas fritas, pero Jude come de todo: cereal, huevos y tostadas—levantó los hombros en señal de disgusto —. Sin embargo, no parece engordar nunca, en cambio yo sí.

Era la oportunidad de Sara de mencionar lo sucedido la noche anterior, pero se mantuvo callada. No podía arriesgarse a arruinar la relación que acababa de establecerse entre ellas, y quizá, él lo supiera y por eso había obrado así, seguro de que no le iba a delatar. «¡Maldito sea!», pensó y apretó los puños antes de descubrir que Harriet la observaba, extrañada.

—Dime... —comenzó a decir Harriet y Sara se sonrojó—, ¿no fuiste molestada anoche, verdad?

—¿Molestada? —repitió Sara para ganar un poco de tiempo, pero su tía lo tomó como una respuesta.

—Es evidente que no. Lo que sucede es que a veces los jovencitos ponen trampas en los alrededores para cazar conejos y liebres, y los que vuelven del pueblo por la noche, se las llevan por delante.

Sara se sirvió café y por un momento se preguntó si Jude le habría contado a la mujer algo sobre su encuentro durante la noche.

—Hace muy buen tiempo —afirmó Harriet levantándose de la cama y acercándose a la ventana para correr las cortinas—. Mira cómo brilla el sol. Podríamos salir a pasear después de vestirte.

—Oh, sí, por supuesto, me gustaría mucho.

Sara apartó la bandeja y se puso de pie decidida a no permitir que los acontecimientos de la noche anterior le arruinaran su primer día en Knight's Ferry.

—Pensé que podríamos ir hasta Linden Court —le dijo, mirándola con afecto—. Por lo tanto, ponte algo elegante. Lord Hadley tiene debilidad por las muchachas bonitas, y tú eres extraordinaria.

Le resultaba extraño tener que elegir algo especial para ponerse, pero al menos la mantenía distraída. Tal vez sería bueno ponerse una falda, aunque los pantalones eran mucho más adecuados para caminar por el campo. Por otra parte no estaba muy segura de querer llamar la atención de un viejo listo cuyo único mérito era el de haber heredado un título.

Eligió finalmente un conjunto de pantalón y chaqueta de pana color marrón y una blusa, beige, dejándose los dos primeros botones desabrochados para poder lucir la cadena de oro, regalo de su padre.

Janet entró a recoger la bandeja del desayuno y al ver que Sara estaba haciendo la cama, se mostró algo molesta.

—No hay necesidad de que usted haga la cama, señorita. No me cuesta nada hacer la suya.

—No me importa hacerlo, Janet. No soy sólo un huésped aquí; he venido a trabajar, y si existe alguna manera de ayudarla, por favor hágamelo saber.

—Usted es la sobrina de la señorita Ferrars. Por lo tanto, es su familiar, y no hará la cama mientras esté yo para hacerla.

Su tono de voz era duro, y Sara decidió no discutir más.

—Está bien, si no quiere que haga la cama no la haré, pero mantengo lo que dije antes, deseo ser útil en algo.

La mujer refunfuñó y cuando Sara salió del cuarto, pudo ver que quitaba toda la ropa y empezaba a hacer la cama otra vez.
Con cierto temor entró en la salita, pero con alivio vio que sólo estaba Harriet, sentada detrás del escritorio.
—Estás muy elegante —comentó, observándola detenidamente—. Estaba preparando el menú de esta noche mientras venías. Espero que no tengas gustos demasiado particulares para la comida.
—Oh, no, claro que no. No tengo muchas preferencias, ya que viviendo con mi padre tuve que acostumbrarme a todo tipo de comida.
—Por supuesto. ¿Nos vamos entonces? Ya le he dicho a Janet dónde estaremos.
Sara asintió y mientras salían de la habitación, Harriet cogió una chaqueta de piel de oveja. La mujer llevaba esa mañana unos pantalones de tweed y una blusa de seda.
Afortunadamente, no había ninguna señal de Jude. La joven tenía miedo de encontrarse con él después de lo sucedido la noche anterior.
En el jardín, vieron a un hombre trabajando. Al ver a Harriet la saludó con la mano en alto y ésta le contestó de igual forma. Después mirando a Sara dijo:
—Es Rob, el esposo de Janet. Cuida los jardines... además, sabe bastante de fontanería y electricidad.
—Un hombre muy útil por lo que dices.
—Ya lo creo. No sé qué haría sin ellos.
—¿Tienen hijos? —preguntó Sara mientras pasaban por una hermosa huerta en donde un alto muro separaba esta zona de las caballerizas, y al darse cuenta de ello se clavó las uñas en las palmas de las manos, previendo el encuentro.
—Afortunadamente no —respondió Harriet, mientras entraban en los establos—, quiero decir para mí, porque como Janet tiene marcadas tendencias maternales, me temo que los hijos hubieran interferido en su trabajo.
Un muchacho de unos dieciséis años estaba ensillando un hermoso alazán cuando se acercaron.
—Hola Minstrel —dijo Harriet, acariciando la cabeza del animal, y después, mirando a Sara preguntó—: ¿No es hermoso? Ha costado una fortuna, pero vale la pena.
Sara nunca había estado cerca de un caballo tan fino, y estaba a punto de acariciarlo, olvidando sus temores, cuando una voz de hombre la hizo estremecer. El caballo notó el movimiento involuntario de la joven y se inquietó, al verlo, el muchachito lo cogió de las riendas y lo hizo caminar un poco hasta que se tranquilizó.
Y todo por nada, ya que el hombre que se acercaba no era Jude sino un individuo mayor, de pelo canoso y bigote.
—Hermosa mañana, señorita Ferrars —comentó saludando a Sara con la cabeza—. Veo que ha venido a mostrarle a esta señorita nuestro gran premio. ¿Pero no sabe que Midnight ha parido esta mañana?
—¡No!—exclamó Harriet, aplaudiendo—. No he... podido hablar con Jude hoy. Supongo que ha estado aquí, ya que lleva varias noches que no duerme en su habitación.
—Sí, estuvo aquí, y la ayudó en todo lo necesario. Venga a ver el

resultado, creo que le agradará.
El establo estaba oscuro, y olía a cuero y a desinfectante. Fueron hasta el fondo del establo, y Sara se inclinó sobre el portón bajo para ver un potrillo de piernas delgadas apoyado en los muslos de su madre. Para tranquilidad de la joven estaban solos, y Sara pensó que seguramente Jude estaría acostado recuperando las horas perdidas durante la noche.
—¿No es precioso? —preguntó Harriet, excitada—. ¿Barnes, cree que se parecerá a su padre? Imagínese... a los dos años podrá igualar a Mazarin.
—Va demasiado aprisa, señorita Ferrars. Este potrillo aún no ha tenido su primera comida, pero déjelo en mis manos y haremos de él otro Minstrel.
Harriet suspiró y empezó a caminar hacia la salida. Sara la siguió. El animalito que acababa de nacer era fascinante, pero al oír la conversación entre su tía y Barnes, daba la impresión de que el único interés de Harriet era tener un campeón. Se sintió desilusionada, porque le gustaban los animales, y había fantaseado con volver a cabalgar. Pero después de los ejemplares que había visto, ninguno parecía apto para sus escasos conocimientos ecuestres.
Dejando atrás los establos, caminaron hacia las paredes grises de Linden Court. La construcción era imponente, y Sara no pudo evitar sentir cierto nerviosismo al pensar que iba a conocer a su dueño. Le parecía imposible que alguien pudiera ser propietario de algo tan grande, y se volvió a preguntar qué tipo de relación tendría Harriet con la familia. Hermosos jardines rodeaban la mansión, y hacia un lado se alcanzaban a distinguir las canchas de tenis.
—Las instalaciones están abiertas al público en determinados días de la semana y durante todo el año —explicó Harriet viendo que Sara miraba, azorada, a su alrededor— Y también parte de la casa, de mayo a octubre. Aunque no está abierta la zona donde viven.
—¿Quién vive aquí? —preguntó Sara.
—No estés así de temerosa, querida. Sólo están James y Rupert... y también Venetia, aunque ella en realidad no cuenta.
—¿Quién es Venetia? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Y quién es James?
—¿James? Es James Hadley, el padre de Rupert.
—¿Te refieres a Lord Hadley?
—¿A quién más? Oh mira, ¡qué sorpresa! Él mismo viene a nuestro encuentro.
Sara se volvió en el momento que un hombre de aproximadamente sesenta años salía del edificio y caminaba con rapidez. Tenía puesto un pantalón color marrón y una chaqueta de tweed, y su rostro recién afeitado se iluminó con una gran sonrisa al coger la mano de Harriet entre las suyas.
—Te he visto desde la ventana —afirmó y Harriet también sonrió.
—¡Me alegro de que hayas salido a recibirnos! —exclamó Harriet, y mirando a su sobrina añadió—: James, ésta es Sara. ¿Bonita sorpresa, no es así?
—¿Cómo iba a sorprenderme cualquier familiar tuyo? —respondió galantemente Lord Hadley—. ¿Cómo estás, Sara? Bienvenida a Linden Court.

—Gracias —sonrió Sara.
Entraron por el ala privada del edificio que conducía a la zona habitada por la familia. Era todo bastante parecido al interior de Knight's Ferry, aunque el escudo de armas sobre la chimenea le daba un aspecto un tanto feudal. Había dos grandes perros de caza junto al fuego, y se pusieron de pie al verlos entrar.
—¿Has visto alguna vez dos animales más tontos? Mi hijo los trajo como perros guardianes, pero no sirven para eso. Si te descuidas son capaces de comer de tu mano.
—¡Pero son muy hermosos! —exclamó Sara mientras uno de ellos le lamía la mano—. ¿Cómo se llaman?
—Troilus y Cressida... por supuesto que a elección de mi hijo, pero los llamamos Troy y Cress porque son nombres más cortos. Pasad, por favor, tomaremos un café.
El sitio adonde las condujo resultó ser una hermosa sala cuyas paredes estaban adornadas con escenas de caza. Había también una chimenea y dos cómodos sillones sobre la alfombra persa. Lord Hadley esperó a que ellas se sentaran antes de tocar el timbre para llamar al servicio.
Momentos después apareció una criada muy joven llevando una bandeja con el café. Cuando se retiró, Harriet preguntó dónde estaba Rupert.
—Debe andar por ahí —respondió Lord Hadley sin darle importancia al asunto—. Ayer estuvo a punto de sufrir un serio accidente mientras cabalgaba. Supongo que no me hubiera enterado a no ser porque Juniper se resintió de un tendón al tratar de evitar el coche, y eso era algo que no podía ocultarme. Ese hijo mío. No veo el momento de que se case para que aprenda a ser responsable.
—Sí —apoyó Harriet mirando a Sara de una manera muy especial, pero antes de que la joven se sintiera incómoda, su tía volvió la vista hacia Lord Hadley y le dirigió una sonrisa encantadora—. Jude me comentó algo al respecto. Creo que Rupert no debería cabalgar por la carretera.
—¿Jude? —Lord Hadley la miró asombrado—. ¿Qué sabe Jude de esto? No me dijo una sola palabra al respecto.
—¿No te lo dijo, James? ,pues fue con su coche con el que casi se choca con Rupert. Jude volvía de la estación de recoger a Sara, y como puedes imaginarte, se llevó un buen susto.
Sara no comprendía qué estaba sucediendo. Era evidente que Jude había visto a Lord Hadley y no le había mencionado el episodio.
—¿Quieres decir que Rupert saltó la cerca? —preguntó Lord Hadley y Harriet hizo un esfuerzo por arreglar lo dicho.
—Creo que he hablado más de lo debido, pero estaba segura de que Rupert te lo había dicho. Jude le presentó a Sara en ese momento.
—¿Ah sí? —Lord Hadley miró de inmediato a la desconcertada joven —. No, no me lo ha dicho. Tendré que hablar con él en cuanto se presente la oportunidad.
—Oh, Dios mío, parece que realmente he dicho lo que no debía —el desasosiego de Harriet era convincente—. James, por favor no le digas a Jude que yo te lo he dicho. Supuse que ya lo sabías.
—Mmm.
Lord Hadley no parecía creerla del todo, pero los buenos modales le

hicieron evitar cualquier otro comentario, permitiendo que Harriet sirviera el café y preguntara por Venetia.

Después de escucharlos un momento, Sara se dio cuenta de que hablaban de una hija de Lord Hadley.

—¡Es una criatura tan dulce! —exclamo Harriet—. Estoy segura de que a Sara le agradará conocerla. Necesita amigas de su edad y creo que Venetia aprobaría su compañía.

—Tal vez tengas razón —respondió Lord Hadley cortésmente, pero Sara tuvo la sensación de que él hombre no tenía ningún interés en que ella llegara a ser amiga de sus hijos. Tal vez fuera una impresión equivocada, pero estaba segura de que Harriet sabía lo que aquel hombre pensaba al respecto, y que por razones propias, estaba decidida a no hacerle caso.

Para tranquilidad de Sara el asunto del casi accidente no se volvió a mencionar, y en cambio Lord Hadley le preguntó acerca de la India, donde él había estado durante la última guerra, y le ofreció sus condolencias por la muerte de su padre.

Cuando se estaban poniendo de pie para retirarse, oyeron voces que provenían del exterior. Harriet parecía haber abandonado por el momento su decisión de acercar a Sara a los hijos de Lord Hadley, pero al abrir la puerta aparecieron dos personas. Una era una muchacha quizá de la edad de Sara, pero robusta, y el otro era Jude.

Sara dio un paso atrás y observó a Harriet antes de mirar a los recién llegados. ¿Qué hacía Jude allí?, se preguntó desconcertada. Salvo que ésa fuera la chica con la que había salido la noche anterior. Sentía la boca seca y no sabía hacia dónde mirar, sobre todo al comprobar que la otra joven la miraba con cara de pocos amigos.

Jude no se mostró perturbado, y tampoco su rostro demostraba que hubiera pasado una mala noche; cuando su mirada se encontró con la de Sara, no mostró familiaridad alguna.

—Hola, papá —dijo la muchacha caminando hacia Lord Hadley para darle un beso en la mejilla—. Espero que no te importe, pero he convencido a Jude de que me lleve hasta Buford.

—¿Eso has hecho? —los dos hombres se miraron.

—Ya he terminado las cartas —explicó Jude.

—Jude no está aquí para que tú te diviertas, Venetia —afirmó Lord Hadley mirando a su hija—. Él trabaja para mí, por lo tanto te sugiero que me preguntes antes de molestarle.

Mientras Sara trataba de entender esa desconcertante revelación, Venetia decía:

—Pero, papá, yo quiero que Jude me lleve, me gusta ir con él, no seas malo, sabes que no puedo conducir.

Lord Hadley dirigió una mirada significativa a Harriet quien para sorpresa de Sara, respondió:

—Sabes cómo son los jóvenes. Estoy segura de que Jude no descuidará su trabajo por eso, James. ¿Por qué no los dejas ir? No los puedes tener siempre encadenados.

—¡Tiene razón! —exclamó Venetia mirando a Harriet con agradecimiento—. ¿Por qué no me puedo divertir un poco? Además, Jude me ha prometido...

—Venetia, no me gusta discutir contigo delante de mis invitados —

interrumpió su padre, bruscamente—, ni tampoco es cierto que te tenga encadenada. Lo que sucede es que Jude es demasiado educado como para decirte que le estás haciendo perder tiempo.
—Eso no es cierto, ¿verdad, Jude? ¿Acaso soy un estorbo?
—Estoy segura de que no lo eres —intervino otra vez Harriet y mirando a Lord Hadley con una encantadora sonrisa añadió—: James, no seas aguafiestas. ¿Por qué no los dejas pasar unas horas agradables en Buford? ¿Qué tiene eso de malo?
James Hadley pareció a punto de decir algo más, pero sus eternos buenos modales se lo impidieron. En lugar de eso, miró a Jude, que se encogió de hombros con indiferencia.
—Si Sara sabe conducir, ¿por qué no le pide a ella que lleve a Venetia a Buford? —sugirió dejando a Sara confundida. No entendía nada de lo que estaba sucediendo.
De pronto se dio cuenta de que todos estaban esperando alguna respuesta suya. Seguramente le habían preguntado algo y perdida en sus pensamientos no había escuchado.
—Lo siento... —murmuró y oyó que Lord Hadley suspiraba con impaciencia.
—Mi padre te estaba preguntando si tendrías algún inconveniente en llevarme hasta Buford —explicó Venetia, mirándola con resentimiento —. No quiero que te molestes por mí, de todas maneras, Barnes también me puede llevar.
—Calma, calma, Vennie —murmuró Jude a sus espaldas y Sara movió la cabeza sintiéndose impotente.
—Yo... Harriet —comenzó a decir algo molesta, pero su tía sólo movió los hombros con indiferencia.
—Si quieres ir con Venetia, no te preocupes por mí —era evidente que aprobaba la sugerencia de Jude—. Podéis comer juntas. Como he dicho hace un rato, necesitas amigas de tu edad.
Al hablar, miró con deliberación a Lord Hadley, y Sara no pudo darse cuenta de si el hombre se daba cuenta de que su tía había logrado su objetivo.
—Si... si la señorita Hadley...
—Lady Venetia —intervino la joven un tanto altiva.
Era evidente que se trataba de una niña consentida, con lo cual Sara también se puso en guardia con ella.
—Ya basta, Venetia —ordenó Lord Hadley molesto por el comportamiento de su hija—. Terminemos con esto. Si a Sara le apetece llevarte, te sugiero que aceptes... ¿Qué dices?
De haber estado en su lugar, Sara estaba segura de que hubiera abandonado la idea, pero Venetia insistió:
—Yo le pedí a Jude que me llevara... pero si tú quieres...
—Bien, bien —Lord Hadley le palmeó el hombro y después se volvió hacia Sara como pidiendo disculpas.
—¿Perdonarás a Venetia, no es así, querida? —le preguntó y al notar que Harriet la estaba observando, Sara respondió:
—Si... Lady Venetia está segura —llamarla así le molestaba sobremanera, pero no tenía otra opción.

Capítulo 5

El coche que debían utilizar para ir hasta Buford, era un deportivo rojo, y mientras Sara se sentaba detrás del volante, se extrañó de que Venetia permitiera que otra persona la llevara. .

Lord Hadley le dio algunas instrucciones, a pesar de que su hija conocía bien el camino. Sara esperó con paciencia a que la joven se abrochara el cinturón de seguridad, pero le resultaba difícil disimular la excitación que le producía poner en marcha el vehículo.

La carretera de grava terminaba en un sendero privado que corría en medio de los campos de pastoreo. Cuando llegaron a los portones, Venetia se quedó sentada y dejó que Sara bajara a abrirlos, y después volviera a bajar para cerrarlos. Sentada otra vez detrás del volante, Sara se negó a permitir que los modales de la joven la molestaran, y a medida que el coche iba aumentando la velocidad, se fue relajando y se entregó al deleite de disfrutar de esa experiencia nueva.

—Conduces bien —comentó Venetia, después de algún tiempo—. Pensé que serías una especie de tortuga, pero veo que te gusta estar detrás del volante.

—Gracias —respondió Sara, desviando la mirada un segundo de la carretera—. ¿Y usted no lo hace?

—Conducía, pero supongo que lo volveré a hacer en cuanto consiga otra vez el carnet.

—¿Se lo quitaron?

—¿No es evidente? Hace seis meses atropellé a un muchacho que iba en una moto. Dijeron que yo iba conduciendo sin cuidado, pero olvidaron decir que él también era culpable por no llevar casco.

—Entiendo. ¿Y el muchacho quedó herido?

—Nada de gravedad, sólo unos cuantos huesos rotos. Debía de haberme visto.

—Supongo que sí —Sara no deseaba discutir con la joven, pero intuía que Venetia había sido igual de descuidada que su hermano cuando tuvieron el incidente con el caballo.

—Supongo que pensarás que me lo merezco —comentó Venetia volviéndose hacia su compañera—. Yo no te agrado, confiésalo. Y no te culpo, porque tú tampoco me agradas.

—No la conozco lo suficiente como para opinar —respondió Sara, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Pero debo recordarle que no fui yo la que propuso hacer de chófer. Su padre arregló todo.

—Sí, ya lo sé —Venetia jugueteaba con la falda plisada nada acorde con su gordura, y Sara se preguntó si Lord Hadley elegiría la ropa de su hija así como decidía otras cosas—. En realidad todo fue culpa de Jude. Si realmente hubiera tenido ganas de venir, papá no se hubiese opuesto.

Sara no hizo ningún comentario y Venetia, después de suspirar añadió:

—Es un bastardo. Hay momentos en que desearía que no me importara lo que hace. Pero me importa.

Sara aminoró la marcha porque entraban en un pueblo, y se alegró de que hubiera mucho movimiento, porque así debía prestar atención a lo que hacía y podía ignorar la conversación, pero Venetia la miró impaciente:

—¿Qué piensas de él? Me refiero a Jude. Supongo que ya lo conocías.

—No —Sara tuvo que frenar porque una niña se le cruzó—. Hacía años que no veía a Harriet, desde cuando me iba a visitar a la escuela.

—Entiendo. Y supongo que a Jude no le gustaba esa clase de programas. Yo lo conozco desde que era niña —se encogió de hombros—. Y ese es el problema.

—¿Problema? —Sara repitió la palabra y Venetia asintió.

—Estoy loca por él. ¿Acaso no es evidente?

Sara no sabía qué responder. Las palabras de Venetia la habían dejado sin aliento. Era lo último que hubiera esperado, y sin embargo, en ese momento se dio cuenta de que había sido muy lenta al no percatarse de que esa era la razón de la antipatía de la joven.

—¿Y bien? —la muchacha esperaba una respuesta, y al ver que no llegaba, añadió— Sé que Harriet no está de acuerdo. Hace un momento simuló estar de mi parte, pero eso fue sólo para molestar a papá. Ella sabía que si lo presionaba, él se sentiría obligado a poner un límite.

—¿Quiere decir que su padre tampoco aprueba lo de Jude? —preguntó por decir algo.

—¡Quiere que me case con alguien con mucho dinero y con título! —exclamó con amargura—. Papá no escucha ni siquiera lo que yo quiero.

—Estoy segura de que su padre sabe lo que hace —respondió Sara cogiendo el volante con fuerza y sintiendo que era incapaz de dar una respuesta objetiva.

—Supongo que debí haber imaginado tu respuesta. Me di cuenta de la forma en que lo mirabas. A ti también te resulta atractivo, ¿no es así? Es por eso por lo que nunca podremos ser amigas. No me gusta la competencia.

—Es... está usted equivocada—murmuró Sara con dificultad.

—¿En qué sentido? ¿En que te gusta Jude? No lo creo.

—Yo... lo considero arrogante e insolente —afirmó Sara, acalorada—. No sé cómo Harriet... —se interrumpió de pronto, al darse cuenta de lo que había estado a punto de decir, y después añadió—: No sé cómo soporta que viva en su casa.

—Sabes... estoy á punto de creerte.

—Haga lo que quiera —respondió Sara indignada—. Pero yo no digo mentiras, Lady Venetia.

—Puedes olvidarte de las formalidades. Cuando te vi, traté de mostrarme insoportable contigo, ahora sabes por qué.

Sara se mordió el labio inferior, y después cogiendo aliento dijo:

—Lo que no comprendo es que, si tu padre está en contra de tus relaciones con Jude, por qué le permite entrar en la casa.

—Jude trabajó para mi padre durante muchos años, desde que obtuvo su diploma, y antes de que yo empezara a ser un problema.

—Comprendo.

Sara empezaba a atar cabos. Pensó que Harriet debía de haber

conocido a Jude a través de Lord Hadley. Pero seguía sin comprender las razones por las que vivía en Knight's Ferry, aunque seguramente lo sabría con el tiempo. Esto explicaba bastante, al menos la familiaridad de Jude hacia Rupert.
—¡Bueno, pero ya basta de hablar sobre mí! —exclamó Venecia sentándose de lado para poder mirar a Sara sin volver la cabeza—. Mi padre me dijo algo acerca de la muerte repentina de tu padre, y de que Harriet te ofreció vivir con ella.
—Sí, correcto —Sara prefería hablar de ella porque era más seguro—. Mi padre murió hace poco y Harriet muy amablemente me sugirió venir a trabajar para ella.
—¿Trabajar para ella? ¿Como qué?
—Pues no lo sé exactamente. Como secretaria o como compañera. Me temo que mis obligaciones no están aún definidas. Creo que ella desea que me acostumbre primero al sitio.
—No parece muy excitante.
—Yo no busco nada excitante. Ya tuve bastantes excitaciones junto a mi padre.
—¿Por qué?
—Era corresponsal y me llevaba a todas sus misiones. Hemos viajado por todo el mundo, sin tener nunca un hogar permanente sino muchas casas alquiladas y cuartos de hotel.
—Qué maravilloso. A mi me encantaría llevar esa vida.
—¿Así lo crees? —Sara se mostró escéptica—. Ahora ya todo ha quedado atrás, y no lo lamento.
—Pareces estar muy amargada. .
—¿De veras? Creo que lo estuve, pero ya no.
Venetia se mostró confundida pero no insistió en el tema y Sara se tranquilizó. Pensó que además era cierto, la amargura que sintió después del suicidio de su padre se estaba esfumando, y esperaba, que con el paso del tiempo, pudiera recordar lo sucedido sin resentimiento.

Buford era un pequeño pueblo con un centro comercial erigido en torno a una calle. Había unas cuantas tiendas modernas y varias casas viejas convertidas en museos.
Siguiendo las instrucciones de Venetia, Sara dejó el coche en el aparcamiento y recorrieron el pueblo andando.
Sara se relajó un poco cuando la conversación comenzó a girar en torno a modas, y hasta se permitió hacer algunas sugerencias en relación con lo que consideraba que podía quedarle bien a Venetia.
—Yo suelo comprar la mayor parte de mi ropa en Londres —explicó la joven con cierta altanería, pero Sara le respondió que no siempre las prendas costosas eran las mejores ni las más atractivas.
—Creo que algo como eso te quedaría muy bien —dijo señalando un traje de chaqueta y falda exhibido en un escaparate, pero Venetia frunció la nariz.
—¿Tú crees? Pero es demasiado sencillo.
—Pienso que la ropa sencilla es muy elegante. Y con tu melena ondulada, puedes darte el lujo de lucirla más.
—¿Hablas en serio? —Venetia se mostró interesada—. Pero tú te

pones ropa sencilla y tienes el pelo lacio. Creo que lo que tratas de decir es que parecería más delgada con una falda recta.
—¿Y no te gustaría?
—Tal vez, pero de todas maneras no creo que sea algo que te incumba.
—Lo siento. ¿Nos vamos?
—Sí.
Venetia enderezó los hombros, pero mientras se alejaban Sara se dio cuenta de que miraba el traje por encima del hombro, como si no estuviera del todo convencida.
Comieron en el restaurante de un hotel en donde reconocieron a la joven, y las atendieron inmediatamente.
Después, Venetia decidió visitar la tienda de cosméticos más grande de Buford antes de volver al coche. Gastó bastante dinero en cremas y lociones, pero Sara ya no se atrevió a hacer ningún comentario en torno a su apariencia. No tenía deseos de provocar otra discusión, y por otra parte tenía cosas más importantes en qué pensar.
Mientras conducía de vuelta a King's Priory, los recuerdos de la noche anterior, volvieron a su mente. Ya sabía que Jude trabajaba para Lord Hadley, y se daba cuenta de que él había tenido razón al enfadarse, aunque eso no justificaba su imperdonable comportamiento. La joven se avergonzaba de haberle llamado parásito.
Venetia tampoco habló mucho. Estaba entretenida examinando los cosméticos que acababa de comprar. Sara, concentrada con el tráfico se pregunto si conduciría otra vez aquel coche.
Eran casi las cuatro de la tarde cuando llegaron a Linden Court, y cuando Sara estaba aparcando, salió de la casa un hombre joven. Era Rupert, lo reconoció de inmediato.
—¡Cómo está usted, señorita Shelley! —exclamó cuando las dos jóvenes bajaron del coche—. Hola, Vennie. ¿Has comprado muchas cosas? Por lo que veo, Marshall tendrá que abastecer la tienda de nuevo.
—No seas tonto, Rupert, sólo he comprado algunas cosas —respondió Venetia sin malicia, pero después de levantar la vista hacia su hermano, miró a Sara y añadió—: ¿qué sucede? ¿He dicho algo malo?
—Jude le ha contado a papá que he cabalgado cerca de la carretera —afirmó Rupert resentido, a la vez que metía las manos en los bolsillos. Después mirando a Sara, un poco avergonzado añadió—: Sé que tenía que haber tenido un poco más de cuidado, pero jamás pensé que Jude fuera un chismoso.
—Él no... —las palabras salieron antes de que Sara pudiera evitarlo. Después de los sentimientos de culpa que había sentido durante el viaje de vuelta, no podía evitar el tratar de defender a Jude a pesar de su comportamiento, y se sonrojó al ver que los dos hermanos se volvían para mirarla.
—¿Cómo lo sabes?
Era Venetia la que hacía la pregunta, y Sara echó los brazos hacia atrás mientras trataba de pensar la respuesta.
—Me... me temo que fue Harriet —respondió, lamentando la confesión después de hacerla—. Ella accidentalmente se lo dijo a tu padre. Creo que pensó que él ya lo sabía.

—Le agradezco que me lo haya dicho, porque cuando hablé con Jude...
—¿Ya lo has acusado?—intervino Venetia, impaciente.
—Sí, por supuesto —Rupert se sentía incómodo—. Papá me regañó y prácticamente me ha prohibido volver a montar a Juniper. El problema es que la semana que viene va a tener lugar el rodeo Torrington.
—¡Eres un verdadero tonto! —exclamó Venetia, furiosa—. Debiste haber pensado que Jude no es así.
—No necesito que me lo digas, Vennie. ¿Cómo crees que me siento al pensar lo que dirá papá cuando lo sepa?
—¿Por qué habría de enterarse? —Sara no pudo evitar inmiscuirse en la conversación—. Estoy segura de que Jude no le dirá nada.
—Eso es verdad —acordó Venetia—. Pero de todas maneras aquí está —añadió y su expresión cambió de inmediato—. Puedes disculparte.
Sara se puso tensa al ver que Jude salía de la mansión. Iba vestido con la misma ropa.
—Ya hemos vuelto —gritó Venetia sin necesidad—. ¿Me has echado de menos?
—No mucho —respondió indolente y la joven hizo una mueca de indignación ante el desprecio que le acababan de hacer.
—Jude, creo que te debo una disculpa —intervino Rupert—. La señorita Shelley me acaba de decir que fue Harriet la que dejó salir el gato de la bolsa. ¿Me perdonas?
Jude levantó la vista y miró a Sara. Después consultando la hora dijo:
—Estás bien, no te preocupes, pero ahora debo irme. Quiero ver cómo está el potrillo de Midnight y además Harriet tiene invitados esta noche.
—Oh, Jude, pensé que podríamos tomar el té juntos —comentó Venetia.
—Lo siento, querida, pero no podrá ser —sonrió y mirando a Sara preguntó—: ¿Está lista para irse? Si es así la puedo llevar.
—Sí... sí —empezó a decir Sara, pero de inmediato se encontró con los ojos implorantes de Rupert.
—No tiene por qué irse ahora. Yo la puedo llevar más tarde. Papá está ocupado en este momento, por lo tanto, podríamos tomar el té los tres juntos.
—Creo que Sara debería irse a casa —afirmó Jude—. Después de todo, acaba de llegar y aún no ha estado mucho tiempo con Harriet.
—¿Por qué no le preguntas a Sara qué prefiere hacer? —intervino Venetia con maldad—. Después de todo, ella es suficientemente mayor como para decidir por sí misma.
La impaciencia de Jude estaba reflejada en su expresión, pero logrando controlarse dijo:
—¿Y bien, Sara? ¿Se viene o sé queda?
—Creo... creo que me iré con usted —dijo finalmente y pudo oír el suspiro enfadado que lanzó Venetia—. Gracias por su invitación, Rupert, pero creo que ya he dejado a Harriet sola mucho tiempo.
—Bueno... si insiste —murmuró Rupert—. Pero debemos vernos en otra oportunidad, y pronto.
—Me encantará —respondió Sara con gentileza, pero a la vez era

consciente de la ira de Venetia.
—Está bien, vamos.
Jude los saludó con la mano y se alejaron andando uno junto al otro. Sara se sintió más tranquila cuando finalmente desaparecieron de la vista de los Hadley.
Pensó que tendría que volver andando, como había llegado, pero para su sorpresa, Jude la llevó hacia el patio en donde estaba el coche.
A pesar de la alegría que le había producido conducir, en esos momentos se alegró de que alguien condujera en su lugar. Se dijo que era debido al cansancio, negándose a aceptar el hecho de que Jude lo hacía mucho mejor que ella.
Él no habló durante varios minutos, y Sara decidió que tenía que hacer un intento por demostrar una situación de normalidad.
—Creo que una disculpa sería lo correcto —dijo y recibió una mirada desdeñosa.
—¿De parte mía?
—No, de la mía. A pesar de su comportamiento, debo reconocer que tal vez... tal vez... estuviera justificado.
—¡Qué noble de su parte! ¿Y se supone que debo olvidar todo?
—Si tenemos que vivir bajo el mismo techo, no creo que tenga otra opción.
—¿Ah no? —detuvo el coche delante de la entrada y antes de bajar inquirió—: ¿No consideraría usted la posibilidad de irse?
—¡No! —exclamó Sara, indignada—. ¿Lo haría usted?
—Desafortunadamente no puedo —afirmó Jude, y antes de que ella pudiera decir algo, el hombre salió del coche para abrir la reja.
Cuando regresó, resultaba difícil tocar el tema sin parecer demasiado curiosa, sin embargo, Sara dijo:
—Supongo que se refiere a que Harriet no lo dejaría ir —pero Jude la miró, riendo con cinismo.
—¿Cómo lo ha adivinado? —y salió otra vez para cerrar la reja. Al regresar añadió— Harriet es una persona muy posesiva, y le gusta que las cosas se hagan como ella quiere... siempre.
—Pero a usted le trae sin cuidado hacerle daño, me refiero a que tengo la impresión de que hace lo que le da la gana.
—Eso a usted no le incumbe.
—No pude evitar oír lo que le dijo a Harriet anoche cuando salió a cenar con otra mujer. Además parece inmune al hecho de que Venetia parece creer que el sol sale gracias a usted... y anoche...
—¿Sí?
—Pues, quedó muy claro, por qué tantas mujeres piensan que es usted un seductor.
—¿Ah sí?
Jude la observaba detenidamente con un brazo apoyado sobre el volante, y Sara supo que estaba pisando terreno peligroso.
—Bueno, después de lo que pasó, aunque puede que de alguna manera fuera provocado, debe reconocer que se aprovechó de la situación.
—¿De qué manera? —tenía el otro brazo sobre el respaldo del asiento de Sara, y la joven podía sentir los dedos de él a sólo unos centímetros de su nuca.
—Prefiero no entrar en detalles —respondió arreglándose el pasador

que le sostenía el cabello—. Creo que sabe muy bien a qué me refiero, y quiero que sepa que en lo que a mí respecta, no volverá a suceder.
—¿Y qué pasará si no acepto lo que dice? ¿Me va a decir que opuso resistencia? Creo recordar cierta ansiedad por devolver cada caricia y un cuerpo tibio que aceptaba todo lo que le ofrecían.
—¡Cínico! Déjeme decirle que no estoy aquí para proporcionarle una diversión barata.
—¿Diversión barata? ¡Por Dios! —su expresión burlona dio lugar a una de incredulidad—. Usted no sabe mucho de hombres, ¿no es así?
—No sé a qué se refiere —contestó Sara, agachando la cabeza.
—Debería saberlo —con una mano la cogió del pelo obligándola a levantar otra vez la cabeza—. Lo que hizo anoche no fue ninguna diversión barata, por el contrario, no sabe la suerte que tuvo. Cualquier otro hubiera aceptado tranquilamente lo que le ofrecían con tanta generosidad.
—Yo... yo no...
Sara levantó la mano para liberarse de la de Jude, pero éste la abrazó posesivamente mientras acercaba sus labios a los de ella.
—No... no debe hacerlo —rogó, pero Jude no le prestó atención.
—Sólo le quiero demostrar lo que acabo de decirle —murmuró él mientras con una mano le acariciaba los muslos—. No haga promesas si no las puede cumplir —añadió rozándole los labios con un dedo antes de encender otra vez el motor.
El resto del viaje fue una especie de suplicio, durante el cual Sara no pudo dejar de sentir la cercanía del cuerpo masculino.
Cuando por fin llegaron a Knight's Ferry, Rob, el marido de Janet apartó la carretilla para que Jude pudiera aparcar. El anciano lo saludó con entusiasmo, pero Jude apenas le respondió.
Se encontró con Harriet que la miró desconcertada. Las dos mujeres esperaban que entrara alguien más a la casa y cuando Sara comprobó que Jude no pasaba, balbuceó:
—Yo... me ha traído... Jude —explicó rogando que su aspecto no delatara lo que acababa de suceder—. Tengo entendido que quería ver a Midnight, supongo que debe haberse ido a los establos,
—¿Pero por qué te ha traído Jude a casa? —con sorpresa Sara comprobó que su tía estaba enfadada—. Pensé que te quedarías a tomar el té con los Hadley. No me digas que no te han invitado.
—Sí, me han invitado —respondió Sara preguntándose si la ira de Harriet se debía a la desaparición de Jude o a que esperaba que regresara solo, y ella le había arruinado los planes.
—¿Quién te invitó?
—El hijo de Lord Hadley...
—¿Rupert?
—Sí.
—¿Y te has negado?
—Yo... bueno, Jude venía hacía aquí y se ofreció a traerme.
—¿Jude?
—Sí —Sara tomó aliento—. Pensé que ya te había dejado bastante tiempo sola, y como era mi primer día...
—¿Estás diciendo que Jude está detrás de todo esto? .
—No, no exactamente —recordando la manera en que Harriet había

traicionado la confianza de Jude en casa de los Hadley, Sara no deseaba hacer acusaciones—. Él estuvo de acuerdo conmigo…

—Estoy segura de que sí —Harriet estaba alterada—. Está bien, de todas formas ya no podemos hacer nada al respecto.

—No tiene ninguna importancia, porque yo prefería volver a casa.

—¿En serio? —la expresión de Harriet cambió de repente—. Es muy agradable lo que acabas de decir.

—Lo he dicho de verdad —Sara no entendía muy bien la actitud de su tía, pero si estaba convencida de que necesitaba compañía de su edad, tendría que desilusionarla—. En realidad prefiero tomar el té contigo que con los Hadley. Tengo la sensación de que no le he gustado mucho a Lord Hadley.

—No seas tonta —por un instante la impaciencia volvió a asomar al rostro de Harriet, pero logró controlarla enseguida. Cogiendo del brazo a Sara añadió—: Ven, tomaremos el té juntas, y mientras tanto cuéntame qué habéis hecho en Buford.

Sara asintió, pero cuando entraban en la salita Harriet miró hacia atrás pensativa, como prometiendo silenciosamente a Jude que las cosas no quedarían así.

Capítulo 6

Al finalizar la primera semana, Sara empezó a sospechar que había sido invitada a Knight's Ferry bajo falsos pretextos, ya que no había nada que ella pudiera hacer, por lo que empezaba a sentirse como un parásito, cosa de la cual una vez había acusado a Jude de ser. ¿Pero qué podía hacer? Cada vez que trataba de hablar con su tía del tema del trabajo, recibía las mismas excusas: «Tómate las cosas con calma. Disfruta de tu libertad. No creo que haya sido muy agradable la vida que te ha proporcionado tu padre».

Por supuesto que no lo había sido, y en más de una ocasión Sara se había desesperado al no saber de dónde iban a sacar el dinero para pagar el alquiler de la siguiente semana porque Charles Shelley nunca parecía preocuparse. Con tener el dinero suficiente para jugar, era feliz y ella jamás imaginó que llevara perdidas sumas tan cuantiosas.

El vivir en Knight's Ferry era algo diferente a toda su vida anterior. Su vida tenía una estabilidad que no había tenido con su padre. Aunque todavía le echaba de menos.

Durante aquella semana, había visto muy poco a Jude, ya que desayunaba antes que ella y volvía cuando ya era de noche. Las dos veces que su tía tuvo invitados a cenar, él había aceptado el papel de anfitrión, sentándose en el otro extremo de la mesa. Otros días la joven se enteraba por Harriet que estaba cenando en su habitación, y cuando oía que discutían en la alcoba de su tía, Sara metía la cabeza debajo de la almohada para no oír nada.

Sin embargo, en varias ocasiones se preguntó si su presencia no tenía algo que ver con el comportamiento de Jude, pero éste era un tema del que no se atrevía a hablar con Harriet. Poco a poco se fue sintiendo tan inútil, que hasta llegó a pensar en la posibilidad de pedirle trabajo al propio Lord Hadley.

Un día que Sara volvía a pasear por el pueblo pensando en esa posibilidad, vio que Harriet la estaba esperando con un sobre .en la mano.

—¡Es una invitación! —exclamó, mientras Sara se quitaba el impermeable y lo colgaba—. Viene de Linden Court. Nos invitan a una cena que darán el viernes por la noche.

—¿Estás segura de que la invitación me incluye? —preguntó Sara, encogiéndose de hombros—. Quiero decir que apenas conozco a los Hadley, y por otra parte, he pensado en la posibilidad de pedirle trabajo a Lord Hadley.

—¡Sara! —el tono de Harriet estaba cargado de reproche—. No quiero que busques trabajo, es por eso por lo que te he dado una asignación mensual, para que tengas independencia.

—De todas maneras me siento inútil. Todo el mundo tiene una ocupación, y yo no quiero seguir siendo un parásito.

—¿Por qué no? Querida, yo te invité a mi casa para que fueras mi amiga, mi compañera. ¿Cómo cumplirás con eso si sales a trabajar?

—Harriet, cuando recibí tu carta, pensé que necesitabas alguien que te

cuidara, que hiciera las cosas que tú no podías...
—¿Cómo qué?
—Oh, tú sabes —Sara se sentía muy incómoda.
—No lo sé —Harriet parecía decidida a no facilitarle las cosas.
—Por ejemplo: hacerte las compras, prepararte la comida, limpiar la casa...
—¿Y pasear el perrito? —preguntó Harriet con ironía.
—Algo así.
—En otras palabras, pensaste que yo era una vieja que necesitaba cuidado y atención —comentó, incrédula—. Sara, por Dios ¿qué edad creías que tenía?
—No lo sé. Sabes cómo son las cosas cuando uno es pequeño, toda persona que tiene más de veintiún años, es vieja.
—Entiendo. ¿Y te sentiste desilusionada?
—No, me alegré al darme cuenta de lo equivocada que estaba. Pero...
—¿No te gusta estar aquí?
—No... quiero decir sí, pero es diferente.
—Yo sigo necesitando compañía, Janet es un encanto y la quiero mucho, pero no es de la familia.
—Yo quiero ayudar, eso lo sabes.
—Como habrás comprobado, Jude es muy egoísta a veces —siguió diciendo como si Sara no hubiera hablado—. Debes haber notado cómo le gusta mortificarme.
—Bueno... sí...
—Él no pretende ser descortés, sino que ésa es su manera de ser. Yo sé que puedo confiar en ti, querida; ceo que hay momentos en que tengo la impresión de que no le importo. Y es entonces cuando necesito una amiga.
Sara estaba sorprendida y no sabía qué decir. Por alguna razón, jamás había imaginado llegar a ser la depositaria de las confidencias íntimas de su tía.
Harriet sacó el pañuelo y se limpió la nariz con fuerza. La joven se dio cuenta de que había estado llorando y eso la hizo sentirse aún peor. Pensó que lo mejor sería no disgustarla más.
—Si hay algo que yo pueda hacer... —comentó incómoda.
—¡Sabía que ibas a comprender, querida! —exclamó Harriet tocándole un hombro con ternura—. Tu presencia me causa una gran alegría por lo tanto, trata de ser una buena niña y no arruines las cosas.
Más tarde Sara se percató de que su tía, con gran habilidad había conseguido lo que se había propuesto. Al apelar a su comprensión, Harriet había destruido todas las esperanzas de Sara de poder ganarse el pan, y a pesar de que la joven se repetía una y otra vez que a eso había ido, es decir a hacerle compañía, no podía evitar el desear que Harriet fuera menos generosa.
La cena en Linden Court la distrajo un poco. Su tía trataba de animarla, pero la joven no tenía muchas ganas de ir.
Según parecía, Jude las iba a acompañar cosa que le producía sensaciones contradictorias. Pasó mucho tiempo tratando de poner en claro sus ideas. En las dos ocasiones en que Jude había cenado con las dos mujeres se había mostrado cortés, dirigiéndose a la joven sólo cuando había sido necesario, y tratándola igual que a los demás

invitados de Harriet. Si había existido alguna tensión, había sido por parte de Sara.
El jueves por la mañana Sara se despertó, temprano, pero no pudo continuar durmiendo y decidió levantarse. Después de bañarse se puso unos jeans viejos, un jersey y salió de la habitación. Se dirigía hacia la escalera cuando se abrió la puerta de la habitación de Harriet y vio salir a Jude. Él también iba vestido con ropa de sport y llevaba una chaqueta de cuero colgada sobre un hombro. Su aparición fue tan repentina que Sara no tuvo tiempo de esconderse.
—Buenos días —saludó Jude dándose cuenta de su confusión—. ¿Ha dormido bien?
—Muy bien, gracias. Supongo que no hace falta que se lo pregunte a usted.
—Eso es muy cortés de su parte. Sí, he descansado bien, he pasado una noche muy cómoda.
—¿Necesita ser tan detallista? No me interesan los pormenores de su sueño, ni cómo elige desperdiciar su talento.
—¿Celosa? —murmuró mientras bajaba la escalera detrás de ella.
Sara estuvo a punto de perder el equilibrio debido a la ira que la embargó.
—¡Es usted despreciable! —exclamó, agarrándose al pasamanos, y Jude hizo una reverencia burlona mientras ella avanzaba por el vestíbulo con paso inseguro.
—¿Adónde va? —preguntó de pronto.
—No creo que eso sea asunto suyo.
—Es cierto, no lo es —respondió con mirada conciliatoria—. ¿Por qué no desayuna conmigo?
—No me he levantado temprano para desayunar con usted.
—Lo sé—cuando no se burlaba de ella su rostro era terriblemente atractivo—. Pero acompáñeme, y después la llevaré a ver el potrillo de Midnight.
—Pensaba pasear un poco —titubeó Sara.
—Podremos pasear después, cuando vayamos a los establos.
—Vi al potrillo al día siguiente de haber nacido.
—Sí, lo sé.
—Y estoy segura de que el señor Barnes me lo volvería a mostrar si se lo pidiera.
—Por supuesto que sí. Me hubiera gustado enseñárselo yo pero si insiste...
—No suelo desayunar —dijo de pronto y vio que Jude sonreía.
—Pero al menos me puede hacer compañía —afirmó él.
La aparición de Janet interrumpió la conversación, y se mostró verdaderamente sorprendida al ver a los jóvenes juntos, pero sus palabras fueron las mismas que si Jude hubiera estado solo.
—¿Quiere desayunar? —preguntó dirigiéndose al joven—. Ya lo tiene preparado y se le va a enfriar si no se lo va a tomar pronto.
Jude miró a Sara e hizo un gesto extraño, después comentó:
—Le estaba proponiendo a la señorita Shelley que desayunara conmigo, Janet. Ella también se levanta temprano.
—Yo no diría que las siete es una hora muy temprana —refunfuñó Janet, molesta—. Además, la señorita Shelley no desayuna como

usted. Sólo come una tostada y café.

A Sara le molestó el tono de Janet; era evidente que no la quería en la cocina.

—Me gusta desayunar de vez en cuando, Janet... pero si es mucho trabajo...

—No me cuesta trabajo. Si espera un momento hasta que le sirva el desayuno al señorito.

El señorito. Sara estaba desconcertada, pero cuando miró a Jude, éste no dio muestras de sorpresa. Por otra parte lo último que ella deseaba era tener que esperar a que atendieran a Jude para desayunar después sola en el comedor.

—No hay necesidad, Janet. Sólo me apetece tomar una taza de café.

—Lo que está tratando de decir es que prefiere desayunar en la cocina conmigo —afirmó Jude y Sara se ruborizó.

—No creo que eso esté bien —insistió la mujer.

—Estoy seguro de que podemos hacer a un lado las formalidades por una vez —aseguró él, y Sara se dio cuenta de que ya no se podía negar.

—Bueno... si eso es lo que desea... —Janet no estaba de acuerdo pero no dijo una palabra más.

En cuanto desapareció por la puerta de la cocina, Sara dijo:

—Creo que es mejor que no desayune. Janet no quiere que entre en su cocina— pero Jude le hizo un gesto con la mano indicándole le siguiera.

—Vamos... es una orden.

La joven siguió al hombre y entraron en una gran cocina que en el centro tenía una mesa de pino.

—Siéntese —insistió Jude. Janet estaba sirviendo avena con leche en el plato que había en el sitio de Jude. Éste se acercó a la mujer y pasándole un brazo por los hombros comentó:

—No estarás enfadada conmigo, ¿verdad, Janet? —la miró con picardía y Janet le golpeó suavemente las costillas con el codo.

—A la señorita no le gustará eso, señorito —murmuró entre dientes, pero Sara lo pudo oír, y la mirada que la anciana le dirigió, sólo sirvió para aumentar su inquietud.

—Tienes los huesos muy afilados, Janet —dijo Jude, inclinándose como si le hubieran dado un golpe terrible—. ¿Qué he hecho de malo para merecer esto?

Janet trató de mostrarse enfadada, pero sus ojos brillaban alegres, y una vez más, Sara se extrañó al descubrir el gran afecto que existía entre los dos.

Resultaba extraño que Janet tuviera debilidad por Jude. Sara hubiera esperado que la mujer perteneciera a la vieja escuela, para la cual la liberación sexual era una especie de revolución anárquica. Sin embargo, parecía adorar a ese hombre que en el mejor de los casos era un galán si escrúpulos, y en el peor un aventurero en busca de fortuna; trataba a su amante con bastante desprecio. Nada tenía sentido.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando de pronto Janet puso delante de ella y sin mucho cuidado un plato de avena con leche, muy espesa y nada apetitosa.

—¿Quiere sal? —ofreció Jude sonriendo al ver su reacción—. Un buen escocés le pone sal a la avena con leche.
—No tengo ganas de comer esto —susurró apartando el plato—. ¿No puede hacer algo al respecto?
Jude acabó de comer su avena con leche y mirándola fijamente preguntó:
—¿Qué quiere que haga? —pero había tanta burla en sus ojos que Sara bajó la vista.
Cuando se dio cuenta de que se había puesto de pie, lo siguió con la mirada. Jude había cogido los dos platos y disimuladamente, estaba echando el contenido del de la joven en el cubo de la basura.
El segundo plato era más apetitoso, pero Sara no estaba acostumbrada a comer mucho por la mañana, y con dificultad logró probar un poco de tocino y una de las salchichas. En vez de huevos tomó dos tazas de café solo, y al ver que Jude terminaba el plato lo miró desafiante.
—Vamos —dijo él echando hacia atrás su silla—. La mañana es maravillosa.
La expresión de Janet dejaba muy claro lo que pensaba del plato casi intacto de Sara, pero no dijo nada. Los vio salir juntos de la cocina, y la joven estaba segura de que su comportamiento sería reportado a Harriet.
—¿Preocupada? —inquirió Jude, metiéndose las manos en los bolsillos —. No se enfade con Janet, a veces se pone insoportable.
—Usted lo dice con mucha facilidad.
—¿Por qué?
—Oh, es evidente que piensa que usted es un ser maravilloso, pero yo no le caigo bien y no lo disimula.
—Corrijo. Lo que no le gusta es verla conmigo. Pero olvídelo, después de todo, lo que ella piense no tiene ninguna importancia.
—Claro que sí. Seguramente se lo dirá a Harriet.
—Es probable. ¿Y qué importa que lo haga? Harriet no es mi dueña.
Sara estuvo a punto de preguntarle si no era así, pero se mantuvo en silencio. No obstante al mirar a Jude se dio cuenta de que él le había leído el pensamiento.
—Relájese. No le voy a arruinar ningún plan a Harriet. Sólo se los voy a desordenar un poco.
Sara no entendió lo que quiso decir, pero en ese momento habían llegado a los establos y el señor Barnes se acercaba a ellos para saludarles.
—Buenos días, Jude... señorita Shelley —les sonrió—. ¿Vienen a ver al recién nacido?
—Exactamente, Frank. ¿En dónde está Midnighf? ¿Sigue en el mismo sitio?
—No, ella y el potrillo están allí —señaló un pequeño corral que había detrás de los establos—. Barry está limpiando las casillas, y como el día es tan bueno...
—Me parece una buena idea.
Jude palmeó el hombro de Barnes y después seguido por Sara se dirigió al corral donde la yegua comía tranquilamente el heno. El potrillo estaba muy cambiado después de una semana, y a pesar de que las patas parecían demasiado débiles para sostenerlo, era evidente

que estaba adquiriendo fuerza.
—¡Qué hermoso es! —exclamó Sara, excitada—. ¿Ya tiene nombre?
—Por el momento lo llamamos Blackie, pero cuando lo registremos será bajo el nombre de Black Knight.
—Es un nombre muy bonito. ¿Minstrel es su padre?
—No, fue engendrado por un caballo de otro establo. ¿Por qué? ¿Qué sabe usted de estas cosas?
—Nada. Sólo preguntaba, eso es todo.
—¿Acaso la ascendencia tiene importancia para usted?
—Por supuesto, quiero decir que tiene mucha importancia saber quién es el padre de uno. ¿No le parece?
—¿Usted qué cree?
—Déjese ya de tonterías. Sabe muy bien a qué me refiero.
—¿Ah sí?
—Debería, a menos que no haya tenido padre —añadió Sara, en tono sarcástico.
Jude no respondió, sino que se alejó de inmediato, dejando a Sara con la desagradable sensación de haber dicho otra vez algo imperdonable.
Sintiéndose culpable corrió tras él, logrando alcanzarlo cuando entraba en una nave situada al otro lado del patio. Al entrar detrás de él se dio cuenta de que era el depósito de grano y de heno.
—Jude...
—Vaya a buscar a Frank y pídale que venga —le ordenó sin mirarla aunque parecía estar confundido por el uso de su nombre de pila.
—Enseguida. Jude... no quise decir eso, no fue mi intención ser grosera.
—Olvídelo —aseguró él y caminó hasta una parva de heno que estaba mal colocada.
—Jude...
—Por el amor de Dios —impaciente lanzó un puñetazo sobre los fardos, y antes de que Sara pudiera prevenirlo, se le cayeron todos encima.
El peso del heno lo tiró al suelo sin que pudiera defenderse, y desapareció debajo del heno y en medio de una nube de polvo. Sin pensarlo dos veces, Sara se tiró de rodillas y comenzó a quitarle los bultos de encima hasta que Jude apareció.
—¡Dios mío! —exclamó, pasándose una mano temblorosa por la cabeza—. Supongo que me lo he buscado.
—¿Estás bien? —le preguntó Sara mientras le quitaba el heno de la cara y del pelo— Oh, Jude, pensé que te ibas a ahogar bajo todo esto.
—No tanto. Pero gracias por preocuparte. Tu ayuda es bienvenida aunque un tanto inesperada.
—Todo fue culpa mía —dijo Sara sentándose sobre los talones—. No debí haberte dicho eso.
—Ya te he dicho que lo olvides —insistió él mientras trataba de recuperarse del golpe—. Sólo dame un minuto.
—¿Estás seguro de que te sientes bien?
Sara vio un trocito de heno pegado al cuello abierto de la camisa y estiró la mano para quitarlo. Pero para su sorpresa, Jude le capturó los dedos, y antes de que ella pudiera retirarlos, los apretó contra su

pecho. Sara se estremeció al sentir el vello que rozaba la palma de su mano.

—Acaríciame —ordenó Jude con voz ronca—. Por el amor de Dios, deja ya de jugar conmigo. -

—No... no estoy jugando —murmuró Sara—. Tenías una pajita...

—Sé lo que tenía —afirmó él cogiéndole el rostro entre las manos —.Ven aquí...

—Jude, no... —protestó Sara empujándolo, pero lo único que logró fue perder el equilibrio, y al asirse de la chaqueta de él para no caer, lo arrastró consigo.

El peso del cuerpo de Jude le quitó el aliento por lo que se quedó acostada muy quieta tratando de respirar con normalidad otra vez. El calor de la piel de Jude llegaba hasta su cuerpo y el perfume varonil la embriagaba.

Momentos después Jude pareció a punto de incorporarse, hasta llegó a poner los brazos en el suelo, pero en ese instante sus miradas se encontraron y cuando por fin la de él se posó en la boca de Sara, ésta entreabrió los labios.

Jude lanzó un gemido y aceptó la invitación. Pero parecía estar esperando que Sara le rechazara y de hecho ella levantó los brazos para empujarlo, pero al hacerlo se dio cuenta de que Jude la tenía aprisionada. Por eso en lugar de insistir, deslizó sus dedos por la espalda masculina y la respuesta de Jude la hizo temblar.

Comenzó, a besarla, con un resultado devastador. La joven correspondió a las caricias con la misma pasión que él, y de pronto el aire frío le hizo darse cuenta de que tenía el jersey levantado.

Sara respiraba tratando de tomar aire cada vez que los labios de Jude se lo permitían.

—Jude, por Dios, ¿qué estás haciendo? —inquirió con voz ahogada, al sentir que los labios de él le recorrían la curva de los senos.

Una boca ávida la silenció y las manos de Jude acariciándole los muslos despertaron en ella un incontrolable deseo.

Capítulo 7

—¡Jude! ¡Jude! ¿En dónde estás? ¡Jude! ¡Jude! ¿Estás allí dentro?
La voz se oía más cerca y Sara, confundida, trataba de identificarla. Jude lanzó una maldición y se separó de ella.
—Aquí estoy, Frank—dijo caminando rápidamente hacia la puerta—. He tenido un pequeño accidente; la mitad del heno se me ha caído encima.
—¡Ya veo! —exclamó el hombre tratando de mirar por encima del hombro de Jude mientras Sara se arreglaba el jersey. Por fin Jude se hizo a un lado y Frank Barnes trató de ayudar a la joven—. Parece que también se ha caído sobre la señorita Shelley
—Sí —afirmó Sara mientras trataba de arreglarse un poco el pelo. ¿Qué estaría pensando ese hombre? ¿Se lo diría a Harriet?
—Permítame ayudarla.
Barnes le fue quitando el heno de la ropa mientras Sara, avergonzada, buscaba los ojos de Jude. Pero al encontrarlos, se quedó asombrada al pensar que momentos antes era un hombre a punto de perder el control, y ahora estaba sereno.
«Dios mío», pensó Sara, «si Barnes no nos hubiera interrumpido, seguramente no hubiera podido detener los avances de Jude». Sentía que las rodillas le temblaban y se preguntó por qué razón la idea de ser poseída por Jude la emocionaba y a la vez la avergonzaba.
—Le pediré a Barry que limpie todo esto —Barnes miró a su alrededor y añadió—: Ha podido haber sido peor. ¿Se siente bien, señorita Shelley? La noto un poco asustada.
Sara no encontraba palabras para contestar y Jude intervino en su ayuda.
—Ella está bien. Yo recibí la peor parte, pero aparte de unos pocos moretones, me encuentro bien —hizo una pausa—. Pero tienes razón, pudo haber sido peor. Por eso quiero que en el futuro los fardos estén amarrados, y que estas bolsas de grano se pongan en otra parte.
—Sí, señor. Hace semanas que me propongo hacerlo pero nunca encuentro el momento.
—Lo sé, Frank, lo sé —Jude sonrió y añadió—: Creo que será mejor no decir una palabra más acerca de este incidente. Tú arregla las cosas y yo me olvidaré de lo sucedido.
—A mí me conviene, Jude. Supongo que podemos confiar en la discreción de la señorita Shelley.
—Estoy segura de que sí —aseguró Jude cuando ya estaban solos, y Sara le miró con indignación.
—¿Qué debo hacer? Supongo que yo también debo olvidarme de lo sucedido ahí.
—¡Sara! No dramatices la situación. Lo que sucedió, sucedió. Nada fue planeado. Y Dios es testigo de que no tenía intención de llegar tan lejos.
—Supongo que no. Después de todo, para un hombre da lo mismo.

Existen otras maneras de canalizar tus frustraciones.
—¿Y crees que lo haría contigo? Podría hacerlo, además con gran placer.
—Para ti, supongo.
—Para los dos. Y no trates de hacerme creer que no sabes a qué me refiero. No eres tan inocente.
—Nunca he dormido con un hombre —confesó sintiendo que la situación se le escapaba de las manos.
—En cambio yo no puedo decir lo mismo... respecto a las mujeres.
—Tampoco pretendo que lo hagas.
—Pobre Rupert... me pregunto si tiene idea de lo que le espera —dijo quitándole un poco de heno del pelo.
—¿Rupert? ¿Qué tiene Rupert que ver en esto?
—Olvídalo, fue sólo un pensamiento en voz alta. ¿Pero por qué crees que te invitaron a que vinieras a Linden Court?
Antes de que Sara pudiera preguntar qué había querido decir, Jude se alejaba a grandes pasos hacia la casa de Lord Hadley, sin ni siquiera mirar hacia atrás. Sara regresó sola a Knight's Ferry, confundida, sintiéndose incapaz de analizar el pasado y el futuro.

Cuando llegó, Harriet estaba en la biblioteca tomando café. Al ver pasar a Sara la llamó.
—Janet me ha dicho que has salido con Jude —dijo sin levantar la vista de la carta que estaba leyendo.
—Sí, hemos ido... a... los establos a ver el potrillo de Midnight.
—¿Y dónde está Jude ahora? —preguntó su tía mirándola de frente.
—Supongo que en Linden Court... cuando nos separamos se fue hacia allí.
—Entiendo. ¿Y has estado con él todo este tiempo?
—¿Es muy tarde? Pensé que era temprano.
—Son más de las nueve. Janet dice que salisteis de la casa antes de las ocho. ¿Lleva tanto tiempo ver a una yegua y su potrillo?
—Siento mucho que te hayas angustiado —respondió Sara.
—No estoy angustiada, sino desilusionada. Pensé que éramos amigas, que nos respetábamos la una a la otra.
—Así es.
—¿En serio? ¿De veras crees que si vuelves del establo con heno en la ropa y el pelo revuelto debo pensar que sólo has estado viendo a la yegua y a su potrillo.
—Lo siento —dijo Sara inclinando la cabeza.
—¿Qué has estado haciendo?
—Me caí —respondió Sara en voz muy baja—, en los establos... sabía que estaba desaliñada. .
—Por favor, Sara, no es posible que pretendas que yo crea que el estado en que llegas es producto de una caída.
—Es verdad, me caí —eso al menos era cierto, el resto no se lo diría jamás a Harriet aunque ésta se negara a volver a hablarle.
—Muy bien, supongo que tendré que aceptar que has decidido no ser sincera conmigo...
—Eso no es verdad...

—¿Y cuál es la verdad? —gritó Harriet, pero de inmediato bajó la voz y añadió—: Está bien. ¿Qué sentido tiene discutir? No me gustan las disputas, Sara, nunca me han gustado, y si algo tan insignificante como esto puede producir tanto problema, será mejor que lo olvidemos...

—Harriet...

—Por favor —su tía levantó una mano—. No se hable más del asunto. Yo misma hablaré con Jude cuando regrese.

—¿Puedo subir a cambiarme? —preguntó Sara al ver que Harriet seguía leyendo la correspondencia.

—Me parece bien, espero que no hayas olvidado que el vicario y su esposa van a venir a tomar café, y te aseguro que no me gustaría que te vieran en ese estado.

Sara lo había olvidado por completo, pero asintió antes de huir hacia su habitación. Quería darse un baño y así quitar todo rastro de Jude de su cuerpo, para ver si de esa manera desaparecían también los sentimientos de culpa y traición.

Sara no vio a Jude durante el resto del día. El tiempo cambió junto con su estado de ánimo, y cuando bajó a cenar llovía.

—Enciende la luz, querida —pidió Harriet cuando Sara entró en la biblioteca, pero una vez más el interruptor se negó a funcionar.

—Déjalo —ordenó su tía encendiendo la luz que había junto a ella—. Ahora prueba otra vez —Sara miró sorprendida la luz que se acababa de encender—. Son estas viejas casas —comentó Harriet invitándola a servirse una copa—. El sistema eléctrico es un tanto anticuado, por eso si la luz se apaga desde la puerta, necesita encenderse desde el mismo lugar, y sucede igual con las lámparas.

—¿Quieres decir que si yo apago la luz desde la puerta impido que tú puedas encender la lámpara?

—Algo así. Pero ahora ven a sentarte, querida. Tengo que pedirte disculpas.

—¿Disculpas?

—Sí, pero siéntate. Jude me ha contado lo que ha sucedido esta mañana.

—¿Te lo ha contado? —Sara quedó atónita—. Oh, Harriet...

—Muchachita tonta. Crees que tenías la obligación de proteger a Barnes. Pero le prometí a Jude no decir una palabra aunque él haya sido el responsable.

—Entiendo —comentó Sara reclinándose contra el respaldo del sillón.

—Naturalmente que si me hubieras dicho que se te habían caído varios bultos de heno encima, hubiera comprendido el porqué de tu aspecto. Y en lugar de eso me dejaste creer que Jude te había arrojado sobre el heno.

El rubor de Sara confirmaba en alguna medida sus palabras, pero la mujer pensó que la había hecho sentir incómoda al hablar de esas cosas.

—Harriet...

—No hablemos más de eso —Harriet le apretó el brazo con afecto—. Tengo que aprender a no sacar conclusiones rápidas. Ahora quiero que me cuentes qué piensas ponerte mañana por la noche.

A la noche siguiente, Sara estaba nerviosa. Después de lo que Jude había dicho, y de su reconciliación con Harriet, se podría haber sentido más relajada, pero no era así. Estaba tensa y temerosa, sabía que habría muchas miradas posadas en ella, además de la de Venetia y de la del propio Jude.

Harriet aprobó su atuendo: un traje de gasa verde, con una especie de capa transparente. Era sencillo, pero a la vez llamativo. Mientras bajaba la escalera se iba diciendo que se sentiría más tranquila si Jude no fuera. Al llegar al vestíbulo oyó la siguiente discusión:

—No puedes hacerme esto, Jude, no lo permitiré —era la voz de su tía que llegaba a través de la puerta entreabierta de la salida—. Cómo voy a decir que no estás en condiciones de acompañarnos si has estado con James hace menos de tres horas.

—Prefiero no ir, eso es todo. ¿Por al amor de Dios, para qué me necesitas? Puedes preparar el sacrificio sin mí.

—Jude... no aceptaré que me hables de esta manera. Después de todo lo que he hecho por ti, podrías mostrar un poco de agradecimiento.

Sara se quedó parada en el último escalón. No deseaba interrumpir la discusión, pero tampoco podía evitar el escucharla. No le llamó demasiado la atención saber que Jude no deseaba asistir a la cena, pero por otra parte, no podía comprender de qué sacrificio hablaba.

Escuchó de pronto un ruido a sus espaldas y se dio cuenta de que era Janet, por lo que con paso decidido se dirigió a la salita.

Harriet estaba de pie frente a la chimenea. Tenía puesto un vestido negro. Iba muy elegante. Jude estaba sentado en un sillón, con una pierna por encima del brazo del mismo, vestido también con ropa oscura.

—¡Oh, aquí estás, querida! —exclamó Harriet al verla entrar, y Jude se levantó del sillón—. Estás muy hermosa. ¿No es así, Jude? ¿No te sientes orgulloso de ir con dos mujeres bonitas?

—Oh, claro que sí —respondió él sin entusiasmo—. Propongo que salgamos antes de que pueda decir algo que todos lamentemos.

—El coche está en la puerta, señorita Ferrars —anunció Janet—. ¿Á qué hora le digo a Rob que vaya a buscarles?

—Oh... —Harriet comenzó a decir algo pero Jude la interrumpió.

—No hay necesidad de que Rob vaya por nosotros, Janet. Yo mismo traeré a las señoras cuando ellas lo deseen.

—Pero Jude, sabes lo peligroso que es beber y después conducir.

—¿Quién está bebiendo? Tranquilízate, Harriet. El camino es corto y además, no soy un ebrio.

—Pero en estas ocasiones...

—Sí, ya lo sé, suelo ahogar mi aburrimiento en alcohol. De todas maneras, puedes venir andando si no confías en mí.

Se miraron con rencor, y Sara se sintió un poco incómoda.

—Oh, está bien —dijo Harriet mientras recogía su cartera—. Jude nos traerá, Janet. Yo se lo explicaré a Rob.

Sara recogió el abrigo y tembló cuando Jude se lo quitó de las manos para ayudarla a ponérselo. Tuvo la sensación de que las manos masculinas se detenían más de lo necesario sobre sus hombros, pero tal vez estaba equivocada. Anduvo rápidamente hacia el auto para llegar antes que él, y se asombró al ver lo lujoso que era.

Era un Rolls Royce antiguo, pero en excelentes condiciones.
—Era de mi padre —explicó Harriet después de hablar con Rob—. Sólo lo usamos en circunstancias especiales, y esta noche es una ocasión especial. Nuestra primera cena juntas en Linden Court.
Jude no dijo nada, se limitó a abrir la puerta trasera para que Sara entrara, enseguida se sentó detrás del volante.
Linden Court era diferente de noche. Aunque todavía no estaba completamente oscuro, la casa estaba totalmente iluminada, incluso en la parte que no utilizaba la familia. Había otros coches aparcados en el área privada en donde Jude aparcó el coche, y Sara sintió que se le secaba la garganta al pensar en la noche que la esperaba.
Una muchacha se hizo cargo de los abrigos en la entrada y después dijo:
—Su señoría y sus huéspedes están en la sala, señorita Ferrars. Estoy segura de que ya conoce el camino.
—Gracias, Vera —contestó Harriet y de inmediato preguntó—-: ¿Cómo está tu madre? Tengo que venir a verla.
—¡Estará encantada de verla, señorita! —exclamó Vera—. Como está mucho tiempo sola, se entristece. No es agradable permanecer en una silla de ruedas, espero que nunca me suceda lo mismo.
—Todos esperamos lo mismo, Vera —aseguró Harriet, pero Jude le lanzó una mirada, impaciente.
—La enfermedad de tu madre no es hereditaria, Vera —intervino Jude —, por lo tanto, no existe razón alguna para pensar que puedas llegar a sufrir sus síntomas. Y ahora si nos disculpas...
Harriet le miró con disgusto antes de precederle a través de una gran arcada hacia un enorme pasillo, al fondo del cual las puertas abiertas permitían ver a la gente que estaba reunida.
—Me gustaría que no me interrumpieras cuando estoy hablando con la servidumbre, Jude —comentó Harriet con una sonrisa fingida que ocultaba en parte la ira que estaba experimentando.
—Y a mí me gustaría que no trataras a Vera como si fuera una especie de retrasada mental —respondió Jude en tono hosco—. Su madre padece una deficiencia ósea —le explicó a Sara—, y la pobre chica ya tiene bastantes preocupaciones como para que Harriet le meta más dudas en la cabeza.
—Esa no ha sido mi intención.
—Eso es lo que todos esperamos —se burló Jude y la respiración de Harriet se aceleró al acercarse a la sala.
Aunque de lejos creyó que había mucha gente, Sara se sintió más tranquila al darse cuenta de que como máximo había una docena de invitados.
La sala era muy lujosa. Tenía altos techos y paredes llenas de cuadros, además había objetos de valor ubicados estratégicamente sobre muebles antiguos.
En cuanto Lord Hadley los vio entrar, dejó al grupo con el que estaba y se acercó a darles la bienvenida, pero Rupert llegó antes que él, y se dirigió rápidamente a saludar a Sara.
—Estás maravillosa —afirmó llevándose galantemente los dedos de Sara hasta los labios—. Y usted también, señorita Ferrars.
—Es muy agradable oír galanterías pasadas de moda —declaró Harriet

cuando Lord Hadley llegó a su lado—. ¿No es así, James? Te aseguro que tu hijo te hace honor.
Lord Hadley miró primero a Jude, después a Rupert y finalmente puso su atención en Sara.
—¿Qué piensas tú, querida? ¿Cuál es tu opinión como única persona objetiva del grupo?
—Estoy segura de que el hijo es sólo un reflejo del padre —afirmó buscando su aprobación, pero oyó que Jude emitía un sonido despectivo a su espalda.
—Digamos que no se puede ser más justa —observó Lord Hadley, y Sara vio que Harriet sonreía satisfecha.
La primera persona a la que Sara reconoció fue a Venetia, que estaba junto a otra muchacha de aspecto similar, aunque más elegante que la hermana de Rupert. Venetia llevaba puesto un hermoso vestido de seda hindú, pero la falda amplia acentuaba el tamaño de sus caderas.
La muchacha la miró con cierto desdén, y dijo algo a la joven que estaba con ella, pero la animosidad de Venetia no era asunto de Sara, por lo tanto no le prestó atención, y en lugar de eso, trató de memorizar los nombres de las personas a quienes iba siendo presentada.
—¿Su padre era Charles Shelley? —preguntó un hombre de avanzada edad—. Excelente periodista, es una lástima que haya muerto de esa manera.
—Gracias.
—¿Te gusta el periodismo? Porque yo soy dueño de un par de periódicos de la zona, y me vendría bien alguien con la capacidad de tu padre.
—No creo que la señorita Shelley esté buscando trabajo, coronel —respondió Rupert Hadley a su espalda, y después, mirando a su padre, añadió—: Papá, Calder te está buscando. Creo que quiere decirte que la cena está lista.
Lord Hadley se mostró un tanto desconcertado por la interrupción pero no le quedó otro remedio que retirarse en busca de Calder; sin embargo, antes de buscarlo dijo:
—Espero que no olvides que acompañarás a Elizabeth durante la cena, Rupert —había una severa advertencia en el tono que utilizó, y de inmediato añadió—: Lleva a Sara con Peter... se muere por conocerla.
—Sí, papá —el tono de Rupert fue cortés, pero en cuanto su padre se alejó, miró a Sara sonriendo con incomodidad—. Ordenes son órdenes... pero en cuanto termine la cena quiero enseñarte la casa.
—Es muy amable de tu parte...
Sara no sabía qué decir, pero Rupert siguió diciendo entusiasmado:
—No es simple cortesía. He estado esperando el momento de volver a verte. Y cuando la señorita Ferrars propuso esta cena...
—¿Harriet propuso que se hiciera esta cena? —interrumpió Sara incrédula, pero Rupert sólo le apretó el brazo y dijo:
—No te preocupes, papá estaba encantado de hacerla. Es muy corriente que se hagan fiestas para presentar a la gente nueva.
—Sí, pero Harriet ha ofrecido cenas...
—Esto es diferente. Pero no te pongas así. La señorita Ferrars y mi padre son viejos amigos, desde antes que Venetia y yo naciéramos.

—¿Y... y tu madre?
—¿No lo sabías? Mamá murió poco después del nacimiento de Venetia. Papá es viudo desde hace más de veinte años.
—¿En serio?
Sara estaba muy confundida.
—Este es Peter Hedgecomb —explicó Rupert—. Peter, ésta es Sara. Y ahora debo ir a ver a Elizabeth, mientras tú acompañas a cenar a la muchacha más hermosa de la fiesta.
—Es un placer —dijo Peter Hedgecomb, galantemente—. ¿Quieres beber algo más, Sara? Tu champán parece no tener fuerza.
Cenaron en lo que Peter explicó era el comedor pequeño y Sara no lograba imaginar el tamaño del otro si ése era el pequeño. Mientras contemplaba el sitio trataba de poner en claro todos sus pensamientos.
No tenía sentido alguno que Harriet le hubiera pedido a Lord Hadley que hiciera una cena para ella; además, al recordar la actitud del padre de Rupert durante la primera visita, le costaba aceptar que su actitud aquella noche fuera espontánea. ¿Pero por qué se había dejado persuadir? ¿Se habría referido a eso Jude cuando habló de sacrificio? ¿Y con qué propósito?
Los invitados estaban sentados alrededor de una gran mesa: Sara se dio cuenta de que la muchacha que estaba sentada junto a Rupert era la que estaba con Venetia cuando ella había entrado al salón. Venetia estaba sentada en medio de un joven y de Jude, quien a su vez se hallaba sentado junto a Harriet.
La muchacha sólo hablaba con Jude, y observándola desde el otro lado de la mesa, Sara experimentó una extraña irritación.
Sara había esperado que al terminar la cena, las mujeres se retiraran de la mesa dejando solos a los hombres, como solía hacerse antiguamente, pero los huéspedes de Lord Hadley abandonaron la mesa todos juntos, dirigiéndose a la sala en donde les servían el café y el brandy.
Sara rechazó el brandy que Peter Hedgecomb le ofreció, pero aceptó la invitación de sentarse en el sofá. Mientras el joven iba a buscar los cafés, Sara descubrió la mirada de Harriet fija en ella.
—Espero que Peter te haya cuidado bien, querida —la voz de Venetia, ligeramente sarcástica, la hizo desviar la vista—. Deberías saber que Rupert está casi comprometido con Elizabeth, por lo tanto no vale la pena que pongas tus ojos en él.
Sara hizo un esfuerzo para mantenerse serena, y además tenía otras cosas en qué pensar.
—¿Qué pasa, Venetia? —preguntó con tranquilidad—. ¿No soportas la competencia?
—¿Cómo te atreves tú?
—¿Cómo te atreves tú? —respondió Sara tranquilamente—. Tu hermano ya tiene edad suficiente como para saber lo que hace. ¿No te parece? Y además, no estoy buscando marido.
—¿Y entonces por qué ha preparado Harriet esta cena? Porque fue ella la que la propuso. Supongo que lo sabes, porque a papá jamás se le hubiera ocurrido.
—Lo sé —respondió contenta de que no fuese Venetia la que le diera la noticia—. Supongo que creyó que me hacía un favor.

—Ella sabía cómo reaccionaría Rupert. Sabe muy bien que desde hace meses, papá está haciendo lo imposible para que le proponga matrimonio a Elizabeth. Por eso deliberadamente te puso en el camino, para complicar las cosas.
Sara estaba a punto de responder a la joven, pero pensó que había cierta lógica en lo que decía Venetia. ¿Habría sido ése el objetivo de Harriet? ¿Echarla en brazos de Rupert? ¿Sería esa la razón por la cual Jude se había mostrado tan reacio a asistir a la cena?
—De todas maneras, pensé que era mejor dejar las cosas, claras —dijo Venetia arreglándose las mangas del vestido—. Y... ¡sorpresa, sorpresa! Ahí viene mi hermano.
Rupert las miró un poco extrañado pero de inmediato dirigiéndose a Sara preguntó:
—¿Lista para dar un paseo por la casa? Creo que comenzaremos por la biblioteca. Tenemos un manuscrito ilustrado que te gustará ver.
—¿Paseo por la casa? —repitió Venetia en tono sarcástico mientras Rupert ayudaba a Sara a ponerse de pie.
—Tu hermano ha sido muy amable al ofrecerse a enseñarme la casa —dijo Sara—, pero si quieres puedes venir con nosotros. A mí no me importa.
—¡Pero a mí sí! —exclamó Rupert, indignado—. ¿Por qué no te metes en tus cosas, Venetia? Yo no me meto cuando andas persiguiendo a Jude por toda la casa.
—Yo no persigo a Jude —protestó la joven—. Y de todas maneras a él no le molesta.
—Eso no es lo que yo pienso —respondió Rupert, con cierta confianza —. ¿Por qué no te vas a empolvar la nariz? Yo quiero conversar con Sara.
—¿Y qué me dices de Elizabeth? ¿No crees que le debes algo?
—Creo que te deberé más a ti si no te guardas tus opiniones.
—Aquí viene Peter. ¿Qué le vas a decir? —insistió Venetia y Sara aceptó el café que el muchacho le ofrecía.
—Tu padre te andaba buscando, Rupert —comentó después de probar el café, y Venetia rió con malicia.
—Creo que será mejor que dejemos el recorrido para otra ocasión —dijo Sara—. Quiero decir que no deberías abandonar a tu novia...
—Yo no tengo novia —afirmó Rupert mirando a su hermana con odio —.Pero está bien, tal vez éste no sea el mejor momento para estar juntos —le cogió la mano y le dijo al oído—: Te llamaré por teléfono —aseguró apretándole los dedos, y antes de que Sara pudiera responder, se alejó.
Venetia miró a Sara, desafiante, pero después de un momento se encogió de hombros como renunciando a la idea de dirigir la vida de su hermano.
—¿En dónde está Jude? —murmuró casi para sí y de inmediato se alejó dejando solos a Peter y a Sara.
—¿Te diviertes? —preguntó el joven, y Sara sintió deseos de reír.
—Sí, sí —aseguró, conteniéndose—. Ha sido una cena fascinante —y Peter aceptó su respuesta como si hubiera sido exactamente lo que había esperado.

Capítulo 8

Harriet se acercó a ella a eso de las diez y media, y Sara, segura de recibir algún tipo de crítica por parte de su tía, notó que estaba preocupada por otro motivo.

—¿En dónde está Jude? —inquirió—. ¿Lo has visto? Hace un rato estaba con Venetia, y ahora han desaparecido.

—¿Cómo... cómo voy a saber dónde están? —respondió Sara con un nudo, en el estómago. Y a pesar de que Harriet estaba alterada, se dio cuenta del desafío que había en la voz de su sobrina.

—¿Ocurre algo, Sara? —preguntó, pero la muchacha se limitó a mover la cabeza de un lado a otro.

—Tal vez estén en la biblioteca, señorita Ferrars —sugirió Peter—.Es el lugar preferido de Venetia y, por supuesto, Jude lo sabe.

—Sí, sí, gracias Peter—dijo Harriet demorándose un segundo para mirar extrañada a Sara antes de alejarse rumbo a la biblioteca.

—Pobre Jude —comentó Peter en cuanto estuvieron solos—. Imagínate vivir con una persona tan posesiva como ella.

—¿Y no tiene derecho de ser posesiva? —preguntó Sara.

—Sí, supongo que sí. Es una lástima que no se haya casado, porque creo que es la única manera de que Jude recupere su libertad.

Sara estaba azorada. ¿Todos sabían lo que estaba sucediendo? ¿Y por qué le tenían lástima a Jude cuando era Harriet la que merecía compasión, especialmente en ese caso ya que Harriet era mucho mayor que su amante?

¡Su amante!

Sara se sentía enferma. Había tratado de no pensar en este aspecto de la relación, pero, ¿cómo olvidarlo cuando Harriet no se preocupaba por ocultar la manera en que dependía de él? ¿Acaso no tenía vergüenza? ¿No le importaba que toda esa gente se estuviera riendo de ella?

Jude no tenía vergüenza, eso era evidente. Sabía lo que Venetia sentía por él, era algo que saltaba a la vista, y sin embargo, seguía dándole esperanzas a pesar de que Lord Hadley se oponía y que con eso hería a Harriet.

De pronto Sara se dio cuenta de que había modificado sus sentimientos hacia Harriet. ¿Por qué debía estar enfadada con ella por haber querido arrojarla en brazos de Rupert? Después de todo, eso no era nada vergonzoso. Sólo había pensado en ella, en su futuro. Además ella era dueña de su propio destino y no tenía por qué aceptar algo que no deseaba, y no tenía por qué llamarle la atención que el hijo de Lord Hadley se sintiera atraído hacia ella.

—Disculpa.

Peter se levantó en ese momento a buscar otra copa y durante su ausencia Sara se arregló el pelo.

—¿Sola? —al escuchar la voz, Sara levantó el rostro sorprendida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al recordar la preocupación de

Harriet.
—Soy un invitado. ¿Lo has olvidado? —respondió él con las manos en los bolsillos—. ¿En dónde está el honorable Peter? ¿O acaso lo has abandonado para complacer a Harriet?
—No sé a qué te refieres —le respondió con frialdad—. Tal vez, sería bueno que supieras que Harriet te está buscando. Aparentemente está muy molesta por tu actitud caballeresca.
—¿Mi qué? ¿Acaso la gente aún utiliza esas palabras? —rió sin ganas —. ¿Qué tendría que haber hecho? ¿Proponerle un duelo a Rupert por los favores de mi dama?
—Sabes bien a qué me refiero. Harriet pensaba que estabas con Venetia —hizo una pausa y clavándose las uñas en las palmas de las manos, añadió—: Supongo que no pensarás que eso la puede alegrar.
—No, supongo que no.
—¿Cómo es posible que hables con tanta tranquilidad de algo, que debería darte algún cargo de conciencia? Tal vez no te importe, pero deberías tener en cuenta los sentimientos de Harriet.
—¿Y por qué habría de hacerlo? ¿Acaso alguna vez tuvo ella en cuenta los míos? Por el amor de Dios, Sara. ¿Qué crees que he hecho? ¿Qué he seducido a la muchacha? No me hubieran dejado los sabuesos de James.
—Entonces aceptas haber estado con Venetia.
—Sí, claro, hemos estado hablando. ¿Tienes alguna objeción?
—¿Yo?
Sara miró por encima del hombro de Jude incapaz de enfrentarse a la hostilidad de su mirada, y vio que en ese momento, Harriet y Venetia entraban en la sala.
Harriet parecía estar molesta y Venetia tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Sara estaba a punto de levantarse para ir al encuentro de su tía cuando Jude la cogió del brazo y dijo:
—Vámonos. No nos quieren aquí, al menos no a mí. Regresemos a la casa antes de que Harriet comience su segundo ataque.
—¿Cómo puedes ser tan cruel? —preguntó Sara, liberándose de él—. Esas dos mujeres te aman. ¿No significa eso nada para ti?
—Evidentemente no lo mismo que significa para ti —Jude movió la cabeza—. Eres una víctima innata, ¿verdad Sara? Ves la trampa tendida ante tus ojos, pero sigues avanzando. ¿No es así?
Sara no respondió. Se limitó a apretar los puños y mirar en dirección a su tía, comprobando que Lord Hadley estaba junto a ellas. ¿De qué estarían hablando? Al menos Harriet tenía un aliado en su padre si lo que Venetia había dicho era verdad.
—¡Avísame cuando comiences a sentir que se cierra la trampa! —le dijo Jude en voz baja, con los labios casi rozando la oreja de Sara, y cuando ella estaba a punto de responderle, él se alejó.
—¿Qué sucede? —preguntó Peter que volvía en ese momento—. Me ha parecido verte con Jude.
—Nada, no sucede nada —respondió Sara, impaciente—. Creo que ya es hora de irme.
—¡Oh, no! —exclamó el joven—. Es muy temprano, no puedes irte. Yo te llevaré a tu casa más tarde. Si Harriet se quiere ir, déjala. La noche acaba de empezar.

—Gracias, pero me voy a ir con Harriet —afirmó Sara, mordiéndose los labios—. He disfrutado mucho de tu compañía, pero...

—... pero te vas de todas maneras—terminó Peter mostrándose apesadumbrado, pero para tranquilidad de Sara, Harriet se acercó en aquel momento a ellos.

—¿Adónde se ha ido a Jude ahora? —preguntó Harriet alterada—. ¿No le dijiste que lo estaba buscando? Esperaba más colaboración por tu parte, Sara.

—¡Claro que se lo he dicho! No sé dónde ha ido. Ha desaparecido de repente.

—En una nube de humo —bromeó Peter, pero se quedó muy serio al ver la expresión de Harriet.

—Supongo que se habrá ido a casa —comentó Harriet—. Es característico en él dejar que yo dé las explicaciones.

—¿Por qué no nos vamos nosotras también? —inquirió Sara—. Después de todo ya es tarde y estoy cansada.

—¿Cansada? —los ojos de Harriet la miraron críticamente—. ¿Te has divertido?

—Por supuesto —respondió Sara.

—Hmm —Harriet no parecía estar convencida—. Esta bien, vámonos.

—Y mientras atravesaban la sala preguntó—: ¿Qué ha pasado con Rupert? Pensé que te iba a llevar a conocer la casa.

—Su padre lo ha tenido ocupado toda la noche —respondió Sara, preguntándose cómo sabía Harriet eso—. Me dijo que tú preparaste esta cena. ¿Por qué trataste de hacerme creer que era su padre quien nos había invitado?

—No hablemos de eso aquí, Sara.

Harriet la dejó sola para que se despidiera de la gente. Sara sonrió con amabilidad a todos, pero cuando Rupert se le acercó se puso tensa.

—Te llamo mañana —le dijo, cogiéndole las manos entre las suyas.

—No, mañana no. Dame unos días, quiero acostumbrarme más a este lugar, y además tengo jaqueca.

—Oh, pobre Sara. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—No, nada, gracias —contestó con una sonrisa forzada al ver que Harriet se le acercaba.

—Buenas noches, Rupert —fueron las palabras de la mujer al notar el interés del muchacho—. Ha sido una velada muy agradable. ¿Te veremos pronto?

—Muy pronto —afirmó el joven y Harriet sonreía complacida mientras iban en busca de los abrigos.

El Rolls Royce estaba aparcado donde lo habían dejado, pero no había señal alguna de Jude. Al abrir la puerta, Sara descubrió que las llaves estaban puestas.

Harriet se acomodó en el asiento del acompañante, dando a entender que Sara debía conducir.

—¿No es absurdo esto? Primero, no acepta que Rob nos venga a buscar y después nos hace volver solas.

—Se podría haber llevado el coche —respondió Sara, provocativamente, pero Harriet no dijo una palabra más.

Sara no tenía otra alternativa que la de conducir, y pensó que por primera vez se estaba ganando el sustento.

—Me conoce y sabe lo que le iba a decir —comentó Harriet como hablando para sí—. Me ha hecho quedar como una perfecta tonta, creo que nunca he estado tan enfadada como ahora mismo.
—Yo también estoy enfadada, Harriet —dijo Sara humedeciéndose los labios—. Por suerte fue Rupert el que me dijo que tú le habías pedido a su padre que hiciera la fiesta, pero podría haber sido Venetia. ¿Por qué lo hiciste? Te aseguro que no lo entiendo.
—James se alegró de hacerlo. Además, me debe un favor. ¿Por qué no habría de querer lo mejor para ti? Después de todo eres mi... sobrina.
—Pero ya hemos tenido cenas en Knight's Ferry. ¿Por qué no podíamos haber hecho la fiesta allí? Si tú creíste que era... necesario.
—Quería que conocieras Linden Court.
—Lo conocí el día que me llevaste para presentarme a Lord Hadley —le recordó Sara y Harriet emitió un suspiro. .
—No es posible que no te des cuenta de que los Hadley pueden hacer otro tipo de reunión. Me refiero a que aunque conozco a la gente con la que ellos alternan, jamás me invitan a sus fiestas ni vendrían a las mías.
—¿Y eso importa mucho?
—Claro que importa —respondió Harriet, irritada—. Sinceramente Sara, ¿estás tratando de provocarme?
—No.
—Entonces, por el amor de Dios, querida, trata de pensar un poco. Yo quería que te pusieras en contacto con los amigos de los Hadley: Quería que te vieran moverte en ese medio, y que se dieran cuenta de que tú encajas mucho más en ese mundo que otras personas... que podría mencionar.
Sara recordó las palabras de Venetia respecto a las intenciones de Harriet, y le costaba pensar que fueran ciertas. Es más, se negaba a aceptar la posibilidad.
—Te agradezco la confianza que me tienes y lo mucho que me valoras —dijo Sara buscando una escapatoria—, pero no me importa mucho lo que los Hadley y sus amistades piensen de mí.
—A mí me importa lo que los Hadley piensen —contestó Harriet entre dientes—. ¿No es esa una razón suficiente para ti?
Sara empezó a sentir que el dolor de cabeza que había inventado se estaba haciendo realidad. Harriet esperaba que Rupert se fijara en su sobrina, que la encontrara más atractiva que la muchacha a quien su padre había elegido. Tal vez Venetia tuviera razón... y también Jude.
Jude. Se aferró con fuerza al volante. ¿Qué derecho tenía él a criticar a Harriet cuando su comportamiento dejaba bastante que desear? Y además, si él no se hubiera metido en su vida, quizá Harriet jamás hubiera entrado en contacto con los Hadley. Él era el culpable.
Cuando bajó del coche para abrir la reja, el aire frío le golpeó el rostro. Temblando, subió otra vez al coche para hacerlo avanzar. Cuando pasó la verja, condujo el coche a la carretera y dejando el motor encendido, volvió a bajarse para cerrar la reja. Antes de llevar a cabo su acción, pudo distinguir las luces de otro vehículo que se acercaba a gran velocidad, tanto, que apenas tuvo tiempo de apartarse antes de que los dos coches, colisionaran. Inmediatamente, oyó ruido de metales y el sonido de un claxon como si algún cuerpo estuviera apoyado sobre el volante.

Con dificultad Sara logró salir de la zanja donde se había tirado y que la había salvado de morir. El corazón le latía con fuerza mientras se acercaba a los dos coches.
—Harriet —el nombre de su tía brotó de sus labios con debilidad, pero se hizo cada vez más fuerte a medida que se daba cuenta de la realidad—. Harriet, Harriet. ¿Estás bien? ¡Dios mío, que no sea nada serio!
Al pasar junto al vehículo que había chocado con el Rolls, oyó un quejido que la hizo titubear. No era que tratara de retrasar el momento de comprobar con sus propios ojos si Harriet estaba malherida, pero hubo cierto alivio en la demora.
La parte delantera del otro coche estaba destrozada, al levantar la vista vio a un hombre detrás del volante... y no estaba inconsciente. Pero Harriet merecía ser atendida primero, por lo tanto ignorando los ruegos del hombre, se dirigió al Rolls donde su tía yacía sin conocimiento en el asiento delantero. Al abrir la portezuela Harriet cayó de costado y Sara vio la sangre que manchaba la tapicería del coche. En ese instante se dio cuenta de la terrible situación en que se encontraba. Sola, en medio de la noche y con dos personas malheridas.
Caminó unos pasos hacia atrás y miró a su alrededor preguntándose si alguien más habría oído el claxon del coche, a pesar de que ya no sonaba. ¿Qué estaba más cerca? ¿Linden Court o el pueblo? Miró desesperada sus altos tacones. De una manera o de otra tendría que conseguir ayuda.
Antes de salir a buscarla, decidió que era necesario averiguar el estado del hombre del otro vehículo. Al verla, el hombre exclamó:
—¡Vaya un sitio para aparcar un coche!
—Usted conducía demasiado rápido —lo desafió, pensando que tal vez la ira lo ayudaría a soportar el dolor. Era evidente que estaba atrapado entre el metal retorcido.
—Por favor, sáqueme de aquí —rogó el individuo, y Sara dándose cuenta de que sola no podría hacer nada empezó a correr hacia las luces lejanas de la casa.
Iba tan desesperada buscando ayuda que no se dio cuenta de que un hombre deambulaba entre los árboles. Chocó contra él y cayó al suelo; antes de poder ponerse de pie una mano la levantó.
—¿Qué pasa?
La voz de Jude la tranquilizó.
—¡Sara! ¡Sara! Por el amor de Dios. ¿Qué ha sucedido?
—El coche —murmuró ella dando un paso atrás—. Ha habido un accidente...
—¿Un accidente? ¿Qué clase de accidente? —Jude la cogió de los hombros, y la sacudió—. Sara dime. ¿Hay algún herido? —y de pronto cualquier duda que Sara tuviera respecto de los sentimientos de ese hombre hacia Harriet, desapareció.
—¡Harriet! —exclamó.
—¿Qué le ha pasado a Harriet? ¿Está herida?
Sara asintió con un movimiento de cabeza.
—¿En dónde? ¿En dónde está? ¿Has pedido una ambulancia?
Con voz temblorosa, Sara relató lo ocurrido, y la reacción de Jude le

dijo todo lo que necesitaba saber. La dejó sola para que fuera a la casa de los Hadley, y en el momento en que Sara entraba a la mansión, tambaleándose, se oía la sirena de la ambulancia que se acercaba.

Rob llevó a Sara a la casa, después que una Venetia nada hostil le sirviera té caliente con azúcar para que se tranquilizara. El rencor de la joven parecía haber desaparecido junto con sus lágrimas.

Sara no habló mucho con nadie, pero supo que Jude había explicado la situación antes de regresar al lugar del accidente. Aparentemente había oído el claxon y por eso Sara lo había encontrado caminando entre los árboles. Se quedó admirada de su tranquilidad. En lugar de correr primero al coche para comprobar el estado de Harriet, había buscado ayuda médica, al darse cuenta de que solo no podría hacer nada.

Tanto Rupert como Lord Hadley habían acompañado a Jude, y ante la noticia, la fiesta había terminado de inmediato. Cuando Rob llegó para llevar a Sara, la sala estaba vacía.

Cuando llegaron a la reja, escenario del accidente, tanto Harriet como el conductor del otro vehículo ya no estaban, pero sí la policía encargada de hacer las investigaciones pertinentes. Sara se preguntó cuándo la llamarían a declarar.

—¿Ha... sabido algo? —le preguntó con timidez a Rob que siempre la había tratado con amabilidad.

—El señor Jude se comunicará en cuanto haya alguna novedad —le dijo en tono hosco, y Sara pensó que aquel hombre pensaba que ella había tenido la culpa.

—¿Ha ido Jude al hospital?

—Jude y el viejo Hadley. Era lo justo desde el momento que él fue el culpable de lo sucedido.

—Él no conducía... conducía yo —corrigió Sara y el hombre la miró con lástima.

—Parece que todo el mundo tiene algo de culpa, y la pobre señorita Ferrars no hace más que tratar de suavizar las cosas.

Sara decidió que seguramente se había golpeado la cabeza al tirarse a la zanja. Las palabras de Rob no tenían sentido o al menos ella no lograba captarlo.

Janet la estaba esperando en la puerta y al verla la miró con los ojos acusadores.

—Veo que usted está bien —comentó—. No ha tenido que ir al hospital, en cambio mi pobre ama está muy mal.

—¿Eso le ha dicho Jude? —preguntó Sara, ignorando el comentario.

—No, no hemos sabido nada más, sólo lo que nos dijo antes de que Rob fuera a buscarla.

—Ya basta, Janet —era la voz de Rob—. Sabes bien que la señorita Shelley ni siquiera estaba en el coche cuando chocaron.

—Qué casualidad —murmuró la mujer antes de alejarse.

—Si yo estuviera en su lugar me iría a la cama, señorita —dijo Rob—. La noto agotada, y no hay nada que podamos hacer esta noche. Es mejor que trate de dormir un poco.

—Oh, no —Sara movió la cabeza. Estaba cansada, pero sabía que no podría dormir hasta saber algo de Harriet. Le hubiera gustado ir al

hospital, pero era evidente que él no deseaba que estuviera a su lado —. Esperaré —le dijo a Rob—. Quiero estar aquí cuando llame Jude. Iré a cambiarme de ropa porque este vestido está lleno de lodo.

—Está bien —Rob miró hacia la puerta por donde había desaparecido su esposa—. Espero que no tome en cuenta seriamente lo que Janet pueda decir en este momento. Estoy seguro de que no piensa lo que dice.

—Está bien, Rob, no se preocupe. Sólo espero que tengamos noticias pronto.

—El señor Jude llamará en cuanto sepa algo—aseguró Rob—. Él la quiere mucho, más que cualquiera de nosotros, aunque a veces tenga una manera extraña de demostrarlo.

Capítulo 9

Sara despertó con el ruido que hacía el whisky al caer dentro de un vaso. Abrió los ojos asustada y vio a Jude parado junto al bar.

De inmediato se dio cuenta de la forma en que estaba vestida. Después de quitarse el vestido sucio, había decidido que no tenía sentido volver a ponerse otro, por lo que encima del pijama color crema se había puesto una bata y había bajado a la biblioteca para esperar.

Jude seguía vestido, pero su aspecto había cambiado. Llevaba la camisa abierta, y la corbata en el bolsillo. Tenía aspecto de cansancio, la barba, un tanto crecida, le hacía sombra alrededor del mentón, y en la manga sobresalían varias manchas de sangre. A pesar de todo eso, Sara tuvo que reconocer que estaba igual de atractivo que vestido de etiqueta.

—Ibas a llamar por teléfono. ¿Has llamado? Seguramente no oí... me he quedado dormida.

—No he llamado —respondió Jude, observando el líquido que había en el vaso.

—¿Pasa algo malo? ¡Dios mío! —se puso de pie—. ¿Harriet está peor?

—No, no, pero es bueno saber que has podido dormir con la conciencia tranquila. Necesitarás tener la mente despejada cuando el sargento Briggs venga a hacerte algunas preguntas.

—Siento mucho que pienses que no me importa. No tenía intención de dormirme. Recuerdo haber esperado y esperado... ¿Qué hora es?

—Casi la seis —respondió Jude, acercándose á la ventana para correr las cortinas dejando entrar los primeros rayos de luz.

—Las seis... y tú no has llamado. ¿Qué habrá estado pensando Janet?

—No te preocupes por los Graham. Los Hadley han llamado cuando volvieron del hospital a eso de las dos de la mañana. Como ya estabas dormida no quisieron despertarte.

—Oh —Sara se ruborizó—. ¿Qué habrán pensado de mí?

—Supongo que pensaron que estabas cansada. ¿No te interesa saber cómo está Harriet en lugar de lo que pensaron los Hadley?

—Sí, por supuesto. Lo siento, soy tonta. ¿Cómo está Harriet? ¿Ya ha recuperado el sentido?

—Hace poco más de una hora. Esperé hasta que eso sucediera para poder hablar con ella, pero estaba aún muy mareada y no recordaba nada.

—¿Pero cómo está? Tenía una herida en la cabeza...

—Tiene fractura de cráneo —explicó Jude y Sara contuvo el aliento—. Pero es leve, por lo que parece que no habrá complicaciones.

—Pero... ¿y la herida? .

—Las heridas en la cabeza siempre parecen más graves de lo que en realidad son, porque sangran demasiado. Lo que produjo el daño fue el golpe, se debe haber abierto la cabeza contra el parabrisas.

—Sí —Sara se cubrió el rostro con las manos—. No debí dejar el coche en ese lugar, tendría que haber buscado otra forma de cerrar la reja.

—No seas tonta. No fue culpa tuya. En tal caso fue mía por no llevaros a casa.
—Debí cerrar la reja antes de salir a la carretera.
—¿Cómo ibas a hacerlo? El Rolls hubiera supuesto más peligro en la carretera. Trata de pensar un poco, Sara. Si hubieras dejado el coche allí, seguramente Harriet estaría muerta en este momento.
—¿Crees que el accidente hubiera sucedido de todas maneras?
—Por la forma en que iba conduciendo ese tonto, estoy seguro de que sí.
—¿Pero cómo lo sabes?
—Por la fuerza del impacto. Sara, nadie te culpa, y menos Harriet.
—¿Y… se pondrá bien? —preguntó Sara, temblando.
—Eso dicen. Pero todavía es temprano para estar seguros. Harriet es una mujer fuerte, estoy convencido de que saldrá de esto.
Sus palabras eran bastante contradictorias teniendo en cuenta todo lo dicho la noche anterior, pero al mismo tiempo le recordaron a Sara el tipo de relación existente entre él y su tía. Involuntariamente dio un paso atrás como tratando de poner distancia entre ellos.
—¿Y el otro hombre? ¿Se pondrá bien? Parecía estar atrapado.
—Lo estaba. Pero afortunadamente llevaba botas y supongo que el cuero impidió que se le lastimara mucho la pierna. Tiene algunas heridas y un par de huesos rotos, pero nada serio.
—¡Gracias a Dios!
—¿Por qué? ¿Lo conocías?
—No, claro que no, pero me alegra saber que no ha muerto nadie.
—Merecía haberse roto la nuca —comentó Jude mientras se servía otra copa—. Te pudo haber matado. ¿No se te ocurrió pensar eso? Me dijiste que habías bajado a cerrar la reja… si hubieras estado en la carretera.
—Pero por fortuna no estaba allí, estoy muy bien.
—¿Estás segura? ¿No sufres efectos posteriores a la fiesta?
—¿La fiesta? Me parece que fue hace mucho tiempo.
—Sí, ¿verdad? —Jude la miraba de una manera extraña.
—Harriet… —dijo Sara de pronto, utilizando el nombre como talismán contra algo que no quería aceptar—. ¿Cuánto tiempo estará en el hospital?
—No lo sé. Supongo que querrás verla.
—Claro que sí. Me preguntaba cuánto tiempo estaría en el hospital.
—¿En serio?
—Sí —Sara, comenzaba a darse cuenta de que no había debido preguntar eso, pero le había parecido algo muy inocente.
—¿Suponiendo que no surjan complicaciones?
—Suponiendo eso, por supuesto.
—Una o dos semanas, dependiendo de cómo reaccione.
—Dos semanas —Sara estaba azorada.
—Tal vez sea necesario contratar a una enfermera cuando vuelva a casa. Estas cosas requieren tiempo y una buena atención.
—Lo sé. Lo que sucede es que no puedo dejar de sentirme resp…
—¿Qué te pasa? ¿Acaso no te gusta la idea de que estemos solos aquí?
—Eso… eso no… tiene nada que ver. Además no estamos solos. Rob y

Janet...
—... no tienen derecho alguno a meterse en nuestras cosas, mientras Harriet no esté, yo soy el dueño aquí. ¿Se te ha olvidado?
—Creo que éste no es el momento para discutir algo semejante —dijo Sara dando un paso hacia atrás—. Debes estar cansado... y, quiero irme a la cama. Si quieres le puedo pedir a Janet que te desspierte si hay alguna novedad.
—¿Harás eso?
Para sorpresa de Sara, Jude se interpuso en su camino. Alto y seguro de sí, era una formidable barrera, y ella sintió que muy a su pesar se le aceleraba el pulso. Afortunadamente el recuerdo de Harriet en el hospital disipó cualquier emoción.
—Quisiera ir a mi habitación. Si no te quitas de mi camino...
—¿Me dejarás dormir solo?
—No es nada gracioso lo que dices, Jude —repuso Sara, sonrojándose —. Quítate de mi camino, quiero ir a mi cuarto.
—No ha sido una broma. Es verdad. Mi cama está muy sola, ¿Me vas a decir que no tienes ganas de compartirla conmigo?
—Eres realmente detestable. Debí esperar algo semejante de tu parte. No tienes conciencia.
—No mucha. Eso lo dejo para las vírgenes profesas como tú.
—Tenías que sacar ese tema a relucir, ¿no es cierto?
—¿Y por qué no? Es importante. Es la razón por la que tienes tanto miedo de estar sola conmigo.
—Eso no es verdad.
—¿Y cuál es la verdad, entonces? ¿Acaso no sientes nada cuando estamos juntos? Vamos, Sara, sabes cómo están las cosas entre nosotros. Y el hecho de que Harriet tenga otros planes para ti, no significa que no podamos precipitar tu educación.
—Eres... eres un...
—Oh, vamos. Deja a un lado el papel de señorita ofendida. Ya sé que soy un bastardo... me lo han dicho muchas veces —sonrió con sensualidad—. Tú podrías cambiar todo eso —dio un paso hacia ella —. ¿Acaso el domar a la fiera no está de acuerdo con tu naturaleza?
—¡Nada que tenga que ver contigo está de acuerdo con mi naturaleza! —exclamó Sara—. No sé cómo eres capaz de esto, sabiendo que Harriet está en el hospital.
—Mira —dijo impaciente—. Creo que ya es hora de aclarar las cosas. Yo no sé qué te habrá dicho Harriet, pero imagino que fue algo que no me favorece. Pero como sea, ya hemos jugado bastante...
—Aléjate de mí.
Sara extendió una mano hacia adelante como para protegerse, pero Jude no le hizo caso y dijo:
—Antes de que llegaras a esta casa no me importaba en lo más mínimo lo que te sucediera, no te conocía, y por lo poco que sabía, te merecías cualquier cosa.
—No quiero saber nada de todo esto —afirmó Sara, pero Jude insistió:
—Me refiero a que no pensaste en Harriet sino hasta que te sentiste desesperada, y después viniste dispuesta a vivir de su caridad..., acusándome de ser un parásito.
—Eso no es verdad. Me refiero a que estaba equivocada respecto a ti,

lo reconozco, pero te aseguro que no estaba dispuesta a vivir de la caridad de Harriet. Yo misma le dije que quería conseguir trabajo.
—¿Y ya has conseguido? De todas maneras ya no eres una extraña. Estás aquí, eres real y tienes una identidad. Y no puedo seguir fingiendo que no me importa lo que te suceda.
Sara incrustó las uñas en la madera del escritorio y tratando de reunir fuerzas, levantó la cabeza y le miró de frente.
—¿Crees que me importa lo que pienses de mí? Es cierto que puedes lograr que haga cosas por las cuales después me desprecie, pero eres hábil en ese sentido, y tienes mucha experiencia, tú mismo me lo dijiste. Y además... sabes muy bien que yo jamás te delataría ante Harriet, no por ti, sino por ella. Y en cuanto a que a ti te puede llegar a importar alguien que no seas tú, ¡no me hagas reír!
Sara trató de aprovechar el efecto de sus palabras para salir de la habitación, pero Jude se dio cuenta de sus intenciones y le cerró el paso cogiéndola de un brazo.
—Todavía no entiendes, ¿verdad? Persistes en seguir adelante con esta situación de la que, confieso, también soy responsable.
—¿Puedes hacer el favor de soltarme?
Sara trató de fulminarlo con la mirada, pero resultó en vano, porque ese hombre la atraía más que cualquier otro en su vida, y su proximidad estaba produciendo en ella efectos devastadores.
—¡Suéltame! —insistió, no queriendo darle el gusto de forcejear con él, pero los dedos que le sostenían el brazo se cerraron con más fuerza.
—Eres una niña tonta —le dijo con el rostro muy cerca del suyo—. ¿Realmente piensas que yo quiero vivir aquí? —movió la cabeza de un lado a otro con expresión amarga—. Harriet me rechazó una vez, Sara. Me envió lejos cuando eso era lo que le convenía y después, me trajo de nuevo sólo para hacer sufrir a James Hadley.
—¿James Hadley? —repitió Sara—. ¿Tratas de insinuar que Harriet ha mantenido algún tipo de relación con Lord Hadley?
—Fueron amantes —respondió Jude—. ¿Por qué no lo llamas por su verdadero nombre? ¿O acaso el término resulta ofensivo para tu escrupuloso sentido de la moralidad?
—No poseo ningún escrupuloso sentido de la moralidad —Sara estaba indignada—. ¿Y por qué... por qué habría de creerte? Tal vez me estés diciendo un montón de mentiras sabiendo que jamás le preguntaría a Harriet algo semejante.
—¿Por qué crees que te ha traído aquí? Cuando tu padre escribió...
—Mi padre nunca le escribió a Harriet. Es ahí donde estás equivocado. Harriet fue la que me escribió, después de enterarse de la muerte de mi padre.
Jude apretó los labios, pero de inmediato con gesto de derrota se encogió de hombros y preguntó:
—¿Por qué hago todo esto? Tú pareces estar dispuesta a no ofrecer resistencia alguna. Tal vez recibas lo que te mereces después de todo... pero yo también merezco algo... —y antes de que Sara tuviera tiempo de reaccionar, él ya le había tapado la boca con la suya.
Sara no tenía forma de sostenerse salvo asiéndose de él, y por eso automáticamente sus dedos buscaron las solapas de la chaqueta. Era una reacción pensada parra recuperar el equilibrio, pero no tuvo en

cuenta la sensualidad ni la dulzura de los labios de Jude, que la dejaron sin fuerzas, rindiéndose por completo a sus caricias. Sintió que la abrazaba con fuerza y que después lentamente le quitaba el pasador que le sostenía el pelo.

—Déjame —murmuró Jude en respuesta al rechazo automático de ella —. Déjame, Sara, no me rechaces.

—No podemos hacer esto —protestó, cuando Jude abandonó sus labios para buscar la tibieza de su cuello. Pero su propio cuerpo la traicionó elevándose para recibir la caricia.

—Quédate quieta —insistió Jude y Sara se dio cuenta de que lo único que deseaba era responder a las caricias amorosas de ese hombre. Lentamente, comenzó a desabrocharle la camisa, en busca de un contacto más directo con el cuerpo masculino.

Jude tembló al sentir las manos de Sara sobre su pecho y de pronto ella se dio cuenta de que tenía ganas de arrancarle la ropa para que nada los separara y poder así descubrir los secretos de su propio cuerpo que despertaba con la virilidad de aquel hombre.

—Sara… Sara… Sara…—murmuró Jude, apartando la bata para dejar al descubierto sus hombros—. Vamos a mi cuarto… allí nadie nos interrumpirá.

Las palabras retumbaron en la mente de Sara. ¿Ir a su cuarto? ¿A qué habitación se refería, a la suya o a la de Harriet? El significado de estas palabras hizo que la sangre de Sara se convirtiera en hielo.

—¡No! —exclamó sofocada—. Suéltame, suéltame.

Apenas había tenido tiempo de ponerse la bata cuando se oyó un golpe en la puerta y después de un segundo ésta se abrió, dando paso a Janet que al ver el estado de Sara la miró con reproche.

—Siento interrumpir, señor Jude, pero quería saber si iba a tomar su desayuno antes o después del baño.

Jude parecía que no era capaz de responder a la mujer. Sara le miró y se dio cuenta de que estaba agotado, pero cuando su mirada se encontró con la de ella, su expresión se tornó fría.

—No se preocupe por mi desayuno, Janet —repuso finalmente, arreglándose el cabello con los dedos—. Iré a bañarme. Le prometí a Harriet volver al hospital antes de las diez, y creo que además necesito dormir un poco.

—No es bueno estar con hambre —protestó la mujer—. Además se sentirá más fuerte después de comer avena con leche.

—Está bien, está bien. Sólo déme tiempo para bañarme y afeitarme.

—¿Y la señorita Shelley?

—Usted sabe lo que tomo, Janet. Para mí una taza de café es suficiente, pero no tengo prisa —respondió Sara, que ya estaba junto a la puerta lista para huir, rumbo a su habitación.

—La señorita Shelley ya se iba —comentó Jude con desdén mientras se acercaba la botella de whisky y volvía a servirse otra copa—. Es una excelente medicina —añadió al ver la mirada de desaprobación de Janet.

Sara desapareció sin decir palabra.

Capítulo 10

Sara tuvo mucho tiempo para pensar acerca de las cosas que le había dicho Jude, ya que durante los días siguientes, cuando no estaba en el hospital visitando a Harriet o en la casa, tratando de evitar los intentos de Rupert de profundizar la relación, pasaba mucho tiempo sola. Dos cosas rondaban su mente: la supuesta relación de Harriet con Lord Hadley, y su continua interferencia en los asuntos de Harriet y Jude.

Resultaba difícil recordar los momentos vividos en la biblioteca sin tratar de encontrarles algún sentido. Sin embargo, Jude sólo podía estar utilizándola para humillar a Harriet. ¿Qué otra razón podía tener, ya que seguía viviendo en la casa como si tuviera todo el derecho a hacerlo? Él no la amaba... a ella, a Sara, y ésta se negaba a pensar en algo más profundo.

Durante los primeros días de la enfermedad de Harriet, Jude la evitaba o la miraba con malevolencia las pocas veces que se encontraban, era evidente que estaba enfadado con ella. No le dirigía la palabra a menos que Sara lo hiciera primero, y cuando la joven le preguntaba algo relacionado con Harriet, se negaba a hablar de ella. Para él, la relación existente entre los dos había terminado, y en muchas ocasiones Sara no pudo evitar un extraño sentimiento de desolación.

«Si las cosas hubieran sido diferentes», pensaba. «Si lo hubiese conocido en casa de los Hadley, como ayudante de Lord Hadley y no como el amante de mi tía...»

Harriet, por su parte, se recuperaba rápido, y quería saber qué había declarado Sara al sargento Briggs, pues tenía su propia visión del accidente para añadir en su defensa:

—Te pudiste haber matado. ¿Te das cuenta de eso? —preguntó, y Sara pensó con afecto que era muy típico de Harriet pensar en los demás y no en sí misma.

—Yo no corrí ningún peligro. Fue un accidente con suerte. Te alegrará saber que el conductor del otro coche ya está fuera del hospital. Afortunadamente nadie ha sufrido heridas serías.

—¿Y qué me dices de mí? ¿Cómo puedes decir eso cuando yo sigo aquí, indefensa?

—Sí, claro, aún estás muy débil, pero pronto volverás a casa. Los médicos han dicho que el conductor del otro coche se salvó de milagro.

—¿Milagro? —repitió Harriet, molesta.

—Querida Harriet, no lo estoy defendiendo. Sólo trato de hacerte ver que pudo haber sido peor.

—Lo sé. Te pudiste haber matado. Pero por suerte sigues viva y tan bonita como siempre —la miró un rato y después añadió—: Pero te veo un poco cansada, querida. Tienes ojeras. Espero que no te sigas preocupando por mí.

—No, no —respondió Sara, pero al darse cuenta de su ambigüedad,


añadió—: Hemos estado muy preocupados, pero ahora que te vemos tan recuperada estamos más tranquilos.
—¿No es por Jude, ¿verdad?
—No —afirmó Sara jugueteando con un borde de la sábana—. Como ya te dije estuvimos muy preocupados y, como sabrás, él más que ninguno.
Resultaba difícil hablar de Jude teniendo presente a cada momento la antigua relación de Harriet con Lord Hadley.
—Sí, Jude se mostró preocupado, y eso me alegró.
Sara bajó la cabeza y no respondió, por lo que su tía continuó diciendo:
—¿No ha tratado... de... digamos... influenciarte de alguna manera, aprovechando mi estancia en el hospital?
—¿Influenciarme? ¿Cómo? ¿De qué manera?
—Pues... en contra mía. Supongo...
—No.
A pesar de la negativa de Sara, Harriet prosiguió:
—No me gustaría pensar que puedes creer cada palabra que te diga. Conozco a Jude. Sé lo celoso que puede llegar a ser, y si pensó...
—Hemos hablado muy poco —interrumpió Sara—. Él está fuera de la casa casi todo el tiempo, y prácticamente no le veo.
—Qué bien.
La joven guardó silencio, y evidentemente su tía lo interpretó mal, por lo que la siguiente pregunta la cogió desprevenida.
—¿No te ha hablado de mí y de James Hadley? Pensé que lo haría, sobre todo después de lo de la cena. Vamos, Sara. No me digas que estás asombrada. ¿Acaso no perteneces a una generación que acepta esas cosas?
—Yo… yo... —Sara no encontraba qué decir. ¿Por qué Harriet había sacado esa conclusión? ¿Por qué había pensado que Jude tenía algún motivo para discutir su vida con ella?
—Por favor, Sara, no te muestres tan sorprendida. Lo que hice estuvo mal, pero Dios sabe que lo he pagado de una manera o de otra.
Sara estuvo tentada de preguntar cómo, pero se alegró de haberse quedado callada cuando Harriet siguió diciendo:
—Tú no sabes lo que he sufrido todos estos años, viendo crecer a la familia de James, y sabiendo que él nunca me permitiría formar parte de la misma. Se negó a casarse conmigo, incluso después de la muerte de Margaret. Dijo que no sería justo para sus hijos —movió la cabeza de un lado a otro y los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¿Qué me importaban a mí Rupert y Venetia? ¿Acaso yo no tenía también derechos?
Sara se dio cuenta de que su tía estaba perdiendo el control, y trató de calmarla cogiendo una de sus manos entre las suyas. La mujer pareció tranquilizarse un poco, pero sin soltar la mano de la joven, añadió:
—Entiendes, ¿verdad, querida? Yo era muy joven y muy tonta. Estaba segura de que James pensaba divorciarse, de lo contrario nunca hubiera...
—Por favor, no hablemos más de eso. No es cosa mía la vida que hayas decidido hacer.
—Sabía que pensarías de esa manera. ¿Cómo no iba a ser así, cuando

sé que encuentras a Rupert tan atractivo como yo encontraba a su padre? —hizo una pausa dando tiempo a que Sara tratara de entender este nuevo giro de la conversación y después prosiguió—: Sólo que tú tienes más suerte de la que tuve yo. Rupert no está casado, y cuando me ha venido a ver esta mañana, me ha hecho entender con toda claridad lo interesado que está en ti.

—¿Rupert te ha venido a ver esta mañana? —preguntó Sara.

—Sí, me ha venido a ver varias veces desde la noche de la fiesta. Creo que en realidad quiere saber lo que yo pienso sobre vuestras relaciones.

—Nuestras relaciones —Sara se daba cuenta de que debía parecer muy tonta, pero según ella tenía entendido, entre ella y Rupert no existía ningún tipo de relación, al menos no por el momento.

—No trates de hacerme creer que no te has dado cuenta del interés que tiene en ti —dijo Harriet impaciente—. Me ha dicho que te ha llamado varias veces desde la noche de la fiesta.

—Sí, eso es verdad, pero aún no nos hemos visto.

—Eso me ha dicho. También me ha contado que tú le habías dicho que mientras yo estuviera en el hospital, no querías salir.

—Es verdad.

—Pues yo quiero que lo hagas.

—¿Quieres qué haga qué?

—No seas tonta, Sara. Deseo que aceptes la invitación de Rupert la próxima vez que te llame. No hay razón alguna para que te preocupes por mí. Como tú misma has dicho, ya estoy mucho mejor, y sé que me curaré más rápido si sé que te estás divirtiendo.

—¿Quieres que salga con Rupert? —preguntó Sara sentándose en una silla junto á la cama de su tía.

—Por supuesto.

—Pero él está casi comprometido.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No lo recuerdo bien. Creo que fue Venetia.

—Claro, ella. Elizabeth Carthew es su mejor amiga. Ella y su padre han hecho todo lo posible para que Rupert le proponga matrimonio.

—Y tú quieres arruinarles el plan —respondió Sara en voz baja, recordando las palabras de Venetia.

—¿Quién te ha dicho eso? No me lo digas, sé que fue Jude. ¿Él te ha estado contando cosas, no es así? ¿Qué otras mentiras te habrá dicho?

—No ha sido Jude —Sara defendió al hombre, aunque estaba segura de que Harriet no la creería—. Es una impresión mía, nada más. ¿Acaso si saliera con Rupert no estaría haciendo exactamente eso?

—Tu amistad con Rupert es asunto de él y tuyo, y no tiene nada que ver con Venetia, con su padre o con Jude. Y menos con Elizabeth Carthew.

—No me gustaría causarle problemas a nadie —protestó Sara.

—Oh, no seas tonta. La única persona a la que traerás problemas si persistes con esa actitud es a mí. Por Dios, querida, eres mucho más apropiada para el papel de señora del feudo que la insípida Elizabeth Carthew.

—Espera un momento... —protestó Sara—. Sé que él estuvo muy amable conmigo en la fiesta, pero eso no significa...

—¿Por qué no?
—Porque todavía es, demasiado pronto para pensar siquiera en algo semejante. Apenas le conozco y él tampoco me conoce.
—Le gustas, le gustas mucho.
—¿Cómo lo sabes?
—El me lo confesó.
—Quiere decir que estuviste hablando de mí con él.
—Yo no tuve que hacer nada. Fue él quien estaba impaciente por decirme lo que sentía por ti.
—Creo... que estás exagerando —afirmó Sara, moviendo la cabeza de un lado a otro.
—No, no lo estoy —esa vez fue Harriet la que cogió la mano de Sara entre las suyas—. ¿No es excitante? Imagínate que mi sobrina llegara a ser la próxima Lady Hadley. ¿Has pensado en eso?
Sara pensó en ello durante todo el camino de vuelta a la casa, y contrariamente a las expectativas de Harriet, la idea se le hacía absurda. No porque Rupert le resultara desagradable, era un muchacho amable y simpático, pero que Harriet estuviera pensando ya en el matrimonio, la dejaba con la horrible sensación de que las palabras de Jude no habían carecido de fundamento. ¿Pero por qué razón hacía Harriet todo esto? ¿Qué pensaba obtener? Y sobre todo después de la manera en que James Hadley la había tratado.

Rupert la llamó esa tarde, y mientras se dirigía hacia el teléfono se iba diciendo que lo último que deseaba en ese momento era inmiscuirse en algún tipo de relación, pero con las palabras de Harriet resonando en sus oídos, sintió la obligación de mostrarse amable.
Todo resultó mucho más fácil de lo que esperaba, ya que Rupert era un muchacho muy comprensivo, y cuando ella se negó a cenar con él, le propuso ir a visitarla al día siguiente, Sara no puso ninguna objeción a eso.
De hecho Sara descubrió que Rupert era agradable y entretenido, especialmente lejos de la influencia de su padre. Aceptó salir a cenar con él dos días después, y cuando se lo dijo a su tía, ésta se mostró satisfecha.
—¡Qué te dije! —exclamó sonriente.
Sara deseó poder compartir un poco su entusiasmo; pero por más que disfrutara de la compañía de Rupert, no lograba olvidar la razón por la cual salía con él. Fue debido a eso por lo que se dijo que en cuanto Harriet saliera del hospital, ella tomaría sus propias decisiones. En realidad, tal vez fuera mejor para todos que regresara a Londres como había sugerido Jude una vez, y la carta que había recibido de Laura le pareció una buena excusa.
Su amiga parecía estar bastante deprimida. Una gripe muy fuerte la había dejado sin energía, por lo que no podía volver al hospital hasta estar totalmente recuperada, y los días se le hacían eternos. Leyendo entre líneas, Sara se dio cuenta de que Laura hubiera aceptado una invitación a pasar unos días con ella en casa de Harriet, y si su tía no hubiera estado en el hospital, Sara la hubiese invitado. La alternativa era viajar a Londres para verla. ¿Pero cómo dejar a Harriet?
Era un problema en el que estuvo pensando en todo momento. Ni

siquiera las salidas con Rupert conseguían distraerla, y se sintió un tanto culpable una noche que él le preguntó si no lo invitaba a pasar para tomar una copa.

—Esta noche no, Rupert —contestó ella.

No deseaba volver a verle en unos cuantos días, y si Harriet se molestaba por ello, lo sentía mucho. Además de esa manera, Rupert tampoco podría quejarse de haber sido alentado a que continuaran con aquella relación.

Después de echar la llave a la puerta, Sara dejó su abrigo en el perchero y empezó a subir la escalera. La casa estaba en penumbras y pensó que Janet y Rob ya se habrían ido a dormir. Recordó la noche que se había creído la única despierta, y había encontrado a Jude en la biblioteca.

Tembló al sentir que se abría una puerta de abajo. Se detuvo esperando ver la expresión hostil de Janet, pero al mirar descubrió que era Jude el que acababa de salir de la biblioteca. Estaba en mangas de camisa, y ella lo notó cansado, como si hubiera estado trabajando, pero la copa que tenía en la mano lo desmentía.

—Baja —le ordenó indicando la biblioteca—. Quiero hablar contigo.

—Yo no quiero hablar contigo —respondió Sara, haciendo un gran esfuerzo para que no le temblara la voz—. Estoy cansada —añadió, dándole la misma excusa que a Rupert—. Si me disculpas…

—Yo también estoy cansado —respondió él dirigiéndose hacia la escalera—. Pero estoy decidido a terminar con esto ahora mismo, no importa en qué estado te encuentres.

—Preferiría que lo que tengas que decir me lo digas mañana, cuando estés menos... menos...

—¿... intoxicado?—completó él la frase.

—Enfadado —respondió Sara—. No me has dirigido la palabra en toda la semana, no creo que te pase nada por esperar unas cuantas horas más.

—¿Ah, no? —Jude estaba ahora al pie de la escalera y la miraba con frialdad—. ¿Bajas o subo? Para mí es lo mismo.

Sara titubeó. No deseaba hablar con él mientras estuviera de ese humor, y por otra parte, pensó que seguramente él no se atrevería a seguirla hasta su habitación.

—Si se trata de Harriet, la he visto esta tarde.

—No es nada que tenga que ver con ella.

—Entonces, puede esperar hasta mañana. Además, yo también quería hablar contigo respecto a una carta que he recibido de una amiga.

—No. Ahora —afirmó Jude con energía.

—Mañana, durante el desayuno, hablaremos.

Jude empezó a subir la escalera para atraparla. La joven salió corriendo para encerrarse en su habitación. Cuando llegó a ella cerró la puerta, pero se dio cuenta de que no había llave. Apoyada en la puerta, trató de tranquilizarse y pensó que lo mejor sería olvidarse del tema. Jude ya habría vuelto a la biblioteca.

Después de quitarse el vestido, se metió en el baño para lavarse la cara y cepillarse los dientes. Antes de salir se miró en el espejo y comprobó que seguía teniendo esa expresión de ansiedad y agitación. ¿Qué le pasaba que no podía mantener una conversación con Jude sin que la

perturbara emocionalmente? Se quitó el pasador que le sujetaba el pelo y volvió a la habitación, sorprendiéndose al ver a Jude sentado sobre su cama.
Rápidamente se tapó los senos, y se sonrojó al comprobar que los pantalones que tenía puestos eran demasiado pequeños.
—Ve... vete —gritó horrorizada, pero Jude no se movió.
—Sabes bien que ya conozco tus senos —comentó él, y de inmediato añadió—. Ahora, por favor, deja ya de comportarte como una niña y escucha lo que tengo que decirte.
—Vete —insistió, avergonzada.
—Por el amor de Dios, Sara, deja ya de gritar. Trata de madurar un poco.
—¿Madurar? ¿Qué tiene que ver eso con el hecho de haber entrado en mi habitación por la fuerza?
—Corrección. No he entrado por la fuerza. He llamado primero, y como no contestabas he decidido entrar.
—Entras aquí a la fuerza —volvió a decir Sara ignorando la explicación—, te sientas en mi cama... y después tienes el cinismo de decirme que debo madurar.
Jude lanzó una maldición y se puso de pie. Sara pensó que se iba a ir, pero vio que cogía una bata de algodón que la joven había dejado sobre la cama y acercándose a ella, se la dio.
—Aléjate de mí.
Sara no podía mover las manos o descubriría sus senos, por eso le dio un puntapié. Iracunda, vio cómo Jude tiraba la bata y rápidamente la cogió entre sus brazos.
—Pequeña tonta. ¿Por qué no te puedes comportar como cualquier mujer normal?
—¡Dejándome seducir, supongo! —exclamó ella, mientras Jude la obligaba a bajar los brazos sujetándoselos detrás de la espalda.
—Yo te he invitado a hablar en la biblioteca, pero tú has elegido tu alcoba. Ahora vas a pagar las consecuencias.
—¿Qué consecuencias?
—Creo que lo sabes muy bien —afirmó Jude, cogiéndola de la cintura y atrayéndola hacia sí.
Sara no pudo luchar, él la tenía atrapada y cuando sintió los labios de él sobre los suyos, experimentó una terrible debilidad y unas ganas locas de someterse.
—Sabes muy bien lo que quiero —dijo él—. Tú también lo quieres, me doy cuenta. Y Dios sabe que ya no puedo esperar, Sara.
—Debes... debes hacerlo. Jude, no podemos, no debemos. ¿Por qué no hablamos por la mañana?
—¡Al diablo con la conversación! —exclamó él mientras le acariciaba la curva de los senos. Sara tembló al darse cuenta de que su cuerpo le respondía, y no obstante intentó una última protesta con los ojos. Pero Jude le acarició el rostro y dijo—: Está bien. Dime que me vaya y lo haré. Pero no trates de hacerme creer que eso es lo que quieres, porque sé que no es verdad.
Sara movió la cabeza de un lado a otro. Todo hubiera sido más fácil si él la hubiera tratado de obligar, entonces hubiese tenido motivos para luchar. Pero así, con los ojos grises fijos en los de la joven, esperando

una respuesta, no tenía fuerzas para echarle.

—¡Oh, Jude! —exclamó, abrazándole, y él, después de lanzar un gemido de satisfacción la cogió en brazos.

Las sábanas nunca habían sido más suaves que ahora contra su piel desnuda. O tal vez eso pensaba porque Jude estaba junto a ella, acariciándola con desesperación.

Sara esperaba que apagara la luz, pero no lo hizo, y al ver que se ponía de pie para quitarse la ropa, miró hacia otro lado.

—¡Harriet! —protestó ella, al sentirle otra vez cerca, pero él la silenció con un beso apasionado.

—Olvida a Harriet —ordenó Jude, continuando con sus caricias atrevidas.

—La luz... apágala.

—No, quiero contemplarte —respondió él—. Deseo acariciarte y quiero que me desees tanto como yo a ti.

Sara se dio cuenta de que le estaba correspondiendo a pesar de sus inhibiciones.

—Ahora —susurró él, besándola en la boca.

—¡Ahora! —gimió Sara sin tener mucha conciencia de lo que estaba sucediendo.

Había sido muy ingenua al no darse cuenta de lo que estaba a punto de suceder. No entendía cómo podía haber deseado que aquello sucediera. Pensó que jamás podría volver a mirar a Harriet... ¿y todo para qué?, se preguntó con amargura.

Al sentir que Jude se movía, se puso tensa, y cerró los ojos para que él pensara que estaba durmiendo, pero un dedo sobre sus labios le demostró que todo era en vano.

—¿Me odias? ¿Nadie te explicó nunca cómo era?

—No es el tipo de tema que uno discute con los demás. Pero como ya ha pasado todo... tal vez ahora puedas irte.

—Sara, no he querido lastimarte... pero te prometo que no volverá a suceder...

—Yo me aseguraré de que así sea —ella se sentó en la cama, y cuando estaba a punto de poner los pies en el suelo, Jude la detuvo.

—Espera —le dijo cubriéndola con su cuerpo, pero Sara le arañó los hombros.

—¿Qué quieres ahora de mí? Ya me has seducido. ¿Acaso no es suficiente con eso?

—No. Sara... Sara... puede ser mucho mejor. Déjame enseñarte cómo se debe hacer el amor.

—¿Ahora? —la joven estaba horrorizada.

—Ahora —afirmó él, quitándole el cabello de la frente.

—No puedes...

—¿Por qué no?

—No quiero que me vuelvas a tocar.

—No quieres que te vuelva a lastimar —corrigió él—. Y créeme o no, tú también me has lastimado.

—¿En serio? —Sara estaba extrañada, pero de inmediato añadió—: Vete, por favor, quiero estar sola.

—¿Sabes que estoy tentado a tomarte la palabra?

—Ojalá lo hicieras —respondió Sara, mirando hacia otra parte.

—¿Hablas en serio?

Jude permaneció en silencio tanto tiempo que ella estuvo a punto de volverse para mirarle, y experimentó una extraña sensación en el estómago, al descubrir que lo seguía encontrando atractivo.

—Sara —murmuró él, impaciente—. Por el amor de Dios... —y de pronto, se levantó y fue hacia el baño.

—¿Adónde vas?

—A embriagarme —respondió Jude buscando los pantalones y sin tener conciencia de la velada invitación.

Sara se puso de rodillas.

—¿Me odias? —necesitaba saber—. Me refiero a que estaba y estoy en un estado de pánico, lo sé muy bien. Pero de todas maneras acepto mi parte de... culpa.

—Culpa. ¿Sabes una cosa? No eres sincera.

—Jude, escúchame...

—¿Por qué habría de hacerlo? Tú no has querido escucharme...

—Jude, por favor.

—¿Por favor, qué?

Se paró junto a ella con los dedos a punto de subir el cierre del pantalón. Sin saber muy bien lo que hacía, Sara extendió una mano y retuvo la de él.

—¡Sara!

—No te vayas —suplicó la joven con voz temblorosa, dando paso a emociones demasiado fuertes como para ser controladas—. Quédate conmigo...

—Si me quedo contigo...

—Lo sé... debo estar loca...

—Me estás volviendo loco a mí —respondió Jude, pero cuando volvió a la cama con ella... resultó ser una locura muy agradable.

Capítulo 11

Cuando Sara despertó, Jude ya no estaba a su lado. Oyó el ruido de tazas y platos, y al abrir los ojos vio a Janet de pie, junto a la cama, con una bandeja.

—Son las once —declaró la mujer con visible disgusto—. No es asunto mío decirle cuándo se tiene que levantar, pero supongo que no querrá perder la comunicación con la señorita Russell.

Sara estaba tan avergonzada y confundida que no entendía a qué se estaba refiriendo Janet.

—¿La señorita Russell ha llamado aquí?

—Sí, poco después de las nueve, pero el señor Jude no me dejó despertarla.

—¿Él no se lo permitió? —preguntó ruborizándose—. ¿Fue él quien cogió el teléfono?

—No. Sólo me dijo que le pidiera a la señorita que llamara más tarde. Y ella dijo que lo haría a las once.

—Entiendo —Sara se humedeció los labios—. Y ¿en dónde está Jude?

—Trabajando. No todos nos podemos dar el lujo de estar en la cama hasta cualquier hora. Le dejo la bandeja.

—Oh, sí, sí, por favor, y gracias, Janet. Siento mucho haber dormido hasta esta hora. No entiendo por qué estoy tan cansada.

—¿No lo entiende? ¿A qué hora se acostó anoche? No sé qué va a pensar la señorita Ferrars de que haya estado hasta tan tarde con ese muchachito. ¿No se da cuenta de que Lord Hadley nunca lo aprobará?

—No estuve hasta muy tarde —contradijo Sara—. De hecho, volví antes de las diez y media.

Pero al decir esto Sara se percató de que daba lugar a otro tipo de pregunta, por lo tanto, decidió cambiar de tema. Mirando la bandeja comentó:

—Es muy amable por su parte, Janet. No sabe cuánto se lo agradezco. No era necesario que se tomara tantas molestias.

—Fueron órdenes del señor Jude. Espero que se lo tome —y salió de la habitación dejando a Sara con la impresión de que por primera vez no estaba enfadada con ella.

Mientras Sara se bebía el zumo de naranja, trataba de no pensar en lo sucedido la noche anterior. No quería recordar su propio comportamiento vergonzoso, pero le resultaba imposible. Suspiró al darse cuenta de que de haber permitido que Jude se fuera, nunca hubiera sabido lo que era realmente hacer el amor. Pero, por otro lado, tal vez hubiera sido mejor mantenerse en la ignorancia, ya que después de haberlo aprendido con Jude, jamás podría estar en brazos de otro hombre, se reclinó sobre la almohada. Si cerraba los ojos le parecía ver las manos de Jude recorriendo su cuerpo. Su pasión no había conocido límites, y ella le había respondido con plenitud.

Después se había dormido en sus brazos, y cuando él la había despertado de madrugada, le había respondido sin titubeos, ansiosa

por volver a vivir ese éxtasis prohibido. Pero en ese momento, a la luz del día, todo era objeto de vergüenza y culpa.

Se sirvió una taza de café y se levantó. Al hacerlo no pudo evitar mirarse en el espejo. Por alguna razón había esperado verse diferente, comprobar que había marcas en su cuerpo, pero aparte de algún que otro rasguño, estaba igual que siempre. Sólo ella sabía que no era así.

Se estaba bañando cuando oyó que Janet la llamaba. En ese momento recordó que debía ser la llamada de Laura. ¿Cómo podía haberla olvidado? Era un egoísmo terrible pensar sólo en ella.

—Su amiga otra vez en el teléfono —anunció Janet—. ¿Le digo que enseguida la atenderá?

—Sí, por favor, Janet —respondió Sara envolviéndose en una toalla—. Siento haberme demorado, pensé que tenía más tiempo.

En cuanto Janet salió de la habitación, se cepilló un poco el cabello y después de ponerse una bata salió a coger el teléfono. No se preocupó por vestirse, porque de todas maneras Janet era la única que la vería en bata.

Mientras bajaba la escalera se preguntó por qué la llamaría Laura, ya que hacía sólo dos días que había recibido su carta.

—¿Laura? Qué alegría hablar contigo después de tanto tiempo. Siento mucho no haber estado levantada cuando llamaste la primera vez.

—No te preocupes. Supongo que al ser enfermera me he acostumbrado a levantarme temprano. Siempre me despierto antes de las siete.

—Sí, claro —Sara trataba de encontrar una respuesta adecuada pero no podía. Probablemente Laura se mostraría horrorizada si le decía la verdad, por eso, apretando los labios preguntó—: ¿Cómo esas? ¿Cómo andas de la gripe? Pensaba escribirte hoy mismo.

—Por eso te llamaba. ¿Sara, puedes venir a Londres unos días?

—Pues... no lo sé —Sara tragó saliva.

—Ojalá pudieras. No sabes lo que es estar sola aquí. El apartamento está terriblemente vacío, y desde que Tony trabaja de noche...

—¿Tony ha empezado a trabajar de noche? —Tony era el mejor amigo de Laura, además de vecino, y se dio cuenta de que seguramente su amiga extrañaba la agradable compañía del muchacho.

—Sí, precisamente ahora que estoy enferma.

—Mira, Laura, me gustaría poder ir a verte, pero hemos tenido un pequeño accidente y Harriet está en el hospital...

—¿En el hospital?

—.,. sí, con fractura de cráneo —aclaró Sara.

Después le contó todo lo sucedido, sin mencionar la participación de Jude en el asunto. Laura ni siquiera sabía de la existencia de Jude, y además Sara estaba segura de que no aprobaría nada si se enterara.

—No sabes cuánto lo siento. Entonces debes quedarte allí. Por favor deséale suerte de mi parte la próxima vez que la veas.

—Lo haré —aseguró Sara, sintiéndose muy mal. Si al menos pudiera irse a Londres hasta que Harriet regresara del hospital...

De pronto oyó que se cerraba una puerta. Se volvió y vio que Jude se acercaba a ella. Llevaba unos pantalones de pana bastante ajustados y una camisa color vino, la chaqueta la llevaba colgando de un hombro. Al verlo, Sara sintió que se le aceleraba el corazón.

Al sentir que una mano indiscreta se metía por el escote de la bata

levantó la vista horrorizada, pero Jude le sonrió con sensualidad mientras le acariciaba la curva de los senos.
—Líbrate de ella, quienquiera que sea —le dijo, besándole el cuello.
—¿Con quién hablas? —preguntó Laura que había oído el murmullo de voces, y Sara de inmediato tapó el auricular.
—Déjame tranquila —le suplicó a Jude poniéndose de pie—. Estoy hablando con Laura.
—Ya lo sé, Janet me lo ha dicho —y se sentó en el sillón que acababa de dejar Sara—. ¿Has dormido bien?
Sara no podía mirarlo a los ojos, por eso dándole la espalda dijo a su amiga:
—Mira, acaba de entrar una persona, creo que será mejor que te llame más tarde.
—Está bien. Me ha parecido oír una voz de hombre. ¿Es tu novio?
—No, no es mi novio —respondió Sara, mirando a Jude—. Es el novio de mi tía.
En el momento que colgaba el auricular la mano de Jude se posó en la de ella con fuerza.
—¿Todavía crees eso después de lo de anoche? Te aseguro que me dan ganas de ahorcarte.
—No sé a qué te refieres —le gritó, pero él la cogió de un brazo, y la obligó a entrar en la salita de Harriet.
El pequeño escritorio en donde Harriet solía contestar sus cartas estaba limpio y Jude, con violencia reprimida, sacó uno de los cajones y vació su contenido sobre la alfombra. Era evidente que buscaba algo. Sara no lograba imaginar qué, cuando de pronto le extendió un papel viejo y amarillento. Era un certificado de nacimiento. El de Jude, según el cual el diecisiete de enero de mil novecientos cincuenta y uno, Elizabeth Ferrars había dado a luz un varón.
Sara levantó la vista, confundida.
—Pero... esto...
—Supongo que no dudarás de su autenticidad...
—Pero esto significa que...
—... que Harriet es mi madre, lo sé. ¿Acaso lo dudas? ¿Se te ocurre alguna otra razón por la cual me pueda sentir responsable de ella?
—Pero yo pensé...
—Sé lo que pensaste.
—Era algo bastante razonable.
—¿De veras lo crees?
—Sabes que lo era —volvió a mirar el certificado de nacimiento— Pero falta... el nombre de tu padre...
—Te dije que era un bastardo... el bastardo de Harriet. Por eso tú no debías saber la verdad.
—Pero, ¿por qué? ¿Por qué no? No es algo que me perturbe. Debiste decirme la verdad.
—Supuse que la habrías descubierto. Olvidé lo falsas que podéis ser las mujeres. Aun creyendo que yo era el amante de Harriet permitiste que te sedujera anoche.
Sara le miró sin saber qué decir o hacer.
—Sabes muy bien por qué permití que me hicieras el amor. No lo

pude evitar... te amo.
—Tú... me amas —la risa de Jude fue más cruel que cualquier otro castigo—. Jamás pensé oír algo semejante. Tú no amas a nadie más que a ti misma, Sara. Guarda esas palabras para Rupert... es él a quien Harriet ha elegido como tu futuro esposo.
Después de decir esas palabras salió de la habitación dejando a Sara junto al montón de papeles tirados en el suelo. Se dijo que ojalá no entrara Janet porque pensaría que ella lo había hecho. Mientras recogía todo, trataba de no mirar las cartas, ya que la correspondencia de Harriet no le incumbía, pero un sobre llamó su atención, pues llevaba un sello de la India. Al mirarla detenidamente se dio cuenta de que la letra era de su padre. Dio la vuelta al sobre, y de pronto recordó algo que Jude le había dicho en relación a que su padre le había escrito a Harriet, y ella lo había negado. Su padre jamás le había dicho que estaba en contacto con Harriet, y su tía tampoco lo había mencionado.
En otras circunstancias no lo hubiera hecho, pero ésa no era una situación normal. Tenía que saber qué le había escrito su padre a Harriet sin decirle nada a ella.
Dentro del sobre había una fotografía de ella que cayó al suelo al desdoblar la hoja de papel. Había sido sacada en la India, sólo unas semanas antes de la muerte de su padre. Llevaba puesto un sari y estaba junto a la piscina del hotel de Calcuta.
Cada vez más confundida miró la letra de su padre, y a medida que leía iban aumentando el dolor y la indignación. Harriet debió haberle dicho la verdad, porque esa carta daba un sentido totalmente diferente a la muerte de Charles Shelley.
La carta era muy simple: solicitaba ayuda, no para él, sino para su hija. Charles Shelley decía que acababa de saber que tenía cáncer, y que le quedaba poco tiempo de vida. Era evidente que su padre se había puesto en contacto con Harriet para saber si ella podría proporcionarle algún tipo de hogar cuando él muriera. También decía que había logrado convencer al médico de que no le dijera la verdad a Sara.
No era justo que Harriet se hubiera mantenido callada, dejando que Sara creyera que su padre se había quitado la vida porque era incapaz de enfrentarse a las deudas, cuando lo que había tratado de hacer era evitarle a ella el gran costo de su incurable enfermedad.
Tardó una hora en ordenar otra vez el escritorio, y estaba cerrando el último cajón cuando apareció Janet.
—¿Está bien? —preguntó la mujer—. ¿Ha estado llorando? El señor Jude salió de aquí como si se lo llevara el viento, y ahora usted preocupada...
—Estoy bien, Janet. Seguramente me habré resfriado, eso es todo. Iré a vestirme. Si me permite...
—Su comida...
—No tengo hambre, Janet —dijo Sara sonriendo con dificultad.
—¿Usted tampoco probará la exquisita comida que he preparado?
—Lo siento...
—Quisiera saber qué ha pasado. ¿Qué le ha dicho el señor Jude? Según parece nada agradable.
—Prefiero no hablar de eso.

—Yo le dije a la señorita Ferrars que él no aceptaría esta situación, pero no me quiso escuchar.
—¿Usted previno a Harriet? —Sara sentía curiosidad muy a pesar suyo.
—Claro. Negar a su propia sangre. ¿Es acaso eso una manera correcta de comportarse?
—¿Pero por qué lo hizo? Seguramente la gente debe sospechar...
—No era ningún secreto hasta que usted vino. ¿Cómo podía serlo? Cuando fue ella misma quien le obligó a venir aquí para molestar a su señoría?
—¿Se refiere a Lord Hadley?
—Fue una crueldad para los dos, se lo dije en su momento, pero una mujer agraviada es una terrible enemiga, y la señorita Ferrars no olvida un agravio.
Era evidente que Janet pensaba que ella sabía más de la cuenta, y en lugar de confesarle su ignorancia decidió probar suerte.
—Supongo que Lord Hadley se molestó por el hecho de que Harriet trajera a su hijo a vivir aquí.
—Estaba furioso al principio y con razón. Él también pagó por su error, por eso el señorito recibió la mejor educación que el dinero pudiera brindarle.
—¿Quiere decir... quiere decir que Jude es hijo de Lord Hadley?
—¿Acaso no se lo dijo?
—No, eso no.
—Pues si ya sabe el resto, se merece saber también esto.
—Ya empiezo a entender todo —comentó Sara, desplomándose en una silla.
—Todo eso ya quedó atrás —comentó la mujer.
—¿Por qué no me dice cuándo llegó Jude a Knight's Ferry? Usted ha dicho que fue algo muy cruel. ¿Por qué?
—Pues... cuando la señorita Ferrars era jovencita, llegó a tener esperanzas de casarse con su señoría, pero eso no sucedió, porque él estaba comprometido con su prima Margarita y se casó con ella.
—Jude... Jude trató de decirme algo en torno a esto —dijo Sara recordando la conversación de la biblioteca. Pero ella se comportó muy tercamente, y él perdió la paciencia.
—Pensé que lo haría —dijo Janet—. No es una historia agradable. Seguramente ella lamentó muchas veces su descuido, pero para ese entonces ya era tarde.
—¿Y qué sucedió?
—Para empezar, no tenían hijos. No me pregunte por qué. Y entonces su señoría comenzó a cortejar nuevamente a la señorita, y ella como una tonta le dio todos los gustos. Como podrá adivinar, quedó embarazada, y para evitar el escándalo, su señoría hizo todos los arreglos necesarios para que ella se fuera a un pequeño pueblo de Escocia donde nadie la conocía. Allí pudo tener a su bebé en paz y con todas las comodidades. En ese pueblo nací yo también.
—Entiendo.
—Claro, él tenía que prometerle todo tipo de cosas para lograr que ella hiciera lo que él quería. Tal vez en ese momento pensó en separarse de su mujer y casarse con otra, pero Lady Hadley quedó

embarazada y mi pobre señorita quedó desamparada.
Sara sintió lástima al imaginar a Harriet joven y con un hijo en camino, pero sola. Las cosas eran diferentes en aquellos días. Las madres solteras ya no eran los parias de la sociedad.
—Después del nacimiento del niño, Lord Hadley hizo los arreglos necesarios para que lo criara una familia respetable de Sussex, y por eso el joven Jude asistió a la misma escuela que su medio hermano.
De ahí que Rupert y Jude tuvieran un trato tan familiar, pensó Sara, mientras iba armando el rompecabezas. Además, explicaba otra cosa... el porqué ella jamás había oído hablar de Jude, y por qué jamás había acompañado a Harriet cuando la había ido a visitar a la escuela. Lo que le resultaba extraño era que Harriet hubiera sido capaz de visitar a la hija de su primo, pero nunca a su propio hijo.
—La esposa de su señoría murió poco después de dar a luz a Venetia —siguió diciendo Janet—, y fue entonces cuando nació el verdadero rencor de la señorita Ferrars. Yo le dije que era absurdo seguir pensando en él después de tantos años, pero no me prestó atención...
—¿Acaso esperaba que Lord Hadley se casara con ella?
—Casi se muere cuando él le dijo que jamás lo haría. Pero el hombre no podía hacerlo, porque sabía que en ese caso ella le exigiría que reconociera a Jude. ¿Y cómo hacer algo que privara a Rupert de los derechos de primogenitura?
—Entonces Harriet trajo a Jude a vivir aquí... sabiendo cómo se sentiría Lord Hadley?
—Yo le dije que era una crueldad, especialmente para Jude.
—Supongo que sí —Sara levantó la vista hacia Janet—. Pero él la quiere de todas maneras.
—Claro que sí. Es la clase de hombre que puede sentir el lío que ella hizo de su vida, pero jamás le hará daño.
—¿El lío?
—Sí. Él acababa de presentarse a los exámenes para ingresar en la universidad... iba a estudiar leyes, y ella lo convenció de que abandonara la idea y lo trajo aquí, para trabajar para su propio padre.
—¿Y qué hizo Lord Hadley? ¿Le dio trabajo?
—¿Es que no los ha visto juntos? El hombre parece creer que el sol sale gracias a él, y el pobre Rupert sufre con las comparaciones.
—¿Dice usted que Lord Hadley... quiere a Jude?
—Por supuesto.
—¿Y lo saben sus hijos?
—¿Rupert y Venetia? Creo que Rupert ya lo ha adivinado, pero Venetia no.
—Oh, entiendo.
—... por eso la señorita Ferrars no soporta la amistad que mantiene Jude con su hermana. Pero no tiene por qué preocuparse, ya que me temo que los intereses de Jude van por otro camino.
Al ver que Janet la observaba detenidamente, Sara se sonrojó.
—No... no lo creo después de lo que sucedió. Dudo que quiera volver a dirigirme la palabra y pienso que nunca me lo perdonará.
—Debo reconocer que todo esto es un gran lío.
—Sí —aceptó Sara, poniéndose de pie.
—¿Usted le ama, verdad? —preguntó la mujer mirándola á los ojos—.

Creo que la señorita Ferrars es más perceptiva de lo que creí. No entiendo por qué ideó todo este plan.

Sara pestañeó para hacer desaparecer las lágrimas que pugnaban por salir. Se sentía demasiado confundida como para tratar de comprender a qué plan se refería Janet. Le dolía mucho la cabeza y no sabía lo que debía hacer.

Capítulo 12

—¿Cómo pudiste, Harriet? —preguntó Sara ese mismo día, junto, a la cama de su tía. Después de tomarse un par de aspirinas se había vestido y le había pedido a Rob que la llevara en el coche hasta Buford.
—Querida, siéntate por favor y deja de mirarme de esa manera. ¿Es que no podemos discutir esto como dos personas civilizadas sin llamar la atención de las enfermeras?
Sara titubeó, pero finalmente aceptó la silla que Harriet le ofrecía, sin dejar de mirarla, con ojos acusadores.
—Está bien, lo discutiremos. Pero en primer lugar, quiero que me digas por qué me mentiste en relación con mi padre.
—¿Yo? Yo no te mentí acerca de tu padre. Según recuerdo, nunca hablamos de las circunstancias de su muerte.
—Hablamos de su muerte... del funeral...
—Sí, me dijiste que le habían hecho una autopsia.
—Efectivamente, la hicieron, y me dijeron que mi padre había muerto debido a una sobredosis de droga.
—Así fue.
—Sí, pero omitieron decirme que tenía cáncer.
—No sabía que fueras de las personas que les gusta revisar los papeles ajenos, Sara. ¿Qué otra cosa averiguaste mientras hurgabas en mi escritorio?
—Yo no... revisé tu escritorio. Fue Jude el que sacó los cajones cuando buscaba su acta de nacimiento... y yo volvía a guardar todo en su lugar.
—Entiendo. ¿Y qué debía hacer yo? Decirte en cuanto llegaras que tu padre padecía una enfermedad incurable? ¿Que se había quitado la vida para ahorrarse más dolor?
—No fue así. Yo conozco... conocía a mi padre. Tú no entiendes cómo eran las cosas. Las medicinas eran sumamente caras...
—Y él un jugador empedernido —declaró Harriet, brutalmente—. Estás defendiendo a un hombre que puso en juego tu futuro.
—Él pensó que te conocía, pensó que te podía importar... —Sara estaba muy pálida.
—Y me importó. Te escribí... te ofrecí mi casa. ¿Qué otra cosa podría haber hecho.
Frente a este hecho Sara no podía decir nada, y Harriet siguió diciendo:
—El hecho de que Jude te haya estado llenando la cabeza con sus propios problemas, no es razón para que vengas a criticarme. Está bien, tal vez debí decirte que tu padre estaba muy enfermo, pero, ¿qué hubieras hecho? ¿Te hubiese hecho sentir mejor? ¿Te sientes mejor ahora que sabes la verdad?
Sara abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar. Una vez más, Harriet había escogido el ataque más correcto. ¿Se sentía mejor?

¿Acaso el hecho de que su padre se estuviera muriendo y no se lo hubiese querido decir a ella la entristecía menos? Sinceramente, tenía que reconocer que no era así, y Harriet hizo uso de la ventaja obtenida.

—¿Entiendes ahora? —dijo en tono triunfante—. Tengo razón. Estabas empezando a superar la muerte de tu padre, y tal vez algún día, cuando hubiera pasado bastante tiempo, te hubiese enseñado la carta que me escribió.

Harriet le acarició un brazo.

—¿Has sido muy infeliz en casa? —preguntó en tono muy amable, y con un sentimiento de frustración, Sara se dejó acariciar—. Entonces olvidemos todo este asunto. Y también a Jude. Más tarde hablaré con él.

—Debiste haberme dicho —persistió Sara—, que Jude era tu hijo.

—Preferí guardar ese asunto para mí —interrumpió Harriet—. Después de todo, apenas nos conocíamos, y además... no me siento muy orgullosa de ese incidente.

—Entonces, ¿por qué le obligaste a vivir contigo? ¿Por qué no le dejaste en paz? Él estaba contento...

—Por lo que veo te ha estado contando sus desgracias.

—No fue Jude, fue Janet la que me lo dijo. Me dijo todo...

—Oh, Dios, eso me temía. Siempre sintió un absurdo afecto por el muchacho. Ella me cuidó mientras yo estaba embarazada, y después me acompañó a Inglaterra. Si hubiera sido por ella, me tendría que haber quedado con él. Tal vez hubiese sido mejor de esa manera. Quizás James lo hubiera visto crecer, lo hubiese encontrado irresistible. Ahora está embelesado con él.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué? ¿Hacer que viviera conmigo? Quería ver sufrir a James, verlo temblar cada vez que viera a Jude. Fue un nombre muy apropiado. ¿No lo crees? Jude... Judas... yo insistí en llamarle así.

—¿Pero por qué Lord Hadley le dio trabajo?

—Ah... eso fue debido a una excelente jugada mía. Yo sabía que James estaba buscando un asistente, y le dije que conocía a un muchacho que podría ocupar muy bien ese puesto. En cuanto vio a Jude supo perfectamente quién era... el parecido es muy grande, al menos para nosotros. Y bueno... de esa manera Jude consiguió el trabajo. No creo que James se hubiera podido negar después de verle.

—Y Jude sabía...

—No en aquel momento —Harriet parecía estar molesta por esa pregunta—. Pero más tarde... se lo dije... y no me defraudó.

—Pero fue una jugarreta muy sucia...

—¿Por qué? Él me debía mucho...

Sara bajó la cabeza. La imagen que había tenido, hasta el día anterior, de su tía, se había derrumbado. Sentía que ya no la conocía... y tampoco estaba segura de querer conocerla más a fondo.

—Estoy pensando en irme por un tiempo, Harriet —dijo levantando la cabeza, desafiante—. A Londres... con Laura... mi amiga que es enfermera. Ha estado enferma y quiero estar con ella.

—Muy bien —contestó Harriet, encogiéndose de hombros en un gesto de aceptación—. ¿Y cuándo volverás?

—No lo sé. No sé si volveré.
—¿Qué? ¿Qué quieres decir? Claro que volverás. Dentro de tres semanas será el rodeo y sé que Rupert está planeando...
—No me interesa lo que Rupert esté planeando hacer. Ahora empiezo a entender lo que tenías en mente. Quieres que me case con Rupert, ¿no es así? Para vengarte de toda la humillación que sufriste...
—¿Y acaso es algo tan espantoso o descabellado?
—No funcionaría, Harriet. No amo a Rupert.
—¡Amar! ¿Qué es el amor? Yo amé a su padre, y mira de qué me ha servido.
—De todas maneras, yo no me quiero casar con Rupert. No me interesa su dinero ni su título...
—Supongo que prefieres vivir en un barrio mediocre y cuidar a una docena de niños chillones.
—Si amara al padre de esos niños, por supuesto —respondió Sara.
—¡Qué desperdicio! —Harriet hizo una mueca—. Con tu apariencia...
—¿Fue entonces cuando ideaste el plan, Harriet? ¿Cuando viste mi fotografía? Me pregunto qué hubieras hecho si yo hubiera sido gorda y sin gracia.
—¿Quién sabe?
Sara se puso de pie.
—Me voy, Harriet —y cuando vio que la otra mujer no contestaba, impulsivamente se inclinó y le besó una mejilla—. Gracias por todo, no sé cómo voy a pagarte. Pero te enviaré dinero en cuanto tenga trabajo.
—No quiero tu dinero. ¿Le has dicho a Jude que te vas? —hizo una pausa y añadió— Creo que deberías hacerlo.
—No. Pienso que él y yo no tenemos más que decirnos el uno al otro. Cuando le veas dile que le deseo mucha suerte... por si no lo veo antes de irme.

Era más tarde de la medianoche cuando el tren de Sara llegó a la estación de Paddington, y más de la una y media cuando el taxi se detuvo en la puerta del apartamento de Laura.
Después de salir del hospital no había ido a Knight's Ferry, ya que la idea de encontrarse con Jude y que él se riera de ella o le demostrara su desprecio después de saber que lo amaba, le resultaba insoportable. Por eso llamó por teléfono a Janet y le contó lo que labia decidido hacer. No le aclaró más ya que la mujer no pareció estar de acuerdo con ello.
—Cuídese, señorita —le dijo el conductor del taxi—. No es bueno que una mujer ande sola a esta hora de la noche. ¿Está segura de que su amiga la está esperando?
—Sí, lo estoy —mintió Sara rogando que Laura estuviera en casa—. Y muchas gracias...
Bajó los escalones con cierto recelo, ya que era sabido que los ladrones solían tender trampas en esos lugares oscuros. Por eso, al ver que algo se movía en las sombras y que una mano le aferraba el hombro, se asustó.
—Tranquilízate, soy yo —la voz inconfundible de Jude ahogó el grito que estaba a punto de lanzar y le miró, incrédula.

—¡Jude! —exclamó pasando los dedos por su chaqueta de cuero—. ¡Oh, Jude! —repitió al sentir una terrible debilidad en todo el cuerpo.
—¿En dónde has estado? Hace horas que te espero. Hasta llegué a pensar que te había pasado algo.
—Perdí el tren de Swindon, y el siguiente paraba en todas las estaciones. Pero... ¿Qué haces aquí? ¿Te ha mandado Harriet?
—No, nadie —respondió, poniéndose tenso—. ¿Tienes una llave o tendré que estar aquí toda la noche?
—¿No está Laura?
—¿Te refieres a la chica que vive aquí? Claro que está. Pero no me conocía, y tampoco sabía que ibas a venir a verla. Creo que pensó que le estaba inventando un cuento para saber si estaba sola, y por eso no me dejó entrar a esperarte.
—Pobre Laura —rió Sara, y sintió que las manos de Jude le rodeaban el cuello.
—¿Y qué me dices de mí? Te he estado esperando desde las nueve de la noche. Créeme que estás en deuda conmigo por el mal rato que me has hecho pasar.
—No comprendo—dijo Sara, temblando.
—Supongo que no, y no pienso darte explicaciones aquí. Toca el timbre o golpea la puerta... estoy helado.
—¿Y tu coche?
—Está aparcado un poco lejos. Por aquí no hay donde dejarlo, y no podía correr el riesgo de no verte y que tu amiga me dijera que no deseabas hablar conmigo.
—Yo no hubiera hecho algo semejante —respondió Sara, conteniendo el aliento.
—¿En serio? —la voz de Jude parecía más profunda—. No te hubiera culpado, ya que fui bastante cruel contigo esta mañana. Lo que sucede es que me volviste loco...
Sara levantó un dedo y lo posó sobre los labios de Jude para silenciarle, pero él le dio vuelta la mano y le besó la palma.
—Dios mío, Sara. Creí enloquecer cuando supe... —y la besó en los labios.
—Te vas a enfriar —le dijo ella en cuanto tuvo la boca libre, y en ese momento se abrió la puerta del apartamento.
—Sara... Sara... ¿Eres tú?
—Sí—respondió soltándose de los brazos de Jude—. Laura, abre que hace mucho frío aquí afuera.
—¿Estás sola?
—No, Jude está conmigo... es el hombre que habló contigo hace unas horas. ¿Podemos entrar?
Laura titubeó unos instantes, pero por fin, la joven abrió la puerta del todo.
—¡Hola! —exclamó Sara, abrazándola—. ¿Cuánto tiempo sin verte? Siento mucho aparecer así de pronto, pero es una historia muy larga.
Laura miró a Jude que entraba en ese momento, y cerraba la puerta, y de inmediato volvió la vista hacia su amiga.
—¿Qué sucede? Tú me dijiste que no podías venir, Sara. No he creído a tu amigo cuando me ha dicho que venías hacia aquí.
—Es comprensible —comentó Jude con las manos metidas en los

bolsillos—. Además no he tenido tiempo de afeitarme, por lo que debo tener un aspecto bastante desconfiable.
Sara lo miró, pero para ella, la sombra oscura de la barba sólo lo hacía más atractivo. La mirada que intercambiaron la alteró tanto que le costó trabajo poner atención a lo que decía Laufa.
—Yo no sabía quién era. Tú nunca me contaste que Harriet tuviera un hijo.
—Es que no lo sabía —respondió Sara después de lanzar un suspiro—. Harriet no me lo dijo.
—Es un asunto complicado —intervino Jude y mirando a su alrededor preguntó—: ¿No tienes un poco de whisky? Para entrar en calor…
—Sólo sherry —contestó Laura, tímidamente—. ¿Quieres?
—Sí, gracias —y mientras Laura iba a la cocina a buscar la botella y la copa, Sara se acercó a Jude.
—¿Tienes mucho frío?
—Nada que tú no puedas curar. Sara, necesito hablar contigo. ¿Podemos estar un momento solos?
—Hay una sola habitación que comparto con Laura —respondió Sara sintiendo que se le aceleraba el corazón.
—No la compartirás esta noche —dijo él mirándola con fijeza, y Sara tembló.
—Es que no podemos… no aquí…
—Lo sé —respondió Jude impaciente, cogiendo las dos manos de ella y colocándolas detrás de su espalda—. Pero quiero pasar la noche contigo, aunque sea sentados en sillones.
—¡Oh, Jude! —exclamó Sara, deslizando las manos por las caderas masculinas.
—No hagas eso —le reprochó él alejándola de sí cuando regresó Laura.
—Aquí nosotros… Oh, lo siento.
—Está bien, Laura. ¡Pasa! —exclamó Sara volviéndose hacia su amiga que le daba dos copas de sherry—. Está delicioso —comentó al probarlo—. Es mejor que el que usabas para cocinar cuando yo vivía contigo.
—Os dejaré solos —comentó Laura después de reír—. Me doy cuenta de que tenéis mucho de que hablar.
—Oh, Laura…
—Lo digo en serio. El señor Ferrars puede quedarse también a pasar la noche si gusta. Pero tendrá que dormir en el sofá.
—Gracias, Laura.
Jude sonrió, y por un momento Laura quedó admirada de su fascinación, pero de inmediato reaccionó y salió de la habitación.
Ya solos, Jude dejó la copa de sherry sobre una mesa y se sentó en el sofá.
—Dios mío, ¡cuánto lo necesitaba! —exclamó frotándose los ojos, y Sara terminó su copa antes de arrodillarse a su lado.
—¿Estás bien? —pregunto obligándole a que la mirara.
—Ahora sí —respondió él después de un suspiro—. Siempre que me perdones.
—¿Perdonarte? Creo que la culpa fue mía ya que no debí sacar conclusiones precipitadas.

—¿Por qué no? Era lo que Harriet pretendía. O al menos no deseaba que te fijaras en mí cuando ella apuntaba en otra dirección.
—Rupert —dijo Sara en voz baja.
—Rupert —asintió él.
—Estaba perdiendo su tiempo.
—¿De veras? —la miraba a los ojos.
—Lo sabes bien.
—Sé que me odiabas por haberte seducido.
—Porque me hacías sentir culpable —protestó Sara—, porque pensaba que...
—Lo sé. Te aseguro que hubo momentos en que odié a Harriet.
—Podrías haberme dicho la verdad —dijo ella, aflojándole el nudo de la corbata.
—¿Y cómo lo iba a hacer cuando pensé que eras igual que ella? Yo la creí cuando me dijo que Rupert te resultaba atractivo. Agregó que no debía hacerme ilusiones contigo porque no pondrías tus ojos ti un pobre empleado, cuando el dueño de las tierras estaba loco por ti.
—¡Eso te dijo!
—Algo semejante —Jude se recostó sobre el respaldo—. ¿Hablabas en serio esta mañana?
Sara estaba demasiado asombrada como para poder expresar sus sentimientos, por eso preguntó:
—¿Cuándo te lo dijo? ¿Y por qué?
—¿Por qué crees? —Jude le acariciaba la nuca—. ¿Sabes una cosa? Ella tenía razón al decir que eras hermosa.
—Jude —Sara tembló al sentir las caricias—. Sólo has respondido a la mitad de mi pregunta.
—Mmm. ¿Cuándo? Muchas veces... por ejemplo la noche de la fiesta.
—Os oí discutir, pero pensé que era porque no te apetecía.
—No quería ir. No quería presenciar el inicio de tu relación con Rupert.
—Mi «supuesta» relación.
—Está bien, pero de todas maneras tuve que soportar ver cómo imbécil de Hedgecomb te desnudaba con los ojos.
—¿Eso hacía?
—Sí, y por eso decidí que había llegado el momento de hacer algo al respecto.
—Pero te fuiste con Venetia. Pobre muchacha... está loca por ti.
—Ya no. Le dije la verdad, por eso Harriet estaba tan disgustada.
—Ahora entiendo —Sara recordó el rostro lloroso de Venetia y el trato amable que le dispensó después del accidente.
Al menos, Venetia ya no era su enemiga.
—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Jude cogiendo el rostro de Sara entre sus manos y besándola suavemente—. Sara, Sara. ¿Cómo haré para dormir contigo sin amarte? ¿Realmente crees que a Laura le importe?
—Podríamos buscarnos un cuarto —respondió ella.
—¿Qué estás diciendo, señorita Shelley? —se burló Jude, y Sara se sonrojó.
—Sólo... pensé...

—Sé lo que pensaste. Y créeme que nada me gustaría más. Pero si tengo que convencer a tu amiga de que mis intenciones son honorables, creo que no debería empezar por llevarte a un hotel.
—¿Honorables? —preguntó Sara, incrédula, negándose a aceptar lo que estaba escuchando.
—¿Qué habías pensado? —inquirió él, tomándole las manos entre las suyas—. ¿Tanto te llama la atención?
—Bueno... sí... no... En realidad nunca soñé que fuera posible.
—¿Qué fue lo que no soñaste?
—No... no tienes obligaciones conmigo... sólo porque anoche... —Sara inclinó la cabeza.
—¿Es que no quieres casarte conmigo? —Jude estaba muy serio y ella le miró confundida.
—Yo... yo...
—Pensé que me amabas.
—Y es verdad, te amo, pero tú nunca dijiste...
—Oh, Dios. ¿Que te amaba? Pensé que era evidente. ¿No te lo dije aquella mañana en la biblioteca?
—¿Qué mañana?
—¡La mañana después del accidente de Harriet! —exclamó Jude impaciente—. La mañana que te conté la relación que tuvo con mi padre.
—Tenías razón respecto a que mi padre le escribió antes de morir. Tenía cáncer. ¿Lo sabías?
—Ella me lo dijo. Sara...
—Tú... tú me... dijiste que... te importaba.
—¿Y eso no significaba nada para ti?
—Sí. Pero pensé que sólo tratabas de herir a Harriet.
—Oh, Dios mío. Todo lo que ha hecho esa mujer —Jude cogió n brazo de Sara y lo puso sobre sus rodillas—. ¿Por qué pensaste que estaba tan enfadado contigo después? Pensé..
—... que Harriet había tenido razón respecto a mí.
—Sí —levantó la cabeza y la miró a los ojos—. Hasta anoche.
—¿Por qué cambiaste de idea?
—No cambié, al menos no en un primer momento. Debo reconocer que estuve oyendo cómo te despedías de Rupert. Había tomado unas cuantas copas durante la tarde, y cuando te vi entrar y subir la escalera, creo que perdí la cabeza.
—Me alegro de que así haya sido —dijo Sara, abrazándole.
—Yo también, aunque debo confesar que he pasado unos momentos muy desagradables tanto ayer, como hoy.
—¿Por qué?
—¿Cómo, por qué? Después de que me acusaste de haberte violado.
—Eso fue cuando me comporté como una tonta.
—¿Y después?
—Mmm —Sara encogió los hombros—. Tú sabes cómo fue.
—Sí, sé cómo fue. Y tú sabes cuánto te amo. Y te aseguro que jamás utilizo esa palabra con ligereza.
—Jude... —Sara lo besó con pasión—. No sabes cuánto me alegra que me hayas seguido.

—Aunque no lo creas, fue Janet la que lo sugirió. Cuando llegué a casa y supe lo ocurrido, no sabía qué hacer. Me sentí culpable.
—Oh, Jude.
—... pero Janet parecía sospechar que estabas muy mal por lo que Harriet había hecho.
—Es verdad, se lo dije esta tarde.
—Lo sé. Llamé al hospital y hablé con ella antes de partir. No le dio su bendición, pero pareció resignada.
—Ella me pidió que te dijera que me iba.
—¿Ah sí? Pues sabiendo lo que sentía por ti... creo que fue bastante magnánimo de su parte.
—¿Ella sabe?
—Claro que lo sabe. ¿Por qué crees que le pidió a mi padre que hiciera aquella fiesta? Cuando llegaste a Knight's Ferry estaba segura de poder tomarse el tiempo necesario para acercarte a Rupert. Pero no es tonta y se dio cuenta de lo que sucedía entre nosotros, y tuvo miedo de que yo hablara antes de tiempo.
—Sin embargo te dijo que yo no me iba a fijar en ti...
—Supongo que mi debilidad hizo que la creyera, y además me costaba aceptar que pudieras elegirme a mí y no a Rupert.
—Jude —Sara le miró con reproche.
—Ya sé, pero es la verdad. Yo no puedo darte el tipo de vida que te daría Rupert. Tengo un poco de dinero... pero comparado con él...
—No me interesa Rupert ni su dinero, y no me importa qué hagamos o dónde vivamos con tal de estar juntos. Después de vivir años con mi padre, estoy acostumbrada a tener poco dinero.
—No será tan grave. Mi padre me ha dicho que cuando me quiera casar me regalará una casa en sus tierras. Tengo derecho... todos los trabajadores del feudo lo tienen.
—¿Crees que a ella le importe que vivamos tan cerca?
—¿Sabes? Sospecho que se le pasará el enfado mucho antes de lo que imaginamos. No es tan mala persona. Mi padre se portó muy mal con ella después de todo.
—Eres muy comprensivo —dijo Sara cogiéndole el rostro entre sus manos.
—Puedo darme el lujo de serlo. Tengo lo que quiero. Y ahora propongo que me permitas pasarme a una silla para que te puedas dormir en el sofá.
—No, no me dejes. Podemos compartir el sofá —y mientras hablaba se acurrucó a su lado—. Hay lugar suficiente para los dos, Jude. Quiero sentir tus brazos a mi alrededor.
Jude titubeó un segundo, pero finalmente apagó la luz y se acostó de tal manera que la espalda de Sara quedaba contra su pecho.
—¡Y si tu amiga entra y nos sorprende —preguntó mientras la abrazaba, y Sara suspiró.
—No estamos haciendo nada malo —afirmó y se le acercó más.
—¿Tu amiga se irá a trabajar mañana por la mañana? —preguntó momentos antes que Sara se durmiera.
—No, Laura ha estado con gripe, y en el hospital no le permiten trabajar hasta que esté recuperada del todo.
—¿Es enfermera?

—Sí, jefe de sala. ¿Por qué?
—Pensé que tal vez tuviera ganas de quedarse en Knight's Ferry mientras estamos de luna de miel. Después de todo, Harriet necesitará una enfermera cuando regrese del hospital.

Seis semanas más tarde, Sara y Jude regresaron a Knight's Ferry. Jude había dejado su coche en el aeropuerto cuando viajaron a Hawai hacía tres semanas, y después de pasar unos días en Londres regresaban a la casa. Lord Hadley se había mantenido fiel a su palabra de regalarle una casa a Jude cuando se casara, pero contrariamente a lo que esperaban, no era una casa vieja, sino una que se estaba construyendo y a gusto de ellos. A Harriet no le había gustado la idea, porque decía que Knight's Ferry sería de Jude cuando ella muriera, pero se tranquilizó cuando él le dijo que esperaba verla vivir muchos, muchos años, y que sus nietos necesitarían un lugar en donde quedarse cuando él y Sara se fueran de viaje. Ahora, ya se había resignado al matrimonio, y se dedicaba a planear la vida de sus nietos.
—Tal vez tenga un nieto mucho antes de lo que espera —comentó Sara, apoyando la cabeza en el hombro de Jüde.
—Sí —afirmó Jude, observándola detenidamente—. ¿Cómo te sientes? Estabas muy pálida antes de comer.
—Me siento bien, tal vez me haya sentado algo mal.
—¿Y si no fuera eso? ¿Te importaría?
—¿A ti?
—¿A mí? —Jude la miró con ternura—. ¿Amor, cómo me va a molestar que tengas un bebé si disfrutamos tanto al hacerlo?
—¡Jude! —exclamó ella en tono reprobatorio.
—¿No es verdad? Te aseguro que tengo las cicatrices que lo comprueban. En serio, Sara. ¿Qué piensas de esto? ¿Crees que he sido egoísta? ¿Hubieras preferido que tomáramos precauciones?
—No te hubiese dejado hacerlo —aseguró Sara mientras le acariciaba la nuca—. Además, si estoy embarazada, me temo que el daño fue hecho antes de ir a Hawai.
—¿Y no te molesta?
—¿Molestarme? Querido, quiero a tu hijo, es parte tuya —le miró a los ojos—. Te amo, Jude. No sé cómo pude vivir tantos años sin ti.
—No deberías decir cosas así cuando estamos en una carretera a ciento cincuenta kilómetros por hora, y no puedo hacer nada al respecto. Pero cuando lleguemos a casa...
—Veremos cómo le ha ido a Laura —afirmó Sara provocativamente y riendo al ver la exclamación frustrada de él.

Una semana más tarde, el embarazo de Sara parecía un hecho a juzgar por los malestares matutinos. El sábado por la mañana, al despertar junto al cuerpo tibio de su marido, Sara se sorprendió al ver a Janet parada junto a la cama, con una bandeja en la que había té y galletas.
—Es muy amable de tu parte, Janet —sonrió mientras se incorporaba contra las almohadas cubriéndose con la sábana—. Pero últimamente...
—Lo sé —Janet puso la bandeja sobre la mesa de noche—. No ha soportado el café. Se lo he oído comentar, por eso le he traído té y

galletas para solucionar el problema.
—Bueno... yo no sé...
—Pruébelo, querida —insistió, cuando Jude abría los ojos, y Sara no tuvo más remedio que aceptar.
—¿Qué hora es? —preguntó Jude tratando de alcanzar su reloj, pero Janet lo detuvo.
—Son más de las nueve, y esta jovencita no pondrá un pie fuera de la cama hasta que no se haya comido unas galletas y se haya bebido el té.
—Pues yo no pongo ninguna objeción —dijo él besándole un hombro —. ¿Y tú?
Sara podía sentir que sus sentidos respondían a la caricia de su marido a pesar de la presencia de Janet, pero de todas maneras hizo lo que le había recomendado la mujer.
—Muy bien —Janet estaba satisfecha cuando retiró la bandeja—. Ya no le dará más problemas matutinos este niño. ¿Lo sabe la señorita Ferrars?
—No, no lo sabe. ¿Cómo lo sabe usted?
—Pues... cuando una jovencita comienza a vomitar el desayuno todas las mañanas y lleva menos de tres meses casada, no hay que buscar mucho para encontrar el motivo.
—Supongo que me estás echando a mí la culpa —comentó Jude.
—Oh, no. Es una joven fuerte y hermosa y no tendrá problemas. Pero usted no la ande molestando, porque necesita descansar.
—Gracias, Janet —dijo Jude, sonriendo.
—Ya verá lo bien que le va a sentar hoy el desayuno, les veré más tarde.
En cuanto se cerró la puerta, Jude miró a su esposa y de pronto se levantó de la cama y fue hacia la ventana. Sara, sorprendida por su reacción, le siguió.
—¿Qué sucede? —preguntó abrazándole por la espalda—. Vuelve a la cama.
—Eso que dijo Janet en cuanto a que necesitas descansar... ahora que estamos seguros...
—No seas tonto —dijo Sara, besándole el hombro—. Es posible que Janet tenga algunas ideas muy buenas... ahora que lo pienso no tengo náuseas, pero es un poco anticuada. Además —agregó acariciándose el vientre—, si piensas que mi estado significa más para mí que tú, estás muy equivocado.
—Amor, no quiero lastimarte —le confesó Jude volviéndose para mirarla con una mezcla de ternura y pasión.
—Entonces, llévame otra vez a la cama —y con un gemido de protesta Jude accedió.
—Te amo tanto... —murmuró—. No te puedo dejar sola...
—Sigue amándome —susurró Sara y Jude respondió:
—Por el resto de mi vida...